

Leoncio Lasso de la Vega

LA VERDAD DE LA GUERRA

EN LA

REVOLUCIÓN URUGUAYA DE 1904

SUMARIO

Posición de los ejércitos en la segunda quincena de Mayo.—Batalla de los Olimares.—La odisea del Parque revolucionario.—El ataque al Salto.—Batalla de Guayabos.—Los campamentos.—La novela en la guerra.—¿Paz ó Tregua?—La neutralidad argentina.—Literatura de campamento.

Precio del ejemplar: $ 0.30 oro

MONTEVIDEO

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA «LA RAZON»

54 - CALLE CÁMARAS - 54

1904

PRÓLOGO

«La Verdad de la Guerra»: así llamo á mi libro, porque su solo mérito estriba en la palabra sagrada con que empieza su título: «la Verdad».

Por conocerla he recorrido la campaña al lado de los ejércitos, he estudiado pasiones, he admirado virtudes, he sentido el horror de las ciegas ferocidades, he presenciado grandiosos espectáculos, sorprendentes panoramas de la naturaleza y bellos ó terribles cuadros de enormes agrupaciones humanas, sintiendo pesar sobre mi ser, la angustia del espíritu y la fatiga del cuerpo.

Este libro que voy á dar á la luz de una aurora de paz, pido á Dios—como las esposas en la víspera del alumbramiento—que traiga por únicas galas en su canastilla de recien nacido, gasas de Verdad y tules de Belleza.

Y será, efectivamente heraldo de la Verdad, porque no han mordido en mi corazón los dientes agudos del partidismo fanático, ni me adulan en lontananza grados, honores ni beneficios: porque ningún intento preconcebido pone trabas á mi libérrimo lenguaje; porque obediente siempre á mi estoica índole contemplativa no analizo lo que debió ser, sino sintetizo lo que ha sido.

Y será, también, reflejo de la Belleza, no por las galas que le negará la insuficiencia de mi poder creador, sino por ser copia real de la Naturaleza, que en enérgico claro-oscuro, me obligó á abrir los admirados ojos ante ráfagas lumino-

sas de heroismo, ó me forzó á cerrarlos dolorosamente ante la tiniebla pavorosa de una crueldad trágica. Y es, precisamente, en ese contraste épico donde reside la suprema belleza. Es Aquiles arrastrando ferozmente á la zaga de su carro, el cuerpo de Hector, en torno de los muros de Troya, y llorando á la siguiente noche, con infantil congoja, al contemplar en su propia tienda el magnánimo dolor del anciano rey Priamo que visita á su más implacable enemigo, por rescatar de la cruel afrenta, el cadaver de su hijo.

Afirmo además, que esta mi nativa índole, paladinamente enamorada del Arte, como los caballeros del Santo Graal, se complace en aproximarse á los hechos reales sin investigar de qué noche brotaron ni hácia qué alborada caminan. Contempla el fenómeno y lo aquilata en su potencialidad de un solo momento estético. Si es «bello» y «verdadero», le rinde tributo de admiración, y lo copia, lo traduce ó lo canta.

Si yo fuera pintor, escultor ó arquitecto, materializaría mi emoción en el cuadro, la estatua ó el monumento. Siendo cual soy, la encarno en el párrafo, en la arenga ó en la estrofa.

Los árabes de las brillantes épocas de Abderraman y Harum-al-Raschid, refiriéndose á Nábiga, su poeta favorito anterior á Mahoma, decían en un proverbio:

«Si Nábiga es poeta, no marcha á ningún fin.»

¡Sábia interpretación de esas almas, sacerdotisas del Arte, turbulentas, inde-

cisas, errantes; perseguidoras eternas de los vapores intangibles en que fingen desmenuzarse los ropajes inexistentes del iris!

Luchan los hombres en perenne pugilato pidiendo á la Victoria los bienes de la tierra; y entretanto, la fantasía de Nábiga, flotando en la altura, sin bando que lo atraiga ni plan que lo conduzca, solo distingue y aplaude en el revuelto campo, la esbelta silueta del gladiador atlético; la bella nota de color que dibuja en la pálida arena una mancha de sangre iluminada por el sol: la trágica hermosura de un rostro moribundo pero altivo: la rugiente armonía de espadas y de escudos que, entre vítores y alaridos, se chocan con estruendo broncíneo.

Todo lo demás; las causas de esa lucha, los apetitos que la mueven, los fines que persigue... ¿qué le importan? «¡Si Nábiga es poeta, no marcha á ningún fin».

Lo veréis recorrer á caballo los desiertos arábigos; unirse á una caravana: entrar en la ciudad próxima: contemplar extasiado el mosaico de los monumentos; admirar en los «zocos» las vistosas estofas bordadas de oro y aljofar: arruinarse por comprar al mercader judío un puñal damasquino con puño cincelado; volver á la tienda nómada con nostalgia de soledades; asistir á feroz batalla entre dos tribus hostiles; meditar como un misántropo bajo las palmeras de un oasis; jurar que entregará su vida por el amor de una mujer... y después... montar en su caballo, y dejando con indiferencia la mujer, la estofa y el puñal, lanzarse al galope hacia lo alto de una loma á contemplar en silencio, allá á lo lejos, á la hora triste del ocaso, las franjas de rojizas nubes con que se envuelve el sol, como en sábanas de púrpura, para hundirse en su lecho, más allá del Golfo Arábigo.

Algún ejemplar de hombre grave, sesudo, equilibrado, y por ende insoportable para Nábiga, le preguntará sorprendido:

—¿Qué ciego huracán te guía? ¿Para qué buscas caravanas, mosaicos, estofas, puñales, campos de batalla, frescos oasis, miradas de mujeres hermosas...? ¿Eres creyente, mercader, guerrero, dervich, amante...? ¿Qué impulso te agita...? ¿A dónde vas...?

Y Nábiga, levantando los hombros con supremo desdén, murmurará en su pensamiento:

—¿Que á donde voy? ¿Qué me importa? ¿Lo sé, acaso, yo mismo?

¡Ah del proverbio árabe! «¡Si Nábiga es poeta no marcha á ningún fin!»

Lector: al tomar este volumen en tus manos no te interrogues con desconfianza, qué doctrina sustento, qué fin persigo.

Supon que abrigo en mi interior un átomo, un germen, un efluvio de Nábiga, y por lo tanto, ¡créelo! no voy á ningún fin.

Es precisamente ese espectador imparcial, amante sincero de la Verdad y la Belleza, el que admirando el emocionante drama, mide bien la estatura de cada personaje, aprecia el nivel exacto de cada carácter, aquilata la grandeza del escenario, y realiza, después, en su crónica, verdadera obra de justicia: porque ni comparte las pasiones de aquellos que actúan entre bastidores; ni siente empañada su vista por la distancia, como los habitantes burguesmente pacíficos de las capitales. ¡Es miope la mirada de la ciudad para leer en el alma de los campamentos; es mala conductora de magnetismos, para sentir los secretos estremecimientos, las ráfagas de latentes heroismos que allí circulan!

Ese espectador imparcial que por buscar tan solo la Verdad y la Belleza, encuentra con ellas á la Justicia, es el que logra salvarse de la atmósfera de falsos convencionalismos donde, con frecuencia, empiezan á dibujarse, flotantes, los fantasmas indecisos de la leyenda, y donde á veces se elevan, bañándose en injusta gloria, las cabezas altivas de inmerecidas estatuas, al pie de cuyos pedestales, yacen olvidados los héroes verdaderos á quienes usurparon sus puestos.

Porque hayamos saludado de cerca á esos toscos guerreros y los hayamos tocado con el codo ¿no hemos de ver con precisión de juicio, la pasiva grandeza, la serena majestad con que galoparon sin descanso esos ágiles ginetes, llevando á la grupa el porvenir próspero y glorioso de la Nación?

Siervos, como por desgracia somos, de tantas y tan ruines prevenciones, solo percibimos la visión de lo gigantesco en la óptica de las remotas lontananzas históricas: y así como vemos pasar el genio á nuestro lado y lo dejamos morir abandonado en su altivo silencio, así hemos visto recorrer los campos uruguayos, esos ejércitos de combatientes, sin comprender, quizás, en toda su potente realidad, que estaban descorriendo entre los últimos crepúsculos del torvo fratricídio, los albores permanentes de una serena y definitiva aurora; sin que, al rugir las últimas batallas, cuya sangre aún humea, hayan resonado en nuestra memoria, al través de un siglo, los robustos acentos de Barbier: «que el grandioso « populacho y la santa canalla, rodaban « hácia la inmortalidad.»

Intentemos, pues, hacer la historia de esta guerra, considerándola como un período de ruda gestación, que había de dar á luz la nueva era iniciada con la actual pacificación, y cuya influencia en

el porvenir uruguayo, no es hoy, sino en un próximo porvenir, cuando podrá serenamente juzgarse. Pero pongamos de relieve, entre los mismos anhelos, vicisitudes, aberraciones, luchas enconadas del bien y el mal, y opuestos ideales de mayor ó menor pureza, la potente energía, la robusta vitalidad de este joven y viril pueblo uruguayo.

El bello ideal, inasequible para nuestra defectuosa naturaleza, sería, poder contemplar las guerras, no entre humareda de pasiones como las vemos desde aquí abajo los hombres, sino con mirada diáfana como podrían verlas y condenarlas desde su sereno asiento los dioses.

DOS PALABRAS AL LECTOR

Posición de los ejércitos en la segunda quincena de Mayo

¿Te dispones, lector, á recorrer conmigo los campos de la República, ya al frente, al flanco ó á la zaga de los ejércitos, en incansable rebusca de la verdad de los hechos, para conocer, en lo humanamente posible, lo bueno y lo malo de esta campaña, que ha trazado una línea francamente divisoria entre lo pasado y lo porvenir, entre un nebuloso ayer y un luciente mañana?

Habrás de soportar en este viaje imaginativo, no las fatigas del soldado, que tú leerás envuelto en tibio ambiente y reclinado en sibarítica postura, pero sí el «desorden-ordenado» de mi relato, y los discursos con que mi voluble antojo, comente de vez en cuando, ya un hecho; ya una teoría política, social ó aún religiosa: ya una simple opinion personal cuya exactitud quedará, naturalmente, á tu arbitrio, aceptar compartiéndola, ó rechazar censurándola.

Habrás de considerar, además que es muy difícil desenmarañar la verdad estricta de los hechos, por muy proba que sea la intención del narrador; por muy sincero que se manifieste su propósito de imparcialidad. En este caso actual, nos tienden opacos velos ante la vista, las pasiones, herborosas aún. Pidamos datos á dos testigos oculares del mismo acontecimiento, y cada cual nos hará su relato aproximándose más á lo que él querria que hubiera sido, que á lo que fué realmente, y discrepando en tal manera que

extraviarán nuestro juicio. Perdónenme los Tito Livios, los Monmsen y los Macauley, pero le tengo poca fé á la verdad histórica. Es tan sutil la leyenda y es tan subrepticia la fábula que ambas, con igual habilidad, se deslizan en los más sesudos párrafos de todo ilustre relator, desde Herodoto hasta Isidoro De María, y nos hacen su amable mueca de engañadora belleza, encuadrándose en el centro de la misma página en que el egregio autor creía, como artículo de fé, haber estampado el sello incólume de una verdad, desnuda, transparente, insospechable.

Ademas; el autor de este libro no posee el raro don de ubicuidad y no ha podido estar presente, como testigo fiel, en varios sitios al mismo tiempo y ante hechos coetáneos: le ha sido necesario, por consiguiente, valerse á veces de la narracion ajena, y es un hecho plenamente constatado por la práctica de todos los siglos, que los mas de los hombres no saben ver, y si saben ver no saben contar lo que han visto,y si por rarísimo caso supieran ver y contar,—cualidades que, juntas, á muy pocos mortales han sido otorgadas—cuentan lo que vieron, si; pero arrimando demasiado el áscua á su sardina.

Habrás, en fin, de disculparme, lector, que yo no esté amasado con pura esencia divina, sino con frágil barro humano, como cualquier otro mortal, y que tenga tambien por consiguiente, mis pasiones, mis debilidades, mis enamoramientos con estas ó aquellas teorias, tendencias y doctrinas.

Pero creo, que las mismas anteriores advertencias, tan lisa y llanamente presentadas, son ya prueba eficiente de mi franca sinceridad, y una garantia para ti, de que no tengo lo que mayor peligro

entrañaría, esto es: la segunda intencion guardada en reserva: el arma cargada y oculta en un bolsillo.

Allá por la segunda quincena de Mayo, encontrábase en su auge, la lucha encarnizada (y subrayaria de buen grado esta palabra) con que se resolvian, á sangre y fuego, los destinos futuros del Uruguay.

Dos ejércitos de la nacion, el del Norte y el del Sur, perseguian tenazmente á las fuerzas revolucionarias, apoyados por las guarniciones de las principales ciudades, y ayudados por los destacamentos que guardaban los puentes, y por columnas espedicionarias que auxiliaban sus planes de campaña.

Las tropas de la revolucion, formaban entonces el mayor núcleo de fuerzas que logró reunir Aparicio Saravia durante los nueve meses de la campaña, encontrándose la guerra civil en su periodo de mayor auge, y obedeciendo, precisamente á esta causa, que yo elija el mes de Mayo para comienzo de mi narracion, sin perjuicio de narrar luego la primera época.

Era, entonces, el ejército de Aparicio Saravia, según la version más aceptable, y en opinion de ambos bandos, fuerte de unos quince mil hombres, armados en sus dos terceras partes, decididos con calculado propósito á no presentar batalla sino en condiciones excepcionalmente favorables; á esquivar los ataques de fuerzas superiores; sortear las persecuciones; recorrer en intricado zig-zag, trazado por las volubles circunstancias, todos los campos, parajes y rincones de la República; cansar al pais y al gobierno ante una guerra que pareceria interminable, y obligar á ambos á resolver el

conflicto mediante un convenio en que quedaran á salvo, los intereses del partido nacionalista, sus jefaturas departamentales, sus bancas en la Cámara, y las conquistas que habia hecho mediante los pactos del período cuestista.

No hacía mucho, á fines de Abril, los representantes de la asamblea de estancieros, habian hablado con Aparicio Sarabia en su campamento al sur del Zapallar, entre Fraile Muerto y Tacuari, á fin de concertar una fórmula de pacífico convenio, que no tuvo resultado alguno, El doctor Nin, recibido con agasajo en aquel campamento, asumia la representacion de la asamblea, y el fondo de aquellas capitulaciones fué resumido por Lindoro Pereyra, jefe del detall revolucionario, diciendo que «eran fórmulas in-
« aceptables y promesas sin fundamento:
« que el gobierno no aparecia, siendo
« otros los que ofrecian por él, y que en
« suma lo que se les proponia era el des-
« arme, la entrega, el sometimiento.»

Desde los primeros días de Mayo la persecución había sido activa. El día 6 en el arroyo Salinas, el 8 en Sarandí del Yí, el 10 en Cerro Colorado. Allí hubo una contramarcha con rumbo á Florida; la pista parecía perdida; pero el día 14 se supo que el grueso del ejército revolucionario llevaba rumbo hácia el arroyo Soldado, y desde entonces volvió á activarse la persecución, realizando con frecuencia pequeños encuentros; tropezando cada día con columnas volantes; pudiéndose señalar con un solo derrotero el camino de ambos ejércitos; acampando tan próximos en algunas ocasiones, que á veces la vanguardia pernoctó sin encender fogones y con los caballos atados.

El paraje por donde habían desfilado quinientos revolucionarios, lo recorría á las cuarenta y ocho horas la extrema

vanguardia del ejército del Norte; el almacen en que un día se había surtido una columna de doscientos hombres de la división «Saravia», era visitado al día siguiente por los soldados del gobierno; encontrábanse á veces carneadas frescas y fogones encendidos.

El lindo pueblo Sarandí del Yí, vió desfilar, con un intervalo de veinte y cuatro horas, por su espaciosa plaza, los últimos soldados del ejército de Aparicio y la avanzada del comandante Isasmendi que formaba en la extrema vanguardia al mando del coronel Cándido Viera.

No escaseaban los encuentros parciales entre los exploradores de uno y otro ejército. Una mañana envía el coronel Enciso, de la vanguardia, un destacamento de 30 hombres á la estación Latorre y al mando del capitán Tucuna, de Florida.

Pregunta éste, en un almacen de aquel paraje, si creen que haya alguna fuerza revolucionaria cercana, y sea que el almacenero obrara con espontánea mala fe, sea que hubiere sido obligado á mentir por algunos revolucionarios, escondidos, quizás, en el mismo almacen, y acaso escuchando el diálogo, ello es que aseguró al capitán Tucuna, con entera firmeza, la completa ausencia de toda partida en aquellos contornos. Pero apenas salió el capitán, y aun antes de haberse puesto en formación al frente de sus hombres, se vieron repentinamente rodeados por no menos de quinientos enemigos.

Tras, de un breve instante de confusión, bajo el fuego nutrido y á corta distancia, se organiza el pequeño grupo y responde al tiroteo, dispuestos á morir matando, pero tentando abrir una brecha por donde salir de aquel funesto círculo.

En los primeros momentos, caen muertos cuatro soldados, y cae, con ellos,

también el capitán Tucuna, quedando acéfalo el destacamento.

Apriétanse, entonces, las filas: se esfuerzan por enfocar nutrido fuego graneado sobre un punto débil del enemigo; consiguen abrir un espacio; lo asaltan al galope, y logran salir en veloz retirada, no sin sufrir nuevas bajas y alcanzando, al fin, á su brigada donde dieron la nueva de la emboscada en que se vieron envueltos, y la noticia de la muerte de su jefe.

Como estos pequeños encuentros, en que se han perdido muchas vidas de una y otra parte, los ha habido en abundancia durante la guerra, sin que las crónicas hayan podido siempre tomar nota de ellos y sin más corolario para esos sacrificios aislados, que el eco triste de la banda tocando oración en medio de la brigada descubierta en fúnebre honor á los caidos, y el cadáver de algún valeroso oficial dejando entre los suyos el glorioso recuerdo que otorga siempre la memoria á los que cayeron en el ejercicio del deber, cubiertos de honor y en defensa de un ideal.

Durante aquellos días, el ejército de Benavente, siguiendo paso á paso á la revolución, comunicándose constantemente con el ejército del Sur mediante palomas mensajeras que enviaba á la Capital, y obligando á Saravia á presentar batalla ó dirigirse hácia las fuerzas de Muniz, recorrió las hermosas sierras de Minas, donde tal vez la revolución hubiera podido detenerse y luchar con indudables ventajas; recorrió todo el departamento bajando y subiendo del valle á la colina y de la cumbre á la llanura, en ondulación constante, como una nave sobre las crestas de las olas, y salvó aquellos cerros pedregosos, cruzó los espesos

chircales al son frecuente del clarín, aspirando el fuerte aroma de la chinchilla; contempló aquellos magníficos panoramas en las proximidades del Berdún con su pirámide en la elevada cima coronada por la efígie de la Virgen, (y el cerro frontero en que brilla, plateada, poética, entre verdaderos pensiles, la casita de un anciano sacerdote que solitario la habita como un anacoreta de la pasada edad, y la hermosa ciudad de Minas, tan graciosa cuando se la contempla desde los próximos collados, entre huertas y jardines salpicados de blancos caseríos.

En las cercanías de la ciudad fué donde ocurrió el curioso episodio del capitán Alfredo Tejeras, muy digno de mención por haber sido este oficial el primero que, acompañado del cabo Giraldéz y un soldado, penetró en Minas cuando todavía estaba ocupada por los últimos revolucionarios, apoderándose de la Jefatura Política y levantando un acta firmada por el Juez de Paz y algunos vecinos.

El día 15 había pedido el capitan Tejeras al comandante Isasmendi permiso para apartarse de la columna y visitar á unos parientes que habitaban en aquellos contornos, siéndole concedido y debiendo incorporarse prontamente á la vanguardia que avanzaba en dirección á Solís Chico.

Pero durante la ausencia del capitan, cambió de rumbo la vanguardia, y el día 16 acampó á las tres de la tarde frente al abra que por la izquierda del Berdun conduce al pintoresco valle en que se asienta la ciudad de Minas.

Aprovechando lo temprano de la acampada, algunos oficiales habían hecho una ascensión á la cumbre del cerro sobre que se asienta la imagen de la Virgen, levantada allí por el fervor católico, y

contemplaban desde aquella altura el magnífico panorama que se desarrolla ante la vista.

Toda una cadena de cerros, iluminados por los rayos, ya oblícuos del sol, escalonándose, hasta terminar en el océano con el de las Animas y el Pan de Azucar que ven levantarse en el horizonte los navegantes, cuando desde alta mar se aproximan á playas americanas; á la izquierda el alto pico del Negro; más allá la sierra de Arequita cuya larga meseta deja ver en lontananza otra intrincada sucesión de montes esfumados por la niebla azul de la distancia: destacándose con vigoroso relieve, los cerros Campaneros, detrás de los que se eleva hacia el oriente, en caprichosa perspectiva el cerro Penitente con sus dos rocas que rígidas en su cúspide, fingen las enormes efígies arrodilladas, solemnes, estáticas, á que deben su nombre: en el fondo del valle, resguardada por aquel anfiteatro de montes y cerros, la ciudad, envuelta en túnica verde de huertos y jardines, cuyos pliegues de follaje penetran entre sus muros recortando las blancas siluetas de los edificios, aislando entre sus festones las paredes de quintas y molinos dorados por el sol, y bañándose todo este risueño conjunto en tan vivos reflejos y tan suave belleza, como si aquel fuera el nido propio de donde salen volando para alegrar á las campiñas las mañanas primaverales.

A la espalda, el campamento; las carpas recién levantadas, ya en el bajo, ya en las faldas de las colinas, ya al borde del arroyo junto al follaje del sauzal, ya próximas á la cumbre apoyadas en enorme piedra que blanquea entre el verde pastizal: el humo de los fogones que se eleva en columnas opalinas y flota en ligeros cendales á capricho del viento: los grupos de soldados que ya se apiñan, ya se dispersan, ya desfilan en hileras al

son de los clarines, y que vistos desde aquella altura, envueltos en sus uniformes, parecen insectos azules atareados en misteriosa faena moviendo sin cesar los brazos, como ágiles antenas, entre sus minúsculas casitas de lona: los caballos pastando, con la cerviz siempre inclinada cual si fuera el signo de su servidumbre: todo ello salpicado de diversos colores, entre profusas notas de rojo, de blanco, de violeta, sobre el verde de los prados, bajo el azul de los cielos, y entre el amarillo áureo del ambiente que perfila al cuadro con relieves de oro: todo ello visto desde la cima, menudo, liliputiense, abarcándolo de un solo golpe de vista, como si á uno de esos campamentos de juguete que deleitan á los niños, les hubieran prestado, súbitamente, movimiento y vida.

Cuando, al atardecer, bajaban los oficiales por la falda del Berdun, supieron ya las primeras noticias del inesperado acontecimiento.

El cabo Giraldez acababa de cruzar el campamento á galope, no sin apuntar á su paso, con fogosa incontinencia, algunos datos confusos, incompletos, del notorio hecho en que había sido personaje, y de la alta misión que lo llevaba velozmente hacia la carpa del comandante.

Allí, narró el hecho, ante los jefes, en estilo robusto y con palabra altisonante; porque es bueno advertir, como referencia, de impecable veracidad, que el cabo Giraldez había tenido el honor, en reiteradas ocasiones, de ser aplaudido por el público, en representaciones escénicas de más ó menos trágico argumento; y no es extraño que su cálida fantasía encontrara relación emocionante, entre los hechos que ahora narraba, con trama genuinamente guerrera, con espadas de verdad, con peligro real de dejar la cabeza en una emboscada, y los episodios dramáticos de

Sancho García, El Zapatero y el Rey, ó Carlos II el hechizado.

Su primera frase, cuadrado, y con la mano en el kepí, fué ésta:

—¡Vengo de Minas!

Como la extrema vanguardia se dirigía hácia Minas, tenía que ser sorprendente que un soldado de esa misma extrema vanguardia, que no era explorador ni flanqueador, sino cabo del batallón de Canelones allí acampado, viniera, en aquellos momentos, de Minas.

—¿Cómo puede ser eso?

Ahuecando un poco la voz, respondió Giraldez:

—¡El capitan Tejeras se ha apoderado de la ciudad de Minas!

Y esto fué dicho con el mismo acento que hubiera usado en pleno drama medioeval para decir ante un teatro lleno y en cuasi fabla antigua:

—¡Rey Alfonso! ¡venido soy aquí para deciros que el fazañoso caballero Rui Díaz de Vivar, apellidado El Cid campeador ha tomado á los infieles la cibdad de Valencia!

De su pintoresca narración resultaron los siguientes hechos que yo narro en simple fabla vulgar y con estilo pedestre:

A consecuencia del cambio de rumbo de la columna, el capitan Tejera no pudo encontrarla para incorporarse; quedó aislado con sus dos únicos acompañantes y dudoso respecto al camino que debiera seguir: buscó rastros que lo orientaran y solo encontró huellas sospechosas. En estas malandanzas y cuando se hallaba próximo á Minas, tropezó con un destacamento revolucionario que logró esquivar internándose en el monte y apartándose más aún del buen rumbo. Poco después y cuando estaba más cercano á Minas, encontró una guardia enemiga con la que tuvo que tirotearse, y viendo que la tarde avanzaba sin encontrar á su columna, comprendiendo que aquellos pa-

rajes estaban plagados de pequeñas partidas blancas, entre las cuales no era prudente que pernoctaran tres hombres solos, reflexionó con la serenidad propia de un oficial valiente, aquilató el peligro del campo y el peligro de la ciudad donde todavía era de suponer que quedaba alguna guarnición revolucionaria, y prefirió esponerse al peligro de la ciudad, entrando en Minas descaradamente y afrontando lo que pudiera sobrevenir en plena luz con un rasgo de audacia, á caer en silencio, sin provecho y sin gloria, en cualquier emboscada, envuelto en la oscuridad y aparentando quizás, con su ocultación entre los vericuetos de la sierra, más prudencia que valor.

Pusieron al galope sus caballos; salvaron la línea de fuego de la guardia que los tiroteaba; penetraron en Minas, dando lugar con su presencia á que los últimos revolucionarios que allí quedaban, y que conocían la proximidad de la vanguardia de Benavente, creyeran que aquel grupo era la primera avanzada de Viera, y desalojasen la ciudad por el extremo opuesto; dirigiéronse naturalmente, á la Jefatura, donde supieron que el día anterior había desfilado por la calle 18 de Julio el ejército de Saravia: convocaron á algunos vecinos partidarios del gobierno que acudieron poniéndose á las órdenes del capitan Tejera, y éste, para salvar su responsabilidad en vista del destrozo que los revolucionarios habían hecho en el local de la Jefatura, levantó un acta con el Juez de Paz R. del Castillo ante los testigos don Rufino Larrosa y don Luis Ruy, y envió después al cabo Giraldez hasta la cabeza de la vanguardia, cuya dirección supo allí, notificando lo que había hecho y pidiendo órdenes.

Episodio es éste que merece sincero elogio por la actitud serena y decidida del capitan Tejera; pero que resultaba más pintoresco narrado por el cabo Gi-

raldez, cuando sintiendo bullir en su fantasía las heróicas hazañas del escenario, exclamaba, animándose á sí mismo con un trágico gesto:

—Entonces el capitan, que tiene un corazón de acero, señaló la ciudad con la punta de su espada y nos gritó: «¡Muchachos! ¡Adelante!

Y al pronunciar este «muchachos» veía brillar ante sus ojos, los cascos, las corazas y las adargas de latón que tantas veces, en la escena, habían deslumbrado su vista y exaltado su mente de genuino artista dramático.

Como quiera que sea no faltaba razón al bueno de Giraldez, cuando al hacer referencias á este hecho, repetía obstinadamente:

—El caso es, que el capitan y yo, hemos sido los primeros en tomar á la ciudad de Minas que estaba en poder de los revolucionarios.

El ejército de Benavente pasó el día 17 por Minas donde fué recibido por unos con vítores y flores, por otros con neutral curiosidad, por algunos con hostil semblante y escudriñadora observación de su aspecto, su número, sus caballadas; y siguió hácia el Norte haciendo algunas jornadas de á 50 kilómetros hasta vadear el día 20 la picada de Rodríguez sobre el Cebollatí, acampando junto al arroyo Sarandí, enviando fuerzas que resguardaran los pasos de Averías y Gringo y cerrando al ejército enemigo todo camino que quisiera utilizar para una contramarcha hacia el Sur.

En ese mismo día 20 se libraba un poco más al Norte la batalla del Paso de los Carros.

El ejército de Saravia, constantemente perseguido, había emprendido su ruta desde Minas hacia el valle de Aiguá;

vadeó el 19 el Paso de los Talas sobre el Gutierrez; cruzó el arroyo Corrales penetrando en el departamento de Treinta y Tres, y al amanecer del día 20 estaban las tropas de Basilio Muñoz en el Olimar Chico, viendo los fogones del campo de Muniz, sintiendo los pasos de la vanguardia de Benavente, haciendo marchar hácia el Paso del Real junto al pueblo de Treinta y Tres al grueso del ejército y á la división de Guillermo García, mientras quedaban á defender los pasos de Palo á Pique y de los Carros, las divisiones de Basilio Muñoz, Antonio María Fernández, Cicerón Marín, Martirena, tiradores al mando de Garat y Cardoso; más tarde, durante la acción, Aparicio desplegó nuevas fuerzas en apoyo de éstas.

El ejército revolucionario había mejorado bastante, á su paso por aquellos parajes, pues se había provisto de unos cuatro mil caballos en los departamentos de Minas y Rocha, y habia aumentado su contingente con más de quinientos hombres que se le habian incorporado entre la campaña y la ciudad.

Además, la contramarcha que al principio de esta persecución hizo el ejército del Norte, dirigiéndose hasta cerca de Florida, para despues reemprender la marcha á Minas, había concedido una gran delantera á Aparicio Saravia, dejándole tiempo, no sólo para la requisa de caballos, que no hubiera podido realizar si su perseguidor se hubiera dirigido rápidamente á Cerro Chato, sino que pudo, además, debido al adelanto y á la rápida movilidad, dar algun descanso á sus tropas en las cercanías de Minas, donde tambien se proveyeron sus hombres de ropas y efectos y recibieron ayuda del elemento civil favorable á la revolución. Entretanto se debilitaban diariamente las caballadas del ejército del Norte, que lle-

gó á Treinta y Tres el día 22 con la mitad de su gente á pie.

El ejército de Muniz venía hacia el Sur con pésimas caballadas, que habían decaido en los inferiores campos de Rivera, que habian soportado constantes y fatigosas marchas, que se habian diezmado al pasar el Rio Negro, y cuyo resto seguía estenuándose en las jornadas que lo separaban de Treinta y Tres.

Durante su trayecto, recibió Muniz la noticia de que Saravia cruzaba á Minas con unos ocho mil hombres; que seguía el camino nacional á Treinta y Tres; que costeaba el Marmarajá y el Cerro del Vizcaíno; que vadeaba el Cebollatí por el paso Rodriguez y por último, el dia 19, que salvaba el paso de los Talas del arroyo Gutierrez con rumbo á Treinta y Tres.

Aquí, el general Muniz, ejecutando una hábil maniobra, cambió rápidamente de rumbo. Abandonó la ruta que venía siguiendo por la vía de Nico Perez y enderezó su camino hacia Treinta y Tres. intentando llegar á tiempo de cerrar el paso á Aparicio Saravia en Palo á Pique y los Carros, ó al menos picar la retaguardia de su ejército.

Avanzó todo ese dia apurando á los caballos; acampó aquella noche en el Rincón de Urtubey, y en la primera hora del día 20 tenía dispuesto su ejército para emprender la marcha.

¡La marcha! Conviene saber lo qué es un día del ejército.

La noche cubre á todos con su sombra, pero en la oscuridad de los campos flotan siempre vagos destellos de luz difusa. La verdadera noche, la noche absoluta en que reina, invisible, la pavorosa Hécate, no existe en el Universo: siem-

pre hay aproximacion de astros; siempre hay rayos de luz caminando entre los orbes. La oscuridad impenetrable no se condensa en torno nuestro sino como un accidente, como un instante de rebeldía de la naturaleza, cuando apiña sobre la tierra, negras nubes compactas, en sus espasmos tempestuosos, que al cabo se resuelven, como una crisis nerviosa, en llanto de lluvia. Y aun esa misma oscuridad profunda, no es impenetrable sino para nuestro escaso poder óptico, para nuestra pobre vista de insectos alucinados.

En esa penumbra suave pueden percibirse todos los contornos del campamento, embellecidos por el misterio.

Hay silencio, pero siguen encendidos algunos fogones dispersos, elevando sus espirales oblicuas en una atmósfera tranquila y nebulosa.

Sobre la falda pendiente de la colina, duermen en lineas paralelas los soldados envueltos hasta la cabeza en sus ponchos.

Augunas carpas dibujan sus caprichosas siluetas en la dudosa luz. Las hay que se levantan en ángulo agudo; las hay en forma de bóveda de cañón, ya de lona, ya de ponchos sobre red de alambres de cerco, ya luciendo sobre su vértice el frondoso ramaje del vástago recién cortado, ya á modo de mediascarpas como un hostigo, como una simple defensa contra el viento sutil de las madrugadas.

De vez en cuando se oye desde la cama de coginillos, el coloquio de dos ó tres soldados cuyas voces resuenan en el silencio de la noche; se oye la voz de los centinelas que se relevan; se oye el ruidoso masticar de un caballo maneado que se acerca á pastar al costado de la carpa.

Es la hora de las cavilaciones, en que se presentan, á la imaginacion de los

pusilánimes la lívida imgen de la muerte y la roja sangre de los heridos; á las ardientes fantasías, la revuelta confusion de la batalla, la embriaguez de la lucha y la vuelta triunfal á sus hogares, circundados de gloria; á las almas enamoradas, el fantasma risueño de la que adoran, los dulces momentos de sus amoríos, las manos queridas que ajustaron la divisa de guerra sobre el ala de su sombrero, mientras la húmeda pupila, amorosa y triste, parecía decirle: «¡vuelve!»: á los hijos de la ambicion, los grados, los honores, y en pos de ellos la riqueza y el mando, y más allá el dominio sobre las multitudes, las gozosas represalias contra aquellos que ahora los consideran con desden: á los hijos del pueblo, el rancho abandonado, la mies no cosechada, el mugir de los rebaños, el olor campestre de los prados natales donde no hay un puñado de tierra que no encierre, con algun recuerdo, un pedazo de su pobre alma.

¡Envuelto el espíritu en estas nubes del ensueño; bien ceñido el poncho alrededor del cuerpo para evitar en lo posible los resoplidos del viento que se cuela bajo los bordes de la lona; escuchando todos aquellos rumores en que se confunden la realidad y la fantasía, y sintiendo el inexplicable latir de los campos que nunca están en silencio, se espera la madrugada y con ella, el movimiento, la luz, la actividad, la marcha.

Pero antes de que aparezcan las «barras del dia», en plena noche aún, suena, primero, á lo lejos, el sordo batir de los tambores, y despues, fuertes, vigorosos, los alegres clarines, en sones rápidos, excitantes. Son las primeras notas de la diana.

A poco se ha transformado el campo. Empieza por iluminarse con multitud de fogatas que vistas desde una colina siembran el suelo de pequeños focos. En

medio de la noche y del belicoso ambiente que circula, no se sabe si el campamento es un suelo estrellado, ó el cielo un campamento de dioses en eterna guerra.

Luego, entre aquella sombra que la aurora paulatinamente disipa, el rebullir semi-fantástico de los soldados proyectando largas sombras junto á las rojizas hogueras; aprontando sus arreos; doblando las carpas; ensillando á sus caballos; cruzándose en el aire las breves voces de mando; reuniéndose ordenadamente, en compañías, regimientos y divisiones; apiñándose las caballadas inquietas; rechinando carros y carretas al recio empuje de los bueyes.

Despues, el sol que asoma, iluminando sobre el campo á escuadrones y brigadas; el toque de los clarines de órdenes que marcan «atencion» y «á caballo», y en seguida el ritmo acompasado de la marcha, en columnas cerradas, buscando al enemigo, y dejando atrás, sobre el que fué suelo hospitalario de unas horas, los fogones cenicientos blanqueando entre tizones apagados; los esqueletos de alambre de las carpas; los restos repugnantes de la carneada para alimento de gusanos y abono de la tierra; y los últimos rezagados que avanzan lentamente llevando de tiro algun carguero, ó cortan camino al trote, contemplando, quizás, con melancolía, el monte destrozado, la cañada barrosa, los caballos muertos, y los hondos pozos, los negros alveolos, en que estuvieron clavados los postes que aun formaban el dia anterior lindes pacíficas, ordenadoras de los campos.

¡La marcha! siempre igual, penosamente monótona! á veces bajo un sol que hace doblegar laciamente la cabeza á los caballos, á veces bajo la lluvia persistente que cala ponchos y cuerpos: y como únicas novedades del cansado ca-

minar, la inesperada zabullida de un ginete al franquear un paso; la presencia de una pareia de venados que tanto abundan en los campos de la república y en cuya persecucion se lanza, previo permiso, algún soldado campero, armado de boleadoras; el rato de descanso, — quince minutos, — en que aparecen, como por ensalmo, improvisados fuegos para calentar agua, y cebar mate, rienda en mano y á rápidos sorbos: los «boletines» del ejército, circulando de boca en boca, y que consisten en engañadoras gacetillas verbales, con noticias más ó menos verosímiles á veces estupefacientes, como el rendimiento incondicional de Saravia, la muerte fulminante de Batlle, la intervencion armada de Argentina y Brasil coaligados, ú otras tan prodigiosas como estas, nacidas, con frecuencia, durante la mañana en alguna carpa de guerreros-bohemios; que nunca faltan con incólume conservacion de la alegría, parodiando en los peores casos á Francisco I, al decir: «todo se ha perdido menos el «humor», y haciendo broma lo mismo á un coronel de brigada en forma de picantes coplas más ó menos alusivas, que á un modesto asistente, con caracteres de «titeo» mas ó menos abusivo.

Por fin, al atardecer, la acampada: los comentarios respecto al mérito relativo del paraje y su abundancia ó escasez de pastos, de aguadas y de leña; las corridas, hachas al hombro, hacia el monte, donde súbitamente resuena tan ruidoso tiroteo que hace recordar á los veteranos el fuego graneado de los combates, y que supera en mucho al famoso golpear de los batanes que tanto amedrentaron el apocado ánimo de Sancho Panza; los gritos de la carneada; la veloz ereccion de las carpas; la fagina; el asado... y al avanzar la noche, las disposiciones de guardias, imaginarias y

avanzadas; y por último, otra vez la sombra, el descanso, los ensueños, y la espera de un nuevo día en que palpita lo desconocido, al mismo tiempo que el deseo de la mayor emocion y la mejor empresa, el combate.

Estas veinte y cuatro horas descritas, son el molde general en que se vacia cada día. Solo tienen una variante de mayor emocion, de más intensa ansiedad, cuando se sabe, como el 19 de Mayo en el ejército de Muniz, que el siguiente es seguramente día de combate.

Entonces, el despertar es mas silencioso; la formacion, mas solemne; los pensamientos, más profundos.

Al amanecer el viernes 20 de Mayo, estaban los tres ejércitos, en la siguiente disposicion: Muniz, en el Rincon de Urtubey, dispuesto á dirigirse hacia el paso de Palo á Pique; Benavente en Cerro Feo, pronto á vadear el Cebollati por la picada Rodriguez; el ejército revolucionario, marchando desde las tres de la mañana para poner á salvo la vanguardia y el centro, y dejando una numerosa retaguardia para detener al enemigo en ambos pasos.

La densa niebla, que imposibilitó todo movimiento al general Muniz, hasta las ocho de la mañana, favorecía la marcha de los revolucionarios y coadyuvaba á su plan.

Batalla de los Olimares

(20 DE MAYO)

¡Una mañana de espesísima niebla, condensando aun más á ese extraño no sé qué, solemne y grandioso al mismo tiempo, que precede á los combates.

. En el campo gubernista, la espera impaciente á que se aclarase aquella niebla intensa, aquel velo compacto que no permitía ver sino en un radio de dos metros. Además, la duda. Los dos pasos — el de Palo á Pique sobre el arroyo llamado «Olimar Chico», y el de los Carros, sobre el río, ó sea el «Olimar Grande», á distancia uno de otro, cuatro ó cinco kilómetros — ¿estaban desocupados, ó estaban guarnecidos por el enemigo protegiendo el pasage y la retirada del grueso de su ejército?

En el campo revolucionario, la marcha activa, no interrumpida un solo instante, aprovechando todos los momentos para alejarse del peligro, vadeando los dos Olimares antes de que llegase la vanguardia de Muniz; pues si ésta hubiera podido apoderarse de los pasos antes de llegar Aparicio, habrían tenido que luchar los revolucionarios contra Muniz de frente y sintiendo á la espalda la rápida aproximacion del ejército del Norte. Hubiera sido un «sandwich» fatal en que hubiera quedado aplastado.

La vanguardia gubernista llegaba tarde. La niebla misma auxiliaba á la revolucion, que avanzaba, avanzaba sin tregua, rompiendo el velo compacto de

la niebla, tanteando el camino, pero siempre adelante, sin haber descansado durante la noche, no reconociéndose en salvo sino cuando estuviera acampada junto al Yerbal, mucho más allá de la otra orilla del Olimar Grande.

Pasaban las horas de la mañana, y pasaba el grueso del ejército de Aparicio por aquellos estrechos corredores cuyas salidas eran las puertas de su libertad, su camino al campo libre donde poder elegir rumbos en todas direcciones.

Despues de las ocho empezó á ponerse en marcha la vanguardia gubernista. Caminaba con mucha lentitud teniendo que inspeccionar penosamene entre la bruma. No siendo ya posible adelantarse al enemigo y cortarle el camino, intentaba llegar todavía cuando aún no hubiesen pasado el Olimar Grande el parque y una parte al menos del grueso de su ejército; y en tal caso, atacarlo, imposibilitarles el Paso de los Carros á todos los que ya no lo hubieran vadeado, y dividirlos en dos fracciones; una, más allá del Olimar; otra, detenida en su marcha y arrojada hacia el Este, colocando así á Aparicio en muy difícil situacion para el porvenir.

Pero la marcha era forzosamente muy lenta; hasta medio dia no enfrentó la vanguardia la orilla del Olimar Chico, junto al Paso de Palo á Pique. A esa hora, el grueso del ejército revolucionario se apresuraba á vadear el Paso de los Carros, quedando tras de sí una retaguardia de más de tres mil hombres, obligados á pelear deteniendo, en aquellas excelentes posiciones, el avance de Muniz.

Porque, en efecto, el terreno no podía ser más propicio para la defensa.

Los dos Olimares corren entre riberas compactas de vegetacion exuberante: los arbustos y los árboles corpulentos se entrelazan allí formando una densa ma-

raña que afirman y tupen los nudos intrincados de las lianas. Solamente hacha en mano y paso á paso, podría franquearse aquella muralla selvática por otro paraje que no fuera la estrecha «picada», que se conserva por el contínuo tránsito.

La picada es en este, como en todos los antepasos de los ríos, un corredor estrecho; tortuoso; casi siempre sobre blando barrizal, batido por las pisadas de los caballos, y generalmente acuoso, inconsistente, interrumpido por traidores pozos; cubierto por un bajo techo de rudo ramage entrelazado que obliga á caminar lentamente, el cuerpo inclinado sobre el caballo, y atenta la mirada, ya á la zanja disimulada bajo el lodo, ya á las rápidas vueltas que ocultan al guía, ya á la rama flexible que, doblada un momento por el antecesor, se yergue súbitamente, al quedar libre, castigando al incauto con un latigazo en el rostro.

Ante el paso de Palo á Pique, hay una colina que desciende suavemente hacia la tupida ribera en que comienza el tortuoso corredor.

La desembocadura de éste sobre la corriente, se abre en el lugar donde el lecho del arroyo es más alto y por consiguiente ensancha, á modo de laguna, el caudal de sus aguas desde una á otra barranca.

La ribera opuesta es más rala. En aquel paraje hay una casa de azotea y un «palo á pique», ocupando regular extension y apoyando uno de sus extremos en la casa.

El espeso monte, el palo á pique y la azotea, constituyen un parapeto, una trinchera y un fuerte, buenos para la defensa, y para ocultar las maniobras con el follaje de la ribera.

Franqueando el paso de Palo á Pique, se presenta una llanura arenosa, en suave rampa ascendente, de cuatro á cinco kiló-

metros de extension solo interrumpida por algunos montículos, y con bañados á izquierda y derecha, de donde fluyen dos cañadas que van á desaguar en el Olimar Grande, á ambos lados del paso de los Carros y á distancia de una legua entre una y otra.

En el frente, el Olimar grande, con riberas mas fragosas que el anterior, más tupidas é inestricables; en su centro el paso, precedido de un bañado, despues, la picada, tambien estrecha, tortuosa, de cien metros de largo, abierta en espesísimo monte; luego el vado, ancho, profundo, dividido por una hilera de árboles, y donde el dia de la batalla nadaban los caballos: en la otra ribera, una meseta arenosa con fondo de árboles y una barranca muy empinada y fangosa.

Detrás de la barranca, que domina al paso, hay casas y ranchos sobre campo llano y elevado. Mas allá las estribaciones de la sierra del Olimar por entre las que serpea, oculto á lo lejos, el arroyo Yerbal.

Puede dividirse el combate en tres períodos sucesivos de desarrollo en que van cambiando el escenario y la accion.

En el primer periodo, las fuerzas gubernistas atacan el paso del Olimar chico, á medio dia próximamente, hasta franquearlo á la una y media, hora en que los revolucionarios se repliegan hacia el Olimar grande.

En el segundo, se desarrolla plenamente el combate desde las dos, frente al Paso de los Carros, rudamente defendido; entra en juego la artillería á las tres y media, y llega la accion á su momento crítico á las cuatro y media.

En el tercero, la vanguardia gubernista empieza á salvar el paso y á organizarse en la otra orilla, afrontando el empuje de los nuevos refuerzos y las

cargas de lanza que le oponen los revolucionarios; logra ordenarse al otro lado del Olimar de cinco á cinco y media, y realiza una breve persecucion hasta el oscurecer, mientras las tropas de Aparicio marchan en direccion del arroyo Yerbal y acampan, por fin, los gubernistas más allá del paso.

Era un poco más de mediodia cuando la vanguardia de Muniz desplegó sus fuerzas frente al primer paso, el de Palo á Pique, emplazando sus guerrillas en la altura de la colina cuya falda se desliza hacia el rio, y atacando al mismo tiempo el paso por la picada.

Los revolucionarios se parapetaban tras la maleza, coronaban la casa de azotea y guarnecían el «palo á pique» enfocando sus tiros hacia el paso.

Pero las guerrillas estendidas visiblemente sobre la colina y la falda, atraían los fuegos de los revolucionarios debilitando la defensa de la picada y facilitando el ataque.

Formaban en primera línea, al otro lado del paso, la division Durazno de Basilio Muñoz, y la division Florida de Fernandez, de más de mil hombres cada una.

En este paso el tiroteo fué lento; la defensa, debil; el franqueo del arroyo breve.

Aparicio mandaba las fuerzas defensoras, y á eso de la una, — cuando ya la vanguardia de Galarza se lanzaba al otro lado, cuando cobraban la ribera opuesta las primeras compañías del 2.o de cazadores, vadeando á pié el arroyo— mandó Aparicio á sus tropas que se retiraran, menos las que estaban acantonadas en la azotea. Por culpa de la imperfecta disciplina, esta orden no fué justamente ejecuada. Los tiradores de la

azotea se plegaron á las divisiones en retirada; el paso quedó libre; todas las guerrillas revolucionarias convergieron al paso de los Carros, y allí se reorganizaron, para la defensa, las divisiones de Muñoz y Fernandez, ya citadas, y las de Marin y de Martirena.

Desde el campo gubernista, que ahora avanzaba entre los dos Olimares, se distinguía además, la columna de unos mil hombres de Gregorio Lamas, como á dos leguas de distancia, junto á la casa de don Ramon Lago, y numerosas caballadas que recientemente habían traspuesto el Olimar grande.

El primer acto había concluído, pero el aspecto de su segunda fase era mucho más respetable.

El monte, la picada, el paso, las alturas de la barranca opuesta, las casas y ranchos diseminados más allá de la otra margen, y dominando el teatro de la accion estaban cubiertos de revolucionarios.

Sobre la barranca del otro lado del Olimar Grande estaba la división Florida de Fernandez; en la meseta de arena la division Durazno, y apoyando á ambas desde los ranchos ó entre el monte, la división San José, de Cicerón Marín, y la gente de Martirena.

La vanguardia de Muniz avanzó por la llanura hacia el paso. Galarza, contemplando el escenario que se extendía á su frente, y recorriendo la línea, murmuró: «¡aquí hay para rato!» y prontamente, al aproximarse al monte ribereño, se desplegó, violento, el fragor ronco, formidable, del fuego nutrido que salía sin intervalo de la espesura.

Continuó el avance; ya se oían de una á otra parte las voces de mando: los tiradores de la barranca y de los ranchos reforzaban el fuego: la acción iba entrando en su período álgido; y la división Treinta y Tres al mando de

Basilisio Saravia que se batía en avanzada junto á los bañados de la derecha, fué reforzada por su flanco izquierdo viniendo á quedar la línea de batalla en esta forma:

Frente al paso y como centro de las fuerzas desplegadas, los regimientos 2.° y 6.° de caballería: formando ala derecha, las divisiones de Treinta y Tres y Florida; formando ala izquierda el 2.° de cazadores y la division 1.ª de Soriano.

Los revolucionarios reponían rato á rato sus guerrillas en la espesura del monte; el fuego crecía estruendosamente: el 1.° de caballería se adelantó á reforzar el centro, frente al paso, é intercaló sus escuadrones, entre los regimientos 2.° y 6.°. A las dos, á las dos y media, á las tres, la batalla se mantenía con tenacidad, siempre formidable, en su período más terrible de desarrollo, no pudiéndose oir, en medio del tiroteo ensordecedor, ni aun el grito vibrante de los clarines cuyas voces agudas ahogaba el fragoroso estampido de las detonaciones como un continuo rodage de truenos.

Saltaban las ramas del monte como brazos cortados, y caían los hombres á uno y otro flanco como árboles hachados; blanqueaban las nubes de humo en líneas sinuosas, paralelas, ó avanzaban y retrocedían como sierpes que se encogieran para atacar oblicuamente: se amagaban asaltos hacia la entrada del paso, y clareaban las filas, contrayéndose nuevamente para un segundo amago de asalto: y eran ya las tres y media cuando una voz ronca, profunda, gruñendo á más largos intervalos, pero más imponente, dominó el estruendo general, dejándose oir á retaguardia.

La artillería había sido emplazada en la colina, y el cañón había tomado la palabra en aquel hosco congreso de truenos, lanzando sus proyectiles por cima de la vanguardia, contra la arboleda.

contra la meseta arenosa del otro lado del Olimar, contra las columnas que más allá se aproximaban en apoyo de los defensores del paso; y aquellas voces anunciadoras de terribles estragos, debilitaron el vigor de la resistencia, arreciando el empuje de los asaltantes, que se lanzaron al vado.

El 2.º de cazadores y la división Soriano, y tras ellos el 2.º y el 1.º de caballería se arrojaron al paso, tirándose á nado bajo el fuego enemigo que los acribillaba, y bajo la lluvia de proyectiles que los recibía mortífera al ganar la otra orilla.

Inmediatamente se vieron invadidos el paso, la picada y el monte; los revolucionarios dejaron libre el acceso, pero del lado opuesto recrudeció el encarnizamiento de la lucha.

Al coronel Gervasio Galarza y al comandante Pedro Quintana cupo el honor de ser los primeros jefes que pusieron el pie en la orilla opuesta.

Pero al arribar, despues de vadear el río nadando, se producía fatalmente el desórden; se mezclaman los soldados de diferentes cuerpos, y la reorganización requería tiempo por muy breve que fuese.

Aparicio había reforzado ya sus tropas con batallones de Garat y de Cardoso. En aquel momento, aprovechó la confusión con que los asaltantes abordaban la ribera y el intervalo en que no podían hacer fuego eficazmente, para arrojarles encima veloces cargas de lanceros que desprendió desde una altura, mientras los apoyaban las divisiones de Florida, Durazno y San José, y los tiradores de Cardozo, de Garat y de Martirena.

Los lanceros fueron rechazados por las fuerzas de Soriano y del 2.o de cazadores que hasta aquel momento habian vadeado el paso; una vuelta ofensiva de los revolucionarios sobre las tropas que al-

canzaban la margen izquierda del Olimar no impidió la reorganizacion de las guerrillas y su inmediato avance.

Serian las cinco de la tarde. Los insurrectos desplegaron una larga linea de batalla que se extendía con un frente de tres kilometros, desde la margen del rio, á su derecha, hasta las estribaciones de la sierra de Olimar á su izquierda.

Galarza rehizo su linea de batalla, poniendo en el centro el 2.o de caballeria; en el ala derecha las divisiones Treinta y Tres y Soriano; en el ala izquierda el 1.o de caballeria y el 2.o de cazadores, y á un kilómetro del paso se le incorporaron tres fracciones del 3.o, 4.o y 5.o de cazadores.

El avance continuó, á campo abierto, sin obstáculo alguno, y los revolucionarios emprendieron la retirada salvando penosamente un bañado de dificil paso, y soportando el fuego y la persecucion hasta la entrada de la noche.

. . . .

¡La noche, aumentando con su sombra el espanto en el pecho de los heridos y envolviendo con luctuoso sudario de tinieblas la lividez de los muertos!

¡La noche, escondiendo en su seno, los despojos humanos que quedaron en la ribera del Olimar; disimulando con iguales negruras los charcos de agua y las lagunas de sangre; cubriendo con piadosos crespones los cuerpos de aquellos pobres niños, tres efebos, tendidos sobre la arena enrojecida, qu e habian hundido sus miradas en la última noche, antes de haberlas iluminado con la primera aurora: y los miembros rígidos ya, de aquellos otros jóvenes, tambien pasajeros efímeros de la vida, todavia en los dinteles de la adolescencia, cuyas ropas ensangrentadas lamían las olas del rio, al pie del frágil bote que con ingenua

sencillez habían creído suficiente parapeto y salvaguardia de sus pobres cabezas preñadas de ilusiones: y aquel cráneo, casi vacío, destrozado por la metralla, cuyo cerebro esparcido en torno, ya no resaltaría, blanquecino, sobre los coágulos de sangre, como piltrafas de repugnante aspecto!

¡La noche posterior á una batalla! Noche de silencio lúgubre, en que arrastra el ambiente, denso por la tristeza, gemidos que no suenan; lágrimas del cielo que, compasivo, concede á los muertos alba túnica de escarcha para la madrugada; visiones que azotan el pensamiento con alas de vampiros; ayes lejanos confundidos con el latir de los vientos; murmuraciones de los árboles, almas vegetales, bondadosas y tímidas, que parecen maldecirnos en voz baja, indignadas ante la ferocidad de los hombres; y de tarde en tarde, la voz de los centinelas preguntando «quien vive» como un sarcasmo...» ¿quién vive todavía, sobre los cuerpos de sus víctimas y despues de haber sentido en el rostro los aletazos de la muerte?»

Cuadros é impresiones son estas, dolorosamente verídicas; reflejos que quedan en la mente, de lo que han visto los ojos, de lo que han sentido las almas. ¡Peor para aquellos que hayan podido adormirse indiferentes, entre esa atmósfera lúgubre que envuelve á las noches posteriores á una batalla!

. . . .

Bien sé que en el corazón del hombre anidan juntos, el ángel y el demonio; un puro rayo de luz celeste y un rojo destello de infernal hoguera; y sé que es ruda ley de su destino, destruir para crear, porque el progreso se amasa en el horno de la guerra, como las auroras se incuban en el seno de la noche: y sé que nada valen millares de millones de víctimas

como granos de arena, si han de formar la piedra fundamental del nuevo edificio, si del fósforo de sus huesos ha de brotar la luz de las nuevas ideas, si sus postreros ayes han de concertar la terrible armonía de un himno, redentor como un nuevo evangelio: y sé que en todo el Universo es la guerra la que disemina los orbes, y depura las especies, y robustece á las razas, y glorifica á los pueblos.... ¡pero en las ridículas reyertas de familia...! ¡en las mezquinas intrigas de antesala...! en esa aberración que llaman «guerra civil», y en dónde no hay leyes agrarias que recabar como con los Gracos, ó manumision de la plebe que conquistar como con Mario y Sila, ó derechos del hombre que adquirir como con Danton y Robespierre; sino, pobremente, como en las corroídas repúblicas italianas de la edad media, celos de predominio entre una y otra fracción, hervor de rencores entre una y otra familia, pequeños odios empollados bajo el manto, no siempre limpio, de un Visconti ó de un Sforza... en esa clase de menudas guerras civiles, no es el mejor soldado de la patria aquel que, maldiciendo, hunde en el seno de otro hombre el rejón de su lanza para que brote de él la sangre fratricida, sino aquel que, cantando, hunde en el seno de la tierra la reja del arado para que brote de ella la savia nutridora.

Consecuencias del combate de los Olimares. Rumbo de los tres ejércitos.—El ejército del Norte desde Manseevillagra hasta Bañados de Rocha.—La odisea del Parque revolucionario.

El combate de los Olimares (que este sería su justo nombre) no tuvo importancia excepcional como las batallas de Tupambaé ó Masoller.

En esa accion no luchó, como se ha visto, sino una parte del ejército revolucionario, contra la vanguardia, no completa, del ejército del Sur.

Se constató una vez más el valor harto probado de los orientales. Llevan armas con más de mil quinientos metros de alcance, y luchan á veinte y cinco ó treinta de distancia; no creen que se trate de verdadero combate sino cuando se dan ó se reciben cargas de lanceros; se mezclan de tal modo los adversarios que con sobrada frecuencia, han creído compañeros á los que eran enemigos, provocando así episodios de corte épico.

Del número de heridos no quisiera hablar. Los muertos no se cuentan. Aunque hubieran sido cinco, serían muchos.

Además, es difícil extraer la verdad de enmedio de tan encontradas afirmaciones. Cada adversario adjudica siempre á su enemigo el mayor número de bajas. ¡Se lleva mejor el cómputo de los vivos para inscribirlos en las urnas electorales, que el cómputo de los muertos para grabar epitafios en honor suyo!

La mejor cuenta es esta: que en esa batalla cayeron tres cientos orientales. El fúnebre reparto hágalo cada lector á su gusto.

Las consecuencias del combate de los Olimares no dieron en sus resultados ninguna ventaja esencial para uno ú otro de ambos contendientes.

Fué una victoria más para el Gobierno, es cierto; pero fué, sin embargo y despues de ella, una escapada más para Saravia que, aunque á costa de un nuevo sacrifico de vidas, podía proseguir su plan de correrías, y dar tiempo á que en Buenos Aires siguieran apoyando los intereses del partido, y en Montevideo continuaran discutiéndose proyectos de paz que beneficiasen la causa de la revolucion.

Aparicio dirigió su marcha hacia Paso del Real, junto á la villa de Treinta y Tres, y tomó rumbo hácia la costa del Rio Negro.

Desprendió en Zapallar, á las órdenes de José Gonzalez las columnas encargadas de recibir de manos de Abelardo Marquez, el parque que el Directorio le enviaba desde Buenos Aires. La noticia de la derrota de Guayabos el 6 de Junio con pérdida de aquellos valiosos elementos, llegó pronto á desvanecer las esperanzas acariciadas, y siempre perseguido por el ejército del Sur, no libró ningún combate hasta el 22 de Junio en los campos de Tupambaé, salvo un encuentro de su vanguardia formada por la division Tacuarembó al mando de Mariano Saravia, contra las tropas del coronel Escobar.

El ejército del Norte habia llegado el 21 de Mayo á media legua de Treinta y Tres.

Su cooperacion había sido valiosa, persiguiendo al ejército revolucionario, tomándole por todo el trayecto del departamento de Minas el flanco izquierdo para impedirle la escapada, conduciéndolo hácia el ejército de Muniz, con la intencion primera de batirlo entre ambos, pero logran-

do hacerlo caer en los Olimares, donde Muniz libró el combate de los Carros y ayudados ambos ejércitos en este plan por el cuerpo de exploradores que el coronel Tezanos había organizado en Sarandi del Yi, dirigiéndolo telefónicamente desde el Durazno.

El fué en efecto, quien á mediados de Mayo, cuando el gobierno ignoraba el paradero fijo de Muniz, desplegó habilmente su servicio de exploracion, conoció por el teniente Rivero la llegada de aquél á las sierras del Tigre; y lo comunicó á la presidencia, pudiendo desde entonces combinarse las operaciones de ambos ejércitos.

El gobierno sabía ya, desde mucho antes, el camino que iba siguiendo un abundante parque que el Directorio de Buenos Aires enviaba á Saravia por intermedio de Abelardo Marquez, y con objeto de impedir la incorporacion y tomar si era posible, el convoy, ordenó al general Benavente que se trasladara por la ferrovia á Tacuarembó para combinar sus operaciones con el coronel Gaudencio que ya venía vigilando la expedicion revolucionaria, y con el coronel Rufino Dominguez jefe de las fuerzas del Salto.

Benavente, emprendió la marcha el 22 de Mayo, con rumbo á la estacion Mansevillagra.

La noticia del triunfo en los Olimares llegó el 21 al ejército del Norte, cuando acampaba entre los arroyos Gutierrez y Corrales; y aquel ejército, organizado desde el principio de la guerra, sin haber combatido todavía, acostumbrado ya á la idea de que al fin de la persecucion sostenida, daría su primer batalla, sintió una especie de desengaño.

Había algo de natural egoismo que

enturbiaba, en el ánimo de todos la alegría del triunfo.

Jefes, oficiales y soldados, habían creído firmemente en un próximo encuentro; pero ahora, repentinamente cambia el espectáculo.

Concluyen los dias en que los ánimos, inflamables, creían ver en las arboledas que coronan los cerros, guerrillas enemigas desplegadas en actitud guerrera.

Empiezan los dias de incertidumbre sin saber que brújula los guía.

Renacen las monótonas marchas desde el dia 22. Sin entrar en Treinta y Tres, vuelven hacia Zapican; de allí á Nico Perez, en jornadas lentas; de allí á Mansevillagra á donde llega la vanguardia el dia 28.

Y en Mansevillagra cambia nuevamente el espectáculo.

Se aproximan á la estacion poco antes tes del anochecer, pero habrá luz porque está próxima la luna llena.

Nuevas órdenes circulan.

Primera emocion: la vista del tren; el grito de la locomotora que, tanto tiempo hacía, no escuchaban. Se murmura que van á Montevideo; solamente algunos jefes saben que el viaje será más largo sin tocar la hermosa y tan deseada capital

Segunda emocion: hay que largar los caballos que hasta entonces se habían conservado atados á soga. Esto comprueba que la marcha es inmediata. Algún milico sensible, deja, quizás, con pena al sufrido caballejo que lo soportó veinte ó más dias sobre su paciente lomo.

Se churrasquea rápidamente en torno á desmesurados fogones, más nutridos de leña que en ninguna otra ocasion porque se ha ordenado asar carne de repuesto. Y las faenas son breves, rápidas, alegres; la carneada es más pródiga de algazara que otros días: la comida alrededor del fuego, en apretados gru-

pos, es matizada con ilusorios planes, trazados por la crédula fe de volver al pago.

Ya se atan los recados. La locomotora multiplica sus gritos sobre la línea, y apresura sus maniobras, en continuo vaivén, bufando y arrojando ráfagas de vapor al son de acompasados resoplidos... ¡y á montar en el enorme caballo «tostao», fogoso, que no se cansa, que bebe en los altos depósitos y come pasto negro petrificado, y cuyos corcovos son mortales!

En este tren marchará la 6.a brigada de la extrema vanguardia, al mando del comandante Isasmendi, y en sucesivos convoyes, seguirán con breve intervalo las demás divisiones.

Hay momentos de confusion; soldados con su recado al hombro, que chocan en la penumbra, y se agitan, y se tambalean bajo el peso, y asaltan los coches llamando á sus aparceros de fogon.

Hay intervalos de orden; los oficiales se imponen, pero es un orden confuso, violento, con venates de casi lucha, impulsos de pequeño egoismo por conquistar un buen puesto para pasar bien la noche como buscamos un buen puesto en la sociedad para pasar bien la vida.

Y el ganado humano va estivándose.

¡Aun quedan rezagados! Se estrechan los cuerpos: se colman los vagones.

¡En marcha! Vibra el pito y se estremece el convoy al golpe de arrancada del «tostao». Un adios á aquellos parajes.

Allá atrás, sobre el campamento abandonado, quedan brillando los fogones solitarios, y algún caballo que inmóvil, sin fuerza, la cabeza caída, plácida y triste, se destaca, sobre el prado, como una esfinge vencida, derrotada por el destino, perdidas su fuerza y su dignidad: arriba, el cielo plateado: abajo, los campos devueltos al silencio, al reposo, á su misteriosa vida llena de magestad

é inundada de luna, con supremo desden hacia los hombres y sus pequeñas guerras.

Cada vagon es un pandemonium, pero no ruidoso. Solo suena el galope perenne del tren, y los hombres, ya en plena noche, se amontonan entre sombras como un racimo de larvas confusas. Pero allí no reina el sueño reparador de los campamentos, regados de rocíos y arropados en la niebla, sino el duerme-vela de las pesadillas, con peso narcótico en el entorpecido cerebro y fatiga en los doloridos miembros.

Por aquí una espuela inquieta amenaza las orejas de un durmiente; por allá gime alguno bajo un codo imprevisor que confundió el cuerpo de un hombre con el bulto de algun poncho arrollado, y solo resuena de vez en cuando, un ronquido, una protesta, un resoplido, algún cuchicheo confidencial.

Y así la noche entera, hasta Peñarol.

Y en Peñarol ¡el desengaño!

¡Adios Montevideo!

Conversion, flanco derecho; una evolucion rápida y la vanguardia del tren se dirige, á las seis de la mañana del 29, hacia el Norte. El «tostao» reanuda su galope.

Y ya á la luz del día, se suceden las estaciones. Pasan Sarandí Grande, Florida, Durazuo. En Sarandi los espera ya el gordo asado. Una pequeña hecatombe: varias reses para el consumo de la tropa; y además, un precioso encuentro con panes frescos despues de veinte dias de ausencia.

Continúa el camino. Nunca acaba el galope acompasado del tren; y llega la tarde.

Cruzan el Rio Negro sobre el largo puente del Paso de los Toros, y reciben los alegres vivas del 6.o de infantería de línea que junto á los rieles acampa, al mando del coronél Zoilo Pereyra.

Y adelante todavía. Y llega la segunda noche. Ya van veinte y tantas horas de viaje, de encajonamiento, de estiva.

Hay un momento de alarma. Se advierte á los oficiales que si suenan tres pitadas de la locomotora, se preparen, y á los soldados se les ordena ponerse el correaje. ¿qué ocurre?

El comandante Isasmendi, que manda el convoy desde la misma máquina, y en momentos en que atraviesa compacta niebla, sabe que la linea telegráfica está interrumpida; se han descubierto exploradores revolucionarios á la derecha de la via, y se asegura que en aquellos parajes, próximos á Achar, ha habido aquella misma tarde una escaramuza.

Pero el tren avanza nuevamente, aunque con precaución. Se sale de la niebla y aunque la noche está encapotada, la luna esparce, al través de las nubes, una luz vaga y difusa.

Y sigue la marcha, sin percance y en silencio, hasta Bañados de Rocha, donde por fin, se detiene el «tostao» despues de un galope de setecientos kilómetros.

Y allí, se acampa junto á la estación, mientras van llegando rápidamente los demás contingentes del ejército en sucesivos convoyes. Pero estos son más felices. Al menos han pasado de dia por Peñarol, donde los ha esperado y saludado numeroso gentío de Montevideo, y muchos han podido abrazar un momento á sus íntimos, á sus parientes, á los tan deseados, desde lejos, durante larga ausencia.

Allí conferenciaron el Presidente y el General.

En Bañados de Rocha se esperan caballadas; se acecha la dirección del parque revolucionario, y entretanto se reanuda la vida de campamento, temporalmente sedentaria.

El grueso del ejército acampa en Tres

Cruces, á dos leguas de la vanguardia. El coronel Rufino Dominguez en Laureles tiene mil quinientos hombres, y en San Fructuoso hay un contingente disponible de quinientos hombres más.

El parque revolucionario, que había pasado ya por Santa Rosa, aprovechando la ausencia del coronel Dominguez, y había atacado al Salto, seguía el camino de la Cuchilla del Salto, Dayman arriba, con rumbo á Arerunguá, llevando próximamente, unas veinte carretas custodiadas por unos ochocientos hombres, y sigue camino hacia el Paso del Horno del Arapey.

Quijano sale de Santa Rosa, á marchas forzadas, con quinientos revolucionarios y se le supone el intento de incorporarse á Márquez, mientras Domínguez se dirige con rumbo á las puntas del Arapey, y Benavente vigila la ferrovía desde el puente de Tranqueras hasta la estación Achar.

El plan del Gobierno es formar tres columnas de mil doscientos hombres en total, montándolos con quinientos caballos que el coronel Islas tiene en San Fructuoso, más seiscientos que habían sido enviados ya desde Molles al Paso del Cerro próximo á Bañados de Rocha, desplegarlas á distancias de ocho ó diez kilómetros ocupando un frente de seis ó siete leguas con buen servicio de flanqueadores, y estrechar á Márquez entre estas fuerzas y las de Domínguez.

Este plan es auxiliado por la ignorancia en que estaba Saravia de que el ejército del Norte se hubiera trasladado tan rápidamente de un extremo á otro de la República, pues de haberlo sabido, hubiera hecho volar los puentes entre Río Negro y Rivera para impedir á Benavente el recibo de caballos del Brasil y de Molles.

Gracias á esta rápida evolución, el ejército reponía su caballada con una

cuatro mil caballos de Rivera, de Paysandú, de Tacuarembó y de una remonta efectuada desde el Paso de Andrés Pérez hasta Puntas de Queguay.

Veamos entretanto qué había sido del parque revolucionario desde su salida de Buenos Aires: el desembarco en Santa Rosa, el ataque á la ciudad del Salto, y su posterior peregrinación hasta el día de la batalla de Guayabos.

Un buen día se supo en Buenos Aires que el vapor «Paulita» se dirigía á La Plata por cuenta de los revolucionarios, para hacer allí un cargamento de armas, municiones y vestuarios.

Pero parecía como si estuviera escrito fatalmente que aquella expedición recorriese una verdadera odisea bien nutrida de percances y contratiempos, desde su comienzo hasta su fin.

La lancha encargada de trasbordar el cargamento al «Paulita» había varado en los alrededores del Río Santiago, y se comprende la zozobra del Directorio, temeroso de que se produjera alguna reclamación descubriendo la existencia del valioso cargamento.

Cuatro días estuvo varada la lancha con su misterioso contenido sin que fueran eficaces los esfuerzos empleados para ponerla á flote, hasta el día quinto en que por fin pudo pasar aquél á la bodega del «Paulita».

Bueno es hacer constar que según datos fehacientes de «El Diario», de Buenos Aires, la varadura, el embarque, la naturaleza del cargamento y su destino, eran conocidos por suficiente número de personas para que el hecho pudiera calificarse de secreto á voces.

Gracias, precisamente, á esta circunstancia, que renovaba el ya fecundo tema, muy controvertido, de la neutralidad ar-

gentina, el Gobierno uruguayo conocía la existencia de ese cargamento y observaba cautelosamente al «Paulita».

De La Plata se dirigió este á Gualeguay, siempre en costa argentina, y allí fué pasada la carga á un vagon que la condujo, con muy escasa reserva á Caseros, donde quedó depositada en lugar seguro esperando un momento propicio para atravesar el Uruguay en busca del ejército revolucionario.

A fin de favorecer ese traslado, se se apoderó la revolucion de la plaza de Santa Rosa, durante la ausencia del coronel Rufino Dominguez. El momento propicio había llegado. Los cajones pasaron tranquilamente de una orilla á otra, sin tropiezo alguno con las autoridades argentinas; en Santa Rosa fueron recibidos por el coronel Saavedra, y desde allí, terminada ya la odisea fluvial, comenzaron la odisea terrestre que estaba predestinada á concluir en la adversa accion de Guayabos.

Entretanto, el Directorio nacionalista abrigaba el proyecto de que la revolucion poseyese un puerto, una capital de importancia, que pudiera servirle de entrada franca para el abastecimiento de material bélico, y que sirviese de apoyo y argumento para afrontar la trascendental cuestion de su beligerancia.

Con este fin, ordenó á Marquez y Saavedra que atacaran y se apoderaran de Salto, defendida solamente por ciento cincuenta hombres.

Para mejor cumplimiento de dicha orden, fingieron estos jefes un amago de ataque á Rivera que dirigiese hacia ese punto la atencion del Gobierno y la concentracion de fuerzas, é ignorando que estaban vigilados de cerca por exploraciones del coronel Gaudencio, se encaminaron hacia Salto, dispuestos á apoderarse de la plaza.

Ataque al Salto

(29 DE MAYO)

Combate de Guayabos

(6 DE JUNIO)

Si los jefes de la expedición que custodiaba á aquel parque llevado con buena fortuna, á pesar de su odisea, hasta la costa uruguaya, hubieran intentado incorporarse pronto con el ejército de Aparicio Saravia, sin correr aventuras guerreras en son de hostilidad, sino esquivando al enemigo,—tal vez hubieran tenido mejor suerte, á pesar de la vigilancia del gobierno, que brujuleaba sus huellas.

Pero el Directorio nacionalista acarició el proyecto de un gobierno provisorio en el Salto, y fué preciso tentar la posibilidad de conseguirlo. Márquez y Saavedra se dirigieron hacia la hermosa ciudad, rica y floreciente, muy propia para despertar el deseo de poseerla, no siendo mucho su empeño en los primeros momentos, abstraídos por el propósito de llevar cuanto antes á feliz término, la delicada comision de entregar incólume su parque burlando toda vigilancia y toda persecucion; pero más tarde, cuando supieron cuán débil era la guarnicion defensora de la plaza, soñaron con la importancia de su triunfo si al mismo tiempo regalaban al Directorio una sede importante como asiento oficial de su gobierno, y nutrían al ejército con un fuerte contingente de armas, pertrechos y municiones que robustecieran su accion.

Hubo siempre entre los principales actores de la revolucion, dos objetivos que no siempre caminaron de consuno: la accion militar y la que pudiéramos llamar, accion diplomática. Pero en medio de las divergencias que provocaba el distinto modo de entrever los fines políticos, y la dificultad de aunar amigablemente las tendencias campesinas de los caudillos con las aspiraciones ciudadanas de los directores, había un punto en que estaban de perfecto acuerdo, esto es; no tomar la ofensiva, siempre peligrosa por su indeciso resultado, sino prolongar la resistencia indefinidamente.

Este plan nunca fué secreto. Se declaró en todos los tonos.

Gregorio Lamas lo definió fielmente con esta frase: «La revolucion triunfará sin pelear».

Y en efecto, el fin, reconocido abiertamente, no era ganar batallas, sino evitarlas; no era apoderarse de la capital, sino recorrer y devastar la campaña; no era apresurar el éxito propio con victorias, sino retardar el éxito previsto del Gobierno con incesantes retiradas; no era, en fin, aspirar á un ideal de alta política é intentar implantarlo por la fuerza de las armas, con un programa, claro, sucinto y bien definido sino alargar el ruinoso estado de guerra, hasta que el país, más exhausto cada dia, concluyera por imponerse al Gobierno con este argumento que el Directorio inspiraba azuzando á los ánimos: «puesto que no puedes darnos la paz aniquilando á la revolucion, dánosla concediéndole los privilegios que te pidan».

Era así como se esperaba triunfar sin pelear.

Todo lo demás, el belicoso apresto de municiones y pertrechos, el ruido fragoroso de las armas, la aureola gloriosa de los combates, el heroico laurel de las victorias, y el martirio mismo de los in-

genuos, de los nobles, siempre prontos á entregar su sangre por el logro de una idea que la pasion sublima y la fantasía embellece, no fué más que el eterno cebo, azucarado y aromático, con que se atrae en el mundo al través de todos los tiempos y en todos los paises, á la crédula, inagotable raza, de los buenos, de los leales, de los cristos, candidatos espontáneos de la crucificcion, que ni siquiera pueden repetir refiriéndose al que los mata: «perdónalo, padre mío, que no sabe lo que se hace», porque son ellos precisamente, quienes no saben por lo que mueren.

Desde muchos siglos antes de Maquiavelo hasta nuestros días, no se consigue el astuto triunfo de los menos, sino secundado por el crédulo sacrificio de los más.

Pero esta vez el Directorio, ambicioso de mayor prestigio, se apartó del plan general y se lanzó á la ofensiva sin consultar al jefe militar del partido, y Marquez, á su vez, se engolosinó con la perspectiva de un ruidoso triunfo que juzgó facil de obtener.

El día 28 de Mayo, tomó informes de un carrero que salía de la ciudad, llamado José Rodriguez, y éste le aseguró que el Salto no tenía otros defensores que escasamente doscientos hombres de la Departamental.

Este informe era perfectamente verídico, y los jefes de la expedicion revolucionaria resolvieron dar el asalto á la ciudad en la mañana siguiente, aunque conservando en rehen al informante.

Adelantemos desde ahora, para no volver sobre ello, que más tarde, cuando los sitiadores encontraron á la ciudad guarnecida por un millar de defensores, no pudieron concebir que esas tropas pertenecieran á refuerzos llegados en la ma-

ñana del 29, y calificando la informacion de engaño premeditado con fines partidistas, condenaron á Rodriguez por traidor, y se cumplió la sentencia fusilándolo por la espalda.

Hay en el mundo muchos Dreiffus, confinados al presidio, ó á la eternidad como el infeliz Rodriguez, sin que queden á sus espaldas manos que indignadas por la injusticia, remuevan los «bordereau» de su proceso, ó las piedras de su tumba.

Para que se realice una revision «dreiffusiana» es preciso que «el asunto» favorezca á un partido poderoso, convirtiéndose en arma política y beneficiando intereses particulares de personas y círculos. De otro modo el «requiescat in pace» cae lo mismo sobre un presidio que sobre un sepulcro.

Ello es que fiado en aquel verídico informe provocador inocente de un engaño, Marquez detuvo el tren que venía de Arapey, haciendo volar con dinamita dos alcantarillas; supuso suficiente esta precaucion sin pensar en las lineas de Durazno y Paysandú, y en la mañana del domingo 29, desplegó sus fuerzas, unos 800 hombres, abriéndolas en un semicírculo, cuyo punto de arranque era el Prado — paseo inmediato á la estacion del ferrocarril Midland — y siguiendo por el Recreo Salteño hasta la plaza del Cerro próxima á los astilleros de Mihanovich.

Confiaban además los sitiadores en recibir alguna ayuda de parte de los nacionalistas que en la ciudad se hallaban y cuyo número había sido reforzado desde Concordia con envíos metódicos durante los dias anteriores.

La presencia del 2.° Departamental de Paysandú y el 3.° de Guardias nacionales de la capital, influyó, sin duda, en el cambio de propósitos, y ningún movi-

miento de la ciudad cooperó al esfuerzo de los asaltantes, salvo algún caso aislado de que hicieron mencion las crónicas locales.

El Gobierno, informado respecto á los movimientos de Marquez desde su salida de Santa Rosa y cayendo en sospecha, al ver el empeño con que se quería llamar su atencion hacia Rivera, había previsto el posible ataque á Salto enviando con oportunidad desde Paysandú y Durazno las fuerzas antedichas, y preparando al mismo efecto, otros batallones, que como el 9.° de Guardias Nacionales de la capital, podían llegar rápidamente en caso necesario, pues no se interrumpió la comunicacion telegráfica entre la ciudad y la capital. El coronel Gaudencio, comandante militar de la plaza, tenía además dos cañones.

Los revolucionarios avanzaron desde las diez y media aproximándose á la Plaza Nueva por las calles Itapebí, Arapey, Uruguay, Dayman, y sus laterales, conservándose fuertes hasta las tres y media de la tarde en que se retiraron á sus primeras posiciones, y replegándose por fin, á las seis y media hacia el Saladero de la Caballada, rechazados en su infructuoso ataque.

La defensa de la plaza se efectuó bajo la direccion del coronel Gaudencio.

El coronel Ferreira, al mando del 2.° y 3.° de Guardias Nacionales, dirigió la línea de fuego, hasta las cinco de la tarde, sin que fuera necesario para la defensa hacer uso de todas las fuerzas de estos batallones, quedando una parte del 2.° del Salto en la calle General Artigas á espaldas de la Jefatura, en una elevada y excelente posicion cercada de piedra.

Las fuerzas distribuídas en la Plaza Nueva, en cantones numerosos estratégicamente distribuidos, en el cerro La Negra, más tarde en la plaza 18 de Julio

y en la plaza Treinta y Tres, y á menudo en las mismas calles, rechazaron fácilmente el ataque.

Quince bajas de los defensores, entre ellas dos muertos, y veinte bajas de los asaltantes, demuestran la poca intensidad de la lucha.

El 2.º de Paysandú, al mando del mayor Cánepa, sustituyó al coronel Ferreira en la Plaza Nueva; y continuó el fuego en la de 18 de Julio; el 3.º de Guardias Nacionales de la capital, sostuvo la defensa en plazas, calles y cantones, durante las horas de combate y el amago de toma de la ciudad no pudo revestir caracteres bélicos de gran relieve, siendo mayor el número de los defensores que el de los sitiadores.

Solamente durante aquella misma noche, quedaron estos en las cercanías de la ciudad: Marquez se detuvo en la Conserva, á veinte cuadras del Salto, en la orilla del Ceibal; al dia siguiente organizó la retirada hacia San Antonio, y el 31 enderezó hacia San Fructuoso, rehuyendo al coronel Rufino Dominguez, porque sabía que estaba con sus trópas en Laureles, pero ignorando que Benavente le cerraba el paso con todo su ejército.

El Gobierno entretanto, conocía bien la situacion del parque, y preparaba ya su captura combinando las marchas, de Dominguez desde el Paso del Cerro, y de Viera desde Bañados de Rocha.

En efecto, Dominguez había salido el dia 1.º de Junio hacia las puntas del arroyo de las Cañas y subió á Punta Laureles buscando la incorporacion de Julio Barrios á quien no encontró; acampó el dia 4 en Mataojo Grande, Paso Balega, esperando inutilmente la division Artigas que debía formar en vanguardia y que no se le incorporó sino tardíamente por haberse extraviado; cerró el camino á Marquez que se dirigía hacia el Brasil, obligándolo á cambiar rumbo ha-

cia el paso de la Laguna sobre el arroyo Sopas, y desde allí comenzó una tenaz persecucion que fué arrojando á las columnas de Marquez sobre Feliciano Viera.

Entre tanto, Marquez, huyendo del ejército de Benavente al saber el dia 3 su proximidad, había subido hacia el Norte. Sus exploradores, desde Mataojo Chico le advirtieron el avance de Dominguez. Retrocedió entonces al Paso de la Laguna ya mencionado, al Boqueron y al Paso de las Piedras de Arerunguá, siempre perseguido por aquél. Acampó el dia 5 en las inmediaciones del arroyo Guayabos, y al marchar el dia 6 se enencontró frente á las columnas del coronel Viera, que á una distancia de veinte cuadras se dirigía, lo mismo que él, hacia el paso de Arbolito, sobre el arroyo Guayabos.

El coronel Viera había salido de Bañados de Rocha poco despues de Dominguez y llegaba á Guayabos en ocasion de estrechar á Marquez entre las dos fuerzas, no quedándole á éste otro recurso que presentar batalla antes de que sus dos enemigos se reunieran sobre él. En efecto, Dominguez llegó al campo de batalla el mismo dia 6, apenas terminado el combate y despues de 26 horas de persecucion sin descanso.

Desplegó Marquez sus fuerzas que se componían de los mismos que habían atacado al Salto, llevando á Adrian Brüno como jefe de vanguardia; Telmo Silva, segundo jefe, de la misma; Francisco Olivera y Felipe Fernandez, jefes de columnas, con un total de 200 hombres.

Esta vanguardia, que había estado á dos leguas de distancia del parque, se le incorporó, por orden de Marquez en la mañana del dia seis.

El resto de las fuerzas revolucionarias custodiaba á las carretas, al mando de Marquez y Saavedra y figurando entre sus jefes Enrique Saravia. Quijano que sa-

liendo el 30 de Santa Rosa había logrado incorporarse, Feliciano dos Santos, Concepcion Coronel y Villanueva.

Viera llevaba á sus órdenes la division de Salto, algunas fuerzas de Tacuarembó al mando de Arias, el 3.° y 4.° de caballería de Ruprecht y Mendoza y Duran.

La accion comenzó á las diez de la mañana.

Desde aquel momento Marquez estaba perdido. Su única tentativa posible era vadear el paso de Arbolito con el parque y detener á Viera con su gente protegiendo la retirada de las carretas, á paso de buey. Permanecer ó cambiar de rumbo era tanto como ser indefectiblemente copado por las fuerzas reunidas de Viera y de Dominguez.

El terreno en aquel paraje es poco accidentado. Un cerro, una casa y unos corrales inmediatos á la entrada del paso, posiciones que tomó la vanguardia de Marquez, reforzada por Enrique Saravia con unos 60 hombres; el arroyo sin condiciones para la defensa, de cauce estrecho, poco profundo, monte ralo, y facil de vadear en una gran extension; más allá otra casa con corral, un campo llano de veinte y tantas cuadras, y despues una lijera ondulación de cerros bajos.

Desde la casa y los corrales anteriores al cerro, se inició el fuego, apoyándose la derecha de los revolucionarios en el cerco y las mangueras, el centro ante el paso y la izquierda á lo largo del monte.

Las fuerzas gubernistas tenían por centro el 4.° de caballería y el 3.° de cazadores; la derecha la division Salto, y la izquierda el 3.° de caballería, siendo mandados los dos regimientos de la division Salto por los comandantes Villasboas y Borges, y el total de las fuerzas por el coronel Feliciano Viera.

Despues de media hora de fuego las fuerzas del Gobierno extendieron una

ancha linea envolvente obligandó al enemigo á abandonar sus posiciones en direccion al paso que vadeó el grueso de sus tropas, resguardadas por la vanguardia que despues de este movimiento vino á convertirse en retaguardia.

Los regimientos 3.° y 4.° de caballería hacían avansar sus guerrillas escalonadas, relevándose en la linea de fuego, y manteniendo de este modo un tiroteo continuo sin exceso de fatiga.

Al otro lado del arroyo hízose más enconada la lucha, ocupando los revolucionarios la casa y los cercos de piedra, y conteniendo difícilmente el ataque mientras se alejaban las carretas al tardo paso de los bueyes.

Allí se desenvolvieron los principales episodios del combate; allí, durante el trayecto de veinte y tantas cuadras de terreno llano, sufrieron los hombres de Bruno, Fernandez y Olivera, el mayor número de bajas; allí cayó, junto al paso, Adrian Bruno, fulminado por un balazo en la frente; allí, fué, donde encontraron alguna resistencia los regimientos 3.° y 4.°, y la division Salto, que atacaban las posiciones revolucionarias resguardadas por la casa y el cerco, hasta que comenzaron nuevamente la retirada, plegándose hacia el grupo de las carretas que había logrado alejarse veinte y cinco ó treinta cuadras.

Mientras intentaban quemar el parque, tendiéronse nuevamente en línea sus defensores, trabándose nuevamente la lucha enconada, y llevando los gubernistas un poderoso ataque hacia el punto en que se hallaban las carretas con peligro de ser quemadas si no se apoderaban de ellas prontamente.

Ante aquel recio empuje, abandonáronlas sus defensores, declarándose en definitiva retirada; el centro revolucionario intentó protegerlas, pero las dos columnas, man-

dadas por Quijano y Concepcion Coronel, fueron prontamente cortadas y arrolladas, y comenzó la persecucion, no sin sufrir las cargas de lanza con que De Angelus y Coronel quisieron contener el ímpetu de los perseguidores.

Los últimos ataques del 3.º y 4.º más la division Salto, definieron la victoria, rodeando el parque y pisando las huellas del enemigo que huía disperso en distintos rumbos; unos hacia el Daiman, otros hacia el departamento de Paysandú, repartidos en pequeños grupos.

El más compacto de éstos, con Marquez, Saavedra, Villanueva y Enrique Saravia, llegó aquella misma noche á la estancia del señor Cash, en el departamento de Paysandú, mientras las tropas del coronel Viera rodeaban su valiosa presa de veinticuatro carretas, y se disponían á emprender su marcha al día siguiente á la ciudad del Salto, donde llevarían victoriosos el abundante parque y las numerosas caballadas tomadas al enemigo.

El contenido del parque estaba formado por 174 cajones de municiones remington de 11 mm. con 179.000 tiros; 2 cajones de municiones 7 mm. con 1.689 tiros; 2 cajones varios sistemas con 2.000 tiros; 52 cajones de fusiles remington y Dodetaut, conteniendo 1.144 fusiles calibre 11 mm.; 10 bolsas conteniendo 1.400 cinturones y portamuniciones; una bolsa de cables conductores para explosivos; 1 cajon de arneses y cananas; 35 lanzas; 5 bastos, y 150 fusiles de diferentes sistemas.

El triunfo de esta accion, correspondía en primer lugar á la habilidad con que el gobierno había lanzado rápidamente al ejército del Norte desde Treinta y Tres á Bañados de Rocha, realizando la operacion

con tal sigilo que ni Saravia, ni Marquez, ni el comité de Concordia, ni las mismas autoridades departamentales, agenas al movimiento pudieron sospecharlo. Gracias á la extrema precaucion con que fué ejecutado se obtuvo una completa sorpresa.

Correspondía una importante cooperacion en el buen éxito al coronel Rufino Dominguez, arrojando á Marquez sobre Feliciano Viera, persiguiéndole tenazmente en rudísima jornada de 26 horas consecutivas; no habiéndolo batido él mismo por culpa, únicamente, del retardo con que llegaron las fuerzas de Artigas destinadas á formar su vanguardia, y en fin, habiendo conseguido, con su accion envolvente que el parque siguiera, precisamente, el camino de su perdicion.

Correspondía el triunfo material al coronel Viera, que, suspicaz conocedor del terreno, señaló de antemano á sus jefes Villasboas y Borges, el paso de Arbolito sobre Guayabos, como lugar preciso donde habían de encontrar al enemigo, y que llevó adelante la accion con bravura y pericia, ayudado eficazmente por sus subalternos inmediatos, especialmente los coroneles Rupretch y Mendoza.

Correspondía, en fin, el triunfo del gobierno, según el criterio de los revolucionarios, al comité mismo de Concordia, en sentido negativo, pues en su avaricia de poseer una sede importante para asentar el gobierno provisorio presidido por el doctor Carlos A. Berro, instigó imprevisoramente á Marquez, provocó el amago contra el Salto, retardó excesivamente la marcha de la expedicion, y causó en suma, la pérdida del parque.

Los episodios de aquella batalla son múltiples y algunos de ellos merecen especial mencion

Un revolucionario se destaca de sus filas avanzando hacia las guerrillas del 4:o de

caballería en los momentos de más fragorosa lucha, desafiando, como los viejos paladines del pasado medioeval, á cualquier soldado ú oficial que quisiera lidiar con él, en singular combate, á lanza sola, y como si aquella pareja aislada, en su enconado duelo, hubiera de afirmar para siempre ó derrocar sin remedio á las instituciones uruguayas; y sale un voluntario del regimiento 4.º, que poniéndose al alcance de la voz, acepta el reto y pide un momento de espera á su enemigo, para requerir una lanza entre los suyos. Durante la breve pausa, la fila de las guerrillas respeta al audaz retador, que á poca distancia espera, erguido y sereno, aunque podrían tenderlo sobre el campo á tiro fijo; vuelve al galope el soldado del gobierno, armado de lanza, y se precipita á rienda suelta, enarbolando el arma, con recio y veloz empuje, contra su adversario, que débil para resistirle, peor montado y menos ágil, cede en su arrojo, pierde la habilidad y la confianza, y trás breve escaramuza, en que ya corren sus caballos, ya se revuelven en veloces escarceos, cae herido de muerte, casi en las filas mismas de los suyos, hasta donde lo llevó, con ciego impulso, el valiente lancero en mal hora desafiado.

Un oficial de la vanguardia de Bruno, resiste con ocho ó diez revolucionarios al empuje vigoroso de los soldados sin retroceder un paso de la línea de fuego, ante el avance constante del enemigo. Siente á su alrededor que uno á uno, en grupos, en monton, se retiran sus compañeros; permanece, sin embargo, en su peligrosa posicion ante una guerrilla que amenaza cercarlo, y al fin, abandonado de los suyos, pero sin dar un paso atrás y siempre defendiendo su puesto, salvando milagrosamente la vida bajo un diluvio de proyectiles, es, por fin, hecho prisionero para ser

tratado con el respeto que su valor merecía.

Allí, fué, tambien, donde el coronel Mendoza encontró al capitan Faría ó Fraga, gravemente herido, acomodado bajo un carro, y al preguntarle si necesitaba algo y si quería escribir á su familia, contestó con gesto de desafío:

—No tengo más familia que mi padre, y ese está aquí, peleando por la revolucion.

....

¡Cuánto apena pensar que tan heroicas energías no hayan sido empleadas en la defensa santa de algunos de los grandes ideales humanos, sino en esos combates fratricidas, arruinadores de la nacion, devastadores de sus campiñas, devoradores de haciendas, esquilmadores de poblaciones, que desprestigian la buena fama de un pueblo progresista y llenan sus moradas con huérfanos de valientes y viudas, de héroes!

¡Harto es de deplorar que por culpa de incorregibles odios, y desplegando en sus conflictos legendario valor, no haya un vado en estos ríos, ni una garganta en estas montañas, donde no pueda escribirse sobre las piedras del camino, ó sobre los taludes de sus rocas, el verso heroico de Delavigne:

«¡Passant, que ton front se découvre!
«¡Là, plus d'un brave est endormi!»

———

Los campamentos. - Escenas de la vida militar.—La Trashumante. —La novela en la guerra.

Aprovechemos la paralizacion del ejército de Benavente, que espera inactivo y sedentario en su campamento de Tres Cruces y Bañados de Rocha, para dar una idea de la vida de campamento, su peculiar espíritu, sus usos extraños y sus exóticas costumbres.

Nada es más curioso y abigarrado, que esta ciudad volante, formada por tan opuestas índoles en un género de vida que es para cada uno, ya una sorpresa, ya un cambio radical, ya una sucesion de accidentes inesperados, y en que siempre sobresalen extraños caracteres, destacándose sobre esa masa gris, insípida, chata, que forma el fondo monótono de todas las multitudes.

Es nota importante y perenne la prudentísima provision de dos artículos cuya esencial necesidad es vital para el soldado, á saber: un poco de caña y un mucho de tabaco. No falten estos dos esenciales dinamos, productores de energía, y poco importa que las carneadas se retarden.

Y ante estas dos graves preocupaciones, se presenta «el turco», como un enemigo, al que, sin embargo, hay que bendecir en algunos momentos aunque con reserva mental de maldecirlo despues por todo el resto de la vida, dejando antes de morir, tradicion solemne para que la maldicion persista y se prolongue á lo largo de las generaciones.

Y en verdad qué es odioso ese tipo. No importa que sea realmente nacido en algún país de religion musulmana; todo individuo buhonero de esa especie es turco por antonomasia, aunque hubiese nacido en los arcos de la Pasiva.

Cuando el soldado quiere fumar ó beber ó comer una galleta, ya sabe: ahí está el carro del turco; no hay más que pedir el artículo, pagar diez veces su verdadero valor y fumará, comerá ó beberá.

Se aproxima la columna á un establecimiento, ya sea pulpería, almacen ó boliche; acuden los soldados en busca de sus artículos de imprescindible consumo, y sólo reciben el golpe de un terrible desengaño. Ya el turco, ganándoles el tiron, se presentó ante el mostrador, compró todo el stock del boliche, y desapareció con ello hasta su horrible carro, de donde no saldrá sino á precio fabuloso, cuando la dura necesidad obligue al soldado á pasar por aquellas horcas caudinas en que se hunden injustamente sus últimos vintenes.

En verdad que tenían razon los griegos, cuando ponían bajo la égida de una misma divinidad, á esas gentes y á los ladrones.

En la confusa variedad de tipos que han pasado ante mis ojos, nada más notable según mi gusto, que un milico á quien llamábamos Simbad.

Era éste un buen marinero, de edad ya algo talluda, que había caído en las penurias de montar á caballo como guardia nacional despues de treinta años de marinería. Era hombre tan curtido en riesgos y aventuras marinas y tan avezado á las maniobras de á bordo, como lego en equitacion y sus múltiples accidentes.

Protestaba con energía de todas estas cosas tan exóticas para él, pero lo hacía en un lenguaje irremisiblemente marino y si soportaba aunque jurando sin

cesar las interminables peripecias que lo acosaban, era únicamente por afecto á su capitan, también marino militarizado, con quien estuvo largo tiempo sirviendo en un buque de navegacion fluvial.

Sus pintorescas explicaciones eran geroglíficos para los soldados. Llamaba «cabo» á un maneador; «flechastes» á los tientos; «escotas» á las riendas; «marchapies» á los estribos, y se reía de los soldados que previsoràmente ataban la pava en la barriguera del caballo, diciendo que llevaban la cafetera en el sollado.

Cierto día, al vadear un arroyo, le fué preciso seguir un recodo muy pronunciado; pero mal ginete el buen marino, y no siendo lo mismo dirigir un barco que un caballo, éste, conociendo, quizás, la impericia del piloto, buscó á su gusto el mejor camino, sin hacer gran caso de los tirones con que inhabilmente le mortificaba el ginete; hubo, pues conflagracion de voluntades; hundióse la cabalgadura en el cieno: corcoveó intentando salir; recorrió el inexperto caballero todo el dorso del arrojado bruto hasta ponérsele á horcajadas sobre el pescuezo; inclinó la cerviz la pobre bestia y cayó definitivamente en un pozo, lanzando al ginete en lo más caudaloso del arroyo.

Pero al preguntarle el capitan ¿cómo había ocurrido el accidente, le contestó:

—Tenía que hacerme al agua por barlovento y orzando; y ya sabe, capitan, este caballo no obedece al timon; por más que lo eché todo á la banda, no gobernaba, y en vez de hacerlo virar por avante, viró por redondo; encalló en un bajío; filé la rienda, ¡y nada! cobré, y empezó á dar tales balances, que primero perdí el estribo de babor; después me largó á la proa, y allí, encalló; se fué á la banda y me filó por ojo, pasando él mismo á pique.

La escasez otorgaba un aumentativo de valor á ciertos artículos poco frecuentes. Cinco centímetros de tripa gorda, equivalían á un salchichon de Wich; cualquier vinillo del país se elevaba á la categoría de Tokai; un mate de café era apreciado en tanto como un cangilon de soconusco, y una lonja de correoso dulce de membrillo ya caducado en el rincon oxidado de una lata, era la más ideal de las ambrosías olímpicas.

Suele haber en los campamentos personajes míticos, sin existencia definida, pero con efectos tan visibles como perversos. Ejemplo de esta tribu es «El Barbudo». Nadie lo vió, ni lo oyó jamás, pero él se lleva maneadores, lazos, riendas, á veces un freno, una cincha, una carona, frecuentemente, cuando se ensilla de noche y en plena oscuridad, suele llevarse caballos, y hasta hubo ocasion en que se engulló en un abrir y cerrar de ojos, á dos pasos del dueño, una yegua mestiza con freno, recado, maleta, poncho, maneador y lazo.

Este es el personaje. En su esencia es como la electricidad; sólo se aprecia su existencia por los efectos. Es, sin duda, algo travieso y maleante, pues el maneador que le roba á uno, suele ponerlo después sobre el recado de algún compañero del desposeído; pero todo esto, nada implica; cuanta cosa desaparece, ya es sabido, ¡se la llevó «El Barbudo!»

Hay otro mito; el Herrero de Tambores. No sé, precisamente, si fué de oficio herrero ó herrador y cuéntase que solamente dos meses de su larga vida estuvo en la sierra de Tambores. Su nombre, sin embargo, se impuso por lo sugestivo y marcial, dada su atingencia con herraduras y tambores.

Toda noticia descabalada ó fuera de razon; todo informe erróneo de topografía; toda narracion equivocada de su-

puestas batallas, etc., etc., hacían exclamar, al no merecer crédito: «eso te lo habrá contado el Herrero de Tambores».

Este personaje no era absolutamente mítico; pero el único que lo vió y conversó con él, otorgándole gran crédito, fué un joven alferez, llamado Arrigo Boito y apellidado así, no por homonimia con el célebre compositor, sino por onomatopeya con su verdadero apellido eúskaro; gran alivianador, (en proyectos) de la impedimenta, muy fuerte en estrategia, y hábil requisidor de noticias en ranchos, pulperías y «Herreros de Tambores», por lo que tambien solía ser llamado Investigaveitia.

Por aquellos días, blanqueaba en el borde del campamento, la lona de una carpa; lona de dos planos en ángulo; unas veces limpísima, gracias al lavaje con que la purificaban las buenas aguas del cielo, otras veces de matiz barroso, merced á las malas aguas revueltas de arroyos y cañadas; ya flácida como vela de barco en dia de calma y resecada por los rayos del benéfico sol; ya tensa por los rocíos de la noche ó encogida, hasta arrancar las estacas, en los grisáceos días de persistente lluvia.

Pero cobijada por aquel leve techo de lienzo tosco, residía casi filosóficamente y con cierta aproximación á la despreocupada vida diogenésica, la más franca é invulnerable alegría, entre bohemia y belicosa, que hayan podido incubar los múltiples campamentos uruguayos, durante sus nueve meses de campaña, período natural de toda humana incubacion.

Tenía un nombre, porque había recibido más que suficiente bautismo por las ya citadas aguas del cielo y de la tierra; como si dijéramos por las aguas

puras de la pila eclesiástica en sacramento divino, y por las aguas turbias del humano código en el prosaico ritual del registro. Y aunque no hubiere acompañado á su bautismo otra ceremonia que el consumo, entre algazara y discursos, de un litro, mal medido, de esa vil y plebeya «canina» que expenden los modernos Locustos en la frontera brasileña, fuele concedido, como su más típico nombre, tras meditado estudio «La Trashumante».

Y llamósele así, por haberla visto, en incansables correrías, siempre nómada, errante, ambulatoria, vagabunda; del llano al collado, del collado á la pradera, de la pradera á la cumbre, de la cumbre al bajo, del bajo á la loma, de la loma al soto; avanzando y retrocediendo en todas las direcciones marcadas por la rosa de los vientos; salvando montes, vadeando ríos, trasponiendo sierras, recorriendo bañados, cruzando llanuras, franqueando desfiladeros, cortando alambres, devorando ganados, atropellando yeguadas, hiriendo enemigos, soportando heladas, reverberando soles: siempre inquieta, inestable, movediza; siempre á lomo de caballo; siempre rígidos sus ástiles como lanzas guerreras; siempre invulnerable su lona á todas las intemperies y siempre prodigando, á la salida de cada nuevo sol, burlonas carcajadas de olímpica mofa, sobre los montes, los llanos, los ríos, los desfiladeros, las escarchas, los riesgos, las heridas y las guerras ilógicas de los hombres.

¡Era, en verdad, una carpa digna del Museo Nacional, cuando se convirtiera en reliquia; digna de los cantos de Píndaro; digna de haber sesteado junto á los muros de Troya; digna, en fin, de albergar en su estrecho ámbito á algún famoso breno sitiador de Roma, como albergaba, á modo de jaula de pájaros cantores, á cuatro alegres locos, que la

ocupaban con más placer y más orgullo, que el magno Alejandro la purpúrea y dorada con que se instaló invencible á las puertas de Babilonia.

Porque la carpa de esta historia, la irrefrenable «Trashumante», con su cariz guerrero y su movimiento continuo, parecía que sintiese latir en su oído la épica estrofa del clásico hispano en su famosa «Profecía del Tajo»:

¡Acude, corre, vuela,
traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
no perdones la espuela,
no des paz á la mano,
menea fulminante el hierro insano.

Cuatro eran, como queda dicho, los inquietos habitantes de tan famosa carpa, y aunque la historia reserva discretamente sus nombres, la fama se encargó de hacer notorios sus pseudónimos, es decir, los apodos que ellos mismos se aplicaron en conformidad con su correlativa índole.

Y así fué llamado «Aristófilo», el de más tendencias filosóficas; capitan, «per accidens», de guardias nacionales; un tanto epicureo y un mucho escéptico; jamás poseedor de peine por carencia de cabello á pesar de sus treinta años, no por falta de aseo, pues hasta usaba bigotera con que domár la rebeldía de su mostacho y no renunciaba á esta menuda coquetería ni aun por respeto al frecuente chichoneo de sus camaradas, algo marino, tanto por arraigada aficion, como por actuar durante la paz en cierta dependencia del Estado muy afin á las tareas marinas: tan dispuesto á afrontar un verdadero «casus belli» con serena valentía, como á resolver ecuaciones, trazar planos, sortear una borrasca y marcar el derrotero de un barco, ó á atacar

con vigor á una batería de copas en alegre charla echando al aire las canas que no tenía su calvo cráneo, ó á sostener una plática sobre cualquier asunto serio con no comun ilustracion.

«Terencio» era llamado así por sus incurables aficiones literarias; y mostraba físicamente el aspecto afilado, largo y escuálido que parece característico de esos pobres seres dominados incautamente por la chifladura poética, como si la escesiva actividad del intelecto pusiese misteriosas trabas á la libre nutricion del cuerpo. Hablaba con casticismo selecto, cuyo vocabulario ponía en graves apuros á los asistentes y milicos del fogon, quienes á pesar de escucharlo atentamente quedaban ayunos de lo que oían las más de las veces. Poetizaba casi siempre en serio, con estro frecuentemente épico y con preferencia por los asuntos melancólicos, pero en el diálogo, en la charla, y en las pláticas amistosas se transformaba, dejando apuntar la burla, ó cayendo, jocosamente en declarado chichoneo, sobre cualquier mortal que tuviera la poca suerte de ofrecer burlesco tema á su ingenio.

Era, «Marcial», un decidido guerrero; muy atenido al principio de autoridad como á una incontrastable ley divina; muy afecto á la rigorosa disciplina militar; mal esgrimista y mal tirador al blanco, pero fecundo inventor de planes estratégicos, enemigo acérrimo de los versos, aunque no de los versificadores, por considerarlos gente inofensiva é inocua: mal lastrado de erudición que no tuviera atingencia con guerrillas, ordenanzas, balística, ó descripciones de batallas, y por último, como rasgo característico de su figura, pronunciadamente renco de la pierna derecha, con secreto dolor de su corazon, por cuanto el marcado contoneo con que caminaba, bastante fuera del ritmo que corresponde á un

paso belicoso, no favorecía en nada á la apostura gallarda y guerrera que él hubiera querido lucir, de acuerdo con su configuración interna y sus impulsos marciales.

Era, en fin, «Romeo», un alegre joven, barbilampiño, enamorado profundamente (y de ahí la razón de su apodo): sin más lineamientos dignos de mencion, que la bella presencia, el excelente corazon de niño, el apasionado entusiasmo por la dama de sus pensamientos y la clarísima memoria con que recitaba, en competencia con el literato, largas tiradas de poesía en español, en francés, y especialmente en italiano, pues oriundo de Italia, había pasado en la hermosa península, buena parte de su juventud.

En aquella carpa no había moment reposo cerebral.

Allí entraban, igualmente, en discusion la alta filosofía de Krauser ó de Kant, el pesimismo de Shopenhauer y el optimismo de Leibnitz, las teorías del Dios inmanente ó del Dios trascendente, los sutiles caracteres diferenciales del panteismo y el panenteismo, ó las pedestres controversias de la más vulgar politiquería, sazonada tan pronto con apasionamientos partidistas, como realzada, con supremo desdén por el reconocimiento, soberanamente altivo, de cuán pequeña idea dan de la inteligencia y el valer humanos, esas eternas luchas en que todos olvidan el cuidado del timon, por resolver, á sangre y fuego, quien ha de ser el encargado de manejarlo.

Allí se reformaba el sistema de impedimenta bajo la presidencia de Marcial, y el posible itinerario de los ejércitos cotejándolo mentalmente con el que llevaban marcado sucintamente sobre el mapa de la República: se escribían cartas «ad hoc»; se redactaban correspondencias ilustrativas; se gozaba ampliamente de la vida, desdeñándola, y se le tomaba el

pelo, con regular descaro, á todo bicho viviente.

Allí, en fin, se observaba y analizaba, con provechosos comentarios, la vida de campamento, el caracter de numerosos personajes reunidos en impensada mescolanza de los más divergentes gustos, figuras y opiniones; las inesperadas tareas de la vida militar; el estudio de las razas allí aglomeradas; las cosas de la campaña al través de los hábitos de ciudad; el choque de las tendencias campesinas contra tendencias ciudadanas ó del modo de ser de la tropa de linea frente al de la guardia nacional, y otros mil estudios de usos y costumbres, mostrándose todo ello en tan impensado y abigarrado escenario, como temas fecundos, lo mismo para el concepto filosófico que para la maligna observacion; lo mismo para hacer aprendizajes de la vida y de la humana índole, que para glosar con risueño desdén los más graves peligros, soportándolos siempre con esta resignada y sacramental exclamacion: «¡basta la salud!»

Esta frase, que llegó á ser famosa y popular, surgió de «La Trashumante».

Si se carecía de algún artículo necesario, la frase filosóficamente consoladora era esa: «¡basta la salud!» Si una copiosa lluvia calaba hasta el tuétano, ó volaba la carpa arrancada por un huracán á media noche ¿qué importa? ¡basta la salud! Si un caballo, en una mala rodada, rompía una pierna al ginete... ¡basta la salud! Si en accion de guerra se le ocurría á un proyectil entrar por el pecho y salir por la espalda, no era extraño que el herido le dijese á un compañero: «me estoy muriendo, pero no es nada, ¡basta la salud!

Convengamos en que esa frase, aplicada á los peligros, haciendo rápida fortuna y oyéndose en boca de todos, ante cualquier

evento, frente al más grave riesgo, representa un estoicismo heróico, una temeraria disposicion del ánimo para realizar grandes acciones. Es muy poderoso un ejército, cuando todos sus soldados, la llevan preparada en el pensamiento, para arrojarla, como una burla, á la muerte, con el jocoso desdén del que nada teme.

Reunidos á la puerta de la carpa, estaban los cuatro oficiales.

Eran dias de acampada y todos habían aprovechado la holganza para refrigerar la piel en deleitoso baño entre las aguas del arroyo cercano.

Un sol templado calentaba los miembros, y recortaba de luces y sombras los grupos de carpas dispersas en torno, mientras el viento de la tarde empezaba á entonar cantilenas en el bosquecillo de sauces, azotando el ramaje de los ñapindás y jugando entre las lonas y los ponchos tendidos sobre el pasto.

Los torsos, impúdicamente desnudos, mostraban el contraste de los pechos blanquísimos como de aristocráticos patricios, y los rostros bronceados por las intemperies como de irruptos soldados de algun Atila.

Tendidos sobre los coginillos, besaban de vez en cuando una botella de caña, alegando la necesidad de reponer energías debilitadas por el baño. El vicio es gran descubridor de disculpas.

—Convengamos en que la guerra es una gran barbaridad — decía Aristófilo — pero una barbaridad hermosísima.

—¡Apoyado! — gritó Terencio, que tendido de barriga contra el suelo picaba con muy poca destreza un pedazo de «naco». — ¡La guerra es la estupidez más grandiosamente bella que han inventado los hombres!

—¡Protesto! — añadió Romeo mientras se devanaba los sesos por ordenar las

hojas sueltas y engrasadas de un libro.— ¡La guerra es una bestialidad sin atenuantes!

—¡Pero mira «mijo»! — interrumpió Aristófilo, repitiendo esta contraccion de «mi hijo» que le era muy peculiar — tu opinion no vale, porque tú no eres un hombre, sino la congelacion de un rayo de luna, la humanizacion de un soneto...

—Un amasijo de miel hiblea y esencia de azahar — rectificó Terencio.

Sonrió Romeo con gesto melancólico y prestando gravedad al tono de su voz y cadenciosas pausas al ritmo de sus palabras, contestó:

—Pueden ustedes burlarse cuanto quieran de mis sentimentalismos, pero no dejaré de confesarles que algunas veces, en nuestros escasos momentos de ocio, gusto de pasear por la cima de una loma viendo á un lado y otro los batallones acampados con su pintoresco efecto: las notas rojas de los ponchos que con el forro hacia el sol se orean extendidos sobre el pasto: entre hileras de carpas salpicadas de los puntos blancos que siembran en desorden las ropas recien lavadas que se solean removidas por el viento; los dispersos grupos alrededor de los fogones cuya luz ahoga el resplandor del dia; los ginetes que, al galope, cruzan acá y allá, de uno en otro campamento; las cañadas que brillan y serpean entre verdes ñapindás, y los caballos diseminados por bajos y colinas, ramoneando el pasto, en actitud tranquila, con las cabezas bajas. Y á veces, contemplando este espectáculo, guerrero pero momentáneamente reposado y hasta apacible; adivinando allá lejos, en otras lomas igualmente hermosas y brillantes, otros campamentos, otras cañadas no menos fértiles, con otros hombres no menos valientes, hijos tambien de estos soles y de estas áuras, ataviados con belicosos arreos, movidos por

injustos furores, cegados por la pasion partidista que ya debieron barrer para siempre los vientos benéficos del progreso humano... siento que la íntima melancolía ahonda sus surcos en mi pecho, y surge del pensamiento á los labios, para resonar entre ellos con quebrantada voz, la hermosa estrofa de Alejandro Manzoni:

D'una terra son tutti. Un linguagio
parlan tutti. Fratelli li dice
lo straniero. Il comune lignagio
a ognum d'essi dal volto traspar...
...¡Ah! ¿Qual d'essi il sacrílego brando
trasse il primo il fratello á ferire...?
¡Oh terror! Del conflito esecrando
la cagione esecranda ¿qual é...? (1)

—¡Valió trago! — gritó Marcial empinando la botella.

—¡Ah, Romeo, Romeo! — dijo Aristófilo. — Te repito que tu no eres un hombre; tu eres una orquídea.

—¡Cierto! — confirmó Terencio — una orquidea paradójica, con kepí en la corola, facon en el tallo y espuelas en las raices.

—Este mozo es un epitalamio con bombachas — concluyó Marcial pasando la botella á Aristófilo.

—¡Si, si! ¡Ustedes me burlan. pero al burlarme caen en pecado de hipocresía; porque tienen ustedes oculto en el corazon tanto sentimentalismo como el que intentan ridiculizar en mi.

—¡Alto ahí! — vociferó Marcial — aquí no hay más sentimentalista que tú, y algunas veces Terencio; pero ese no lo es

---

(1) Todos son de una tierra. Todos hablan un idioma. Hermanos los llama el extranjero. El linaje común se transparenta en el rostro de cada uno... ¡Ah! ¿Cuál de ellos desnuda el primero la sacrílega espada para herir al hermano? ¡Oh terror! Del conflicto execrable, la razón execrable ¿cuál es?

sino cuando le da la chifladura por escribir en serio.

—¿Quieren ustedes acusaciones concretas? ¡Pues allá van! Estoy harto de ver, noche á noche, que cuando nos dormimos, ó mejor, cuando parece que nos dormimos en la carpa, y se queda Aristófilo leyendo ó fingiendo que lee las *guerrillas* de Leon de Palleja, y el *sistema triangular*, y el *alto protegido*, saca cuidadosamente de su cartera un retrato, el retrato de su bebé que lo espera en Montevideo y permanece largo rato contemplándolo con mirada grave, con semblante melancólico; recomponiendo en su imaginacion aquel rostro infantil y sus bucles de oro y sus tímidas pupilas azules; pensando quizás que una bala traidora, al dia siguiente, puede dejar huérfana á aquella inocente cabecita rubia y llenar de lágrimas aquellos ojos infantiles. Y he visto á Marcial, el que tanto alardea de su índole belicosa, leyendo en pleno día, al lado del fogon, una carta de no se qué pedazo del corazon que tiene ausente, allá lejos, y... ¡miren qué casualidad! el humo del fogon se le venía á los ojos al insensible guerrero... y lo hacía llorar. ¡Bah! ustedes ocultan hipócritamente sus sentimientos y me tachan de marica porque no los oculto.

—¡Eh! ¡Protestamos de semejante apelativo! Te hemos llamado epitalamio, orquidea, rayo de luna, y no se cuántas cosas más, pero no marica. Te hemos visto luchar más de una vez y sabemos muy bien que eres un valiente.

—¡Valiente! ¡valiente! ¿Y acaso hay mérito en ello? ¡Ser valiente no es más que esto: tener vergüenza!

—¡Conformes! — dijo Terencio — pero ¿pretendes, quizás, convencernos de que todo el mundo tiene vergüenza?

—Hay muchas excepciones, — exclamó filosóficamente Aristófilo.

—En efecto, — confirmó Marcial — ayer el teniente Rodriguez tuvo la poca vergüenza de cobrarme un litro de caña que me había prestado hace un mes.

—Ya que hablamos de valor — reanudó Romeo — déjenme que les diga. He observado, durante esta guerra, que hay varias clases de valor. Hay el valor bestial, atavismo de la fiera en la evolucion zoológica, instinto sangriento, que no teme porque no raciocina, que si triunfa goza con la sangre, matando y destruyendo, y si muere, muere odiando, cegado por la ira de la derrota, no pensando en que va a morir, sino en que lo han vencido. Hay, tambien, el valor del compadrito, vanidoso, ignorante, de escaso sentido moral, que no lucha y mata respondiendo á una necesidad ingénita, sino arrastrado por el deseo de que lo admiren y lo teman; que no tiene los instintos sangrientos del leon ó del tigre, sino que frecuentemente, abriga sentimientos generosos y puede ser hidalgo, pero que se creerá en el pináculo de la gloria si consigue que lo comparen con el leon, y que digan de él «¡es un tigre!» Hay despues el valor sereno, caballeresco, nacido tan solo de la conciencia del deber, que no experimenta necesidad alguna de luchar, ni se siente arrebatado por la ira, ni considera motivo de orgullo que lo califiquen de «tigre» porque en suma es llamarlo animal, sino que asiste á la guerra razonadamente convencido de que defiende una noble idea; que si triunfa cuida y hasta acaricia al vencido, y si muere...

—Si muere, ¡basta la salud! — interrumpió Marcial...

—...muere sin odio, hacia aquellos que, en su opinion, están movidos por iguales deberes.

—A menos que el enemigo considere parte de esos deberes acercársele con el

facon desenvainado para degollarlo — advirtió Aristófilo.

—¡Yo no puedo creer que se degüelle!

—¡Oh cándido mancebo! ¡Cuando te digo que eres una orquidea!

—Dígote — exclamó Terencio — lo mismo que Sancho al caballero del verde gaban: «Paréceme vuesa merced el primer santo á la gineta que he visto en todos los dias de mi vida.»

—Si «mijo», se degüella ¡claro que eso es obra de una minoría bestial y soez que no puede evitarse, ni corregirse en ningún ejército! pero el hecho es cierto: cierto en ambas partes. Y existen diferentes sistemas... á la brasileña... á la oriental... de punta... de violin... y no vayas á creer que se trata de una operacion sencilla, se necesita habilidad, sangre fría, ¡muy fría! y arte ¡mucho arte!

—¡Todo eso es historia lúgubre, novela sensacional! — exclamó indignado Romeo.

—¿Lo ha visto alguno de ustedes?

—No, nosotros no hemos visto, pero...

—Entonces, no lo creo. Aunque fuera cierto, quiero sugestionarme, rebelarme á la realidad y no creerlo... ¡doblemos la hoja!

Despues de la batalla de Guayabos, á la que habían asistido los cuatro oficiales, se dirigieron con su division al Salto, á donde llegaron el dia 12.

La ciudad ardía en fiestas, presenciando el desfile del parque y la entrada de las tropas entre vítores y aclamaciones, celebrando, al mismo tiempo, la defensa de la plaza hecha por su guarnicion en 29 de Mayo, y la victoria de Guayabos.

Habían llegado de Paysandú el jefe y los oficiales del 9.o de guardias nacionales, llevando consigo la banda lisa.

Una hervorosa muchedumbre llenaba las calles de la ciudad, y los balcones, ocupados por las damas salteñas, lucían como canastillas de flores.

Desde temprano, á las ocho y media, estaban formados en la plaza principal, frente á la comandancia, los batallones 1.° y 2.° de guardias nacionales de Paysandú, el 2.° del Salto, el 3.° de la capital, el plantel de marina, el escuadron de extramuros y la seccion de artillería. A las diez, los cohetes y los vítores anunciaron la llegada de la columna con el parque apresado, al frente, y desde aquel momento, discursos, recepciones y banquetes conmovieron á la ciudad.

Y cuentan las crónicas secretas de «La Trashumante», que era allí donde se ocultaba el nido de amores del oficial Romeo; que era de aquella gallarda ciudad desde la que habían volado hasta los campamentos, ya las fieles promesas en cartas tardías siempre ansiosamente recibidas, ya los amantes suspiros en alas del viento; aunque en opinion de Aristófilo, con criterio de muy sesudo positivismo, esto no podía suceder, para mayor poesía, sino en los dias despejados, cuando sopla el benigno viento del Oeste, pues solamente con él pueden llegar al resto de la república los suspiros salteños.

Allí fué, en fin, donde se abrió la era casi trágica de los amores idílicos de Romeo, entre el aparato guerrero, y los himnos bélicos de la banda lisa de Paysandú, alternados con la cadencia de los valses, y el ritmo de las frases enamoradas.

¿La Julieta de aquel Romeo sería, quizás menos fiel y constante que la del drama de Shakespeare?

¡Quien sabe!

Aristófilo confiaba poco en la constancia femenina, pero ya se sabe que el filósofo era muy tentado del excepticismo.

Además, la guerra no deja tiempo al sentimentalismo. La vida ruda del campamento y los combates, endurece mucho al corazon de los hombres.

Pocos dias despues se había realizado un cambio importante en la organizacion del ejército.

El Gobierno, consideró oportuna la formacion de tres cuerpos de ejército, del Norte, del Sur y del Este, á fin, de estrechar más facilmente á las fuerzas revolucionarias, en vista de que el plan estaba basado en sus constantes correrías, y de que la guerra no podía tener otra estrategia que la de una incesante persecucion, casi una cacería.

El general Muniz fué en 4 de Junio separado del ejército del Sur, quedando este bajo la direccion, en jefe, del general Pablo Galarza, destinándose á aquél para el mando del nuevo ejército del Este.

Pero poco despues de Guayabos, con motivo de la renuncia del General Benavente, y no creyendo sin duda, el Gobierno que fuera necesaria la proyectada formacion del ejército del Este, envió á Justino Muniz al frente de las fuerzas del Norte en sustitucion de Benavente.

Y cuando ya los regimientos 3.o y 4.o de caballería habían vuelto de su escursion al Salto con el coronel Feliciano Viera, cuando acampaban de nuevo en aquellos Bañados de Rocha donde la permanencia fué de mes y medio, los cuatro oficiales de «La Trashumante», otra vez en sedentaria vida, sufrían no más que las persistentes humedades, el penoso aburrimiento de la inactividad, el pernicioso humo de los nacos — repugnantes chorizos negros como los apellidaba Terencio — y los vapores de la mal oliente «canina», aviesa inven-

cion, según el mismo, propagada por la plebe con el único fin de embrutecerle el cerebro á la gente inteligente.

—¿Con que viene Muniz al mando del ejército? — preguntó Marcial.

—Así está resuelto — respondió Terencio.

—¿Irá quizás Benavente á mandar el nuevo cuerpo que se va á formar en el Este?

—Creo que ese cuerpo no llegará á organizarse. Además Benavente desea el descanso. Es verdad que no tuvo en esta campaña la buena fortuna de conducir á sus tropas al logro de brillantes triunfos, pero tal vez la misma fuerza de su organizacion ha impedido los encuentros, dispersando varias veces al enemigo con su sola presencia, y arrojándolo en sus rápidas fugas contra las armas de los soldados de Galarza y Basilisio.

—¿Lo conoces? — preguntó Aristófilo.

—Más de una vez lo he visto á la puerta de su carpa, en los días de continuas marchas, á orillas del Yi, al pie de los cerros minuanos, sobre las praderas de Durazno ó entre los bañados de Tres Cruces.

—Cuéntanos: haznos su biografía — reclamó Romeo.

—No: — protestó Terencio — una biografía no haré con enojosa foja de servicios y fechas de batallas; pero les haré una silueta á mi modo.

—Bueno, empieza.

Y Terencio, acomodándose sobre la tosca alfombra de coginillos, dijo así:

—Alto, erguido, robusto sin ser grueso, no representa más de cincuenta años, aunque pasa seguramente de los sesenta, pues era ya sargento al comenzar la guerra del Paraguay. Es la expresion de sus ojos, risueña y benévola, y adorna á su rostro el pequeño bigote blanco que armoniza con su cabello corto tambien cano.

El rasgo distintivo de su índole es el espíritu reposado; algo así como la serenidad grave de los campos, hacia los cuales siente profundo afecto, teniendo, como ellos, sonrisas de bondad y ceños borrascosos, auras primaverales en que florecieron antaño sus laureles de guerrero, y largas noches invernales en que soportó bajo la dictadura de Latorre, dura y prolongada prision, penalidades y ostracismo.

Cierta noche de los primeros dias de este mes, me obligaron mis deberes militares á recorrer á pie los once kilómetros de vía férrea que separaban la estacion Tacuarembó del cuartel general del ejército.

Mi caballo había quedado aquí, en Bañados, pues fuí á San Eugenio en un tren de caballadas. Me era forzoso volver al Estado Mayor en la misma tarde, y ni había trenes de vuelta ni pude conseguir caballo.

Crucé desmontes, terraplenes y puentes aéreos, sin más trabazon que los delgados rieles, y los durmientes á un paso de distancia, entre los cuales se veía brillar allá abajo el agua mugidora con mareante movimiento, y puedo jurar á ustedes que jamás me ví en más grave aprieto que al salvar, en medio del crepúsculo, casi en la oscuridad, aquel puente de cien metros, extendido de una á otra orilla, sin barandas, como hilos de araña paralelos, sobre las vigas que distaban un paso largo, ¡bien largo! y por cuyo ancho espacio se veía allá abajo, en la oscura profundidad, el remolino mareante y blancuzco de las aguas del río. Despues de aquella hazaña creo que ni Blondin me gana como equilibrista. Figúrense ustedes una escalera de mano, pero enorme, de cien ó más metros, tendida horizontalmente sobre un río á muchos metros de altura, y vayan ustedes andando sobre sus peldaños, distantes entre sí lo

que se puede alcanzar abriendo bien las piernas.

Pues bien, salvé valerosamente esa maldita escalera ó puente; seguí siempre la linea férrea por los desmontes; llegó la noche, y por fin, cuando ansiaba alcanzar los primeros fogones que lucían vacilantes entre las tinieblas de una noche sin luna... oí el sonido gemebundo de una guitarra bien pulsada y el acento claro y sonoro de una voz varonil entonando unos «tristes». Como el viajero perdido de que hablan las leyendas infantiles, sentí el consuelo de aquella voz que brotaba de la sombra, y la atraccion de aquellas luces rojizas que flameaban entre el negro fondo del horizonte. Apresuramos el ya cansado paso, yo y mi único acompañante, un viejo soldado, Fierro, carrero de Florida, que venía de conducir caballadas desde Mansevillagra hasta Molles, — el cual me había propuesto en el paso del famoso puente que lo recorriéramos á gatas con enojada repulsa de parte mía — y caímos en la primera carpa que se dibujó entre la sombra á los reflejos de un fogon. Resonaban allí cerca los tañidos de la guitarra y la voz melancólica que concertaba sus cantares criollos.

Hallé hospitalidad afectuosa y muy caballeresca en la carpa del teniente coronel Maneiro, jefe del Detall, y allí, conversando mano á mano, ante un asado y una copa de vino, ejerciendo de mesa una barrica, cambiando impresiones de la guerra, supe que aquellas próximas canciones — recordatorias de los días apacibles en la estancia, cuando el manso mugir de las vacas no inspira el pensamiento devastador de las razias llevadas sobre el ganado por los ejércitos en marcha, — se elevaban junto á la cercana carpa del general, que gustaba de acariciar su espíritu en estas largas noches invernales, llevado, acaso, de

quién sabe qué remembranzas del pasado, qué recuerdos más ó menos tumultuosos de su antigua historia. Y tambien, entonces, acudieron á nuestra mente los lejanos encuentros del ejército uruguayo, cuando en los esteros del Paraguay socavaba el pedestal de la tiranía, y formaba este mismo Benavente en las filas del batallon «24 de Abril»; ese batallon, único que soportó completa toda la duracion de aquella cruenta guerra, y que hoy ostenta su nobiliario título de actor fecundo en choques bélicos, con el nombre actual de 3.o de Cazadores.

Y entre el cigarro y la amable plática de *sobremesa*, y el próximo resonar de la guitarra, se levantó tambien de entre las antiguas memorias, aquel otro batallon Florida, en que brilló la figura de Leon de Palleja, cuyo nombre circula hoy mismo entre los oficiales en la carátula de sus libros de guerrilla, y que transformado actualmente en 1.º de cazadores, no menos orgulloso de sus antiguos timbres, hemos visto desfilar en las risueñas mañanas, al resonar de las bandas lisas, formando en la octava brigada que manda el coronel Buquet.

Aquel guerrero de estos dias, que á pocos pasos de nosotros gustaba de acariciar sus memorias con aura tibia de cantares melancólicos, veía, tal vez, desfilar ante los ojos del recuerdo, sus años juveniles del 70 y del 71, la guerra de Aparicio, y las acciones del Sauce, de Manantiales, de Corralito, retirada del Cordobés, combate del Chafalote y el ataque á la Union del 29 de Noviembre, en que, más preñada de ensueños la imaginacion, había cruzado su espada con las cohortes de Timoteo Aparicio cuando no se abrían las heridas sino en los feroces entreveros á arma blanca.

Y quizás, las coincidencias de la historia se estrechaban en su mente, al pensar en

la batalla de los Carros de Olimar, ganada pocos dias antes por la vanguardia de Muniz; y aquel otro combate, en el mismo paraje, á que asistió en los dias del Quebracho, logrando derrotar al revolucionario Urtubey tomándole 65 prisioneros, — que así son, frecuentemente, los mismos terrenos de la república, teatro repetido de sangrientas lides — y por último, aquella accion llevada por Benavente contra Saravia y Lamas en las puntas de Tarariras.

¡Hoy que el General se despide de nosotros vuelven á mi mente con su cortejo de recuerdos, mi vertiginosa caminata de equilibrista sobre los esqueletos de los puentes; el cárdeno brillar de los fogones en la meta de mi penosa marcha: la amable charla al lado de la tienda militar errante; el tañer de la guitarra concertada con los gemidos de un «triste», y la figura serena y grave del general, que se retira á su última tienda de reposo, contemplando desde occidente, hacia el lado juvenil de la vida, las huellas del camino recorrido, y la rastrillada de recuerdos dejados en la larga senda.

¿Paz ó Tregua?

El doctor Duvimioso Terra, miembro conspícuo del partido nacionalista, se expresó en diversas ocasiones respecto á su modo de sentir en lo relativo á la paz basada en el acuerdo de los partidos. En su sentir no era posible alcanzar ninguna combinacion política de resultados fijos y duraderos si nó se tomaba por principio inviolable el más sincero respeto á la Ley.

Según él, «como todo tratado que se apoye en acuerdos electorales, tiene que realizarse prescindiendo de la Ley, ¿dónde está la garantía para la efectividad de los derechos políticos?»

El Gobierno tuvo que buscarla en la fuerza armada de sus tropas de línea. Saravia la buscó en armamentos más ó menos disimulados, en sus parques, en la preparacion silenciosa de otro ejército, presentando un poder frente á otro poder; un Estado dentro del Estado; una vida aparte para sus departamentos, con exclusivo dominio; un casi «separatismo», en fin, de buena parte de la República que enemiga del resto no solo tendía á independizarse más á cada paso, sino que codiciaba nutrirse y robustecerse militarmente, hasta declarar la guerra y apoderarse del conjunto.

Y en efecto, ese estado de cosas provocó al fin la guerra; porque, como decía el doctor Terra: «si á fin de resolver el problema se había menospreciado la Ley para crear la Fuerza, el conflicto tenía que resolverse por la fuerza.»

He aquí, cómo la política de los acuerdos había sido especialmente perjudicial para el nacionalismo. En efecto, se consideraba al partido suficientemente educado para el gobierno; se le otorgó por el pacto de Setiembre participacion eficiente en la cosa pública; se le adjudicaron seis departamentos y treinta y seis bancas; y sin embargo, según el mismo doctor Terra, el resultado fué una demostracion contraria, quedando defraudadas las esperanzas del elemento conservador y de los prescindentes en política, que son — estos últimos especialmente — el elemento más sano en todo país conocido.

La cuestion final era siempre ésta: terminar la guerra por un convenio entre los partidos ó entre la revolucion y el Gobierno, no significaba arraigar la paz. Esta no sería más que una tregua.

«Ya que se han hecho tantos sacrificios, gastando tantos millones y derrocando tantas vidas, logremos al menos — decía el mismo miembro del partido nacionalista — que todo esto no sea esteril; y esteril sería si se volviese á las mismas componendas en que se vivió en los últimos siete años.»

Otro argumento de caracter rigurosamente constitucional, era, que el Gobierno no podía tomar en cuenta proposiciones de terceros, mientras estas no hubiesen sido, ya, aceptadas y prohijadas por los hombres dirigentes del partido alzado en armas; que, por consiguiente, debía tacharse, como impolítico, el paso dado por diversas personalidades, en delegación de este ó estotro gremio, y tratando, al mismo tiempo, con el Presidente de la República, con el Directorio nacionalista, y con el jefe militar de la revolucion.

Nada de arraigo podía, pues, realizarse, sin reconocer previamente todos los fue-

ros y prerogativas del Gobierno constitucional legalmente elegido.

Sobre una acusacion, fundaban tambien sus argumentos los nacionalistas. «El Presidente — decían — ha sido quien ha provocado la guerra.»

Esta acusacion tomaba caracteres más definidos en la masa popular del partido, encuadrándola en estas curiosas frases:

—El Presidente Batlle *nos ha declarado* la guerra.

—Las tropas *del gobierno* se han introducido *en nuestros* departamentos.

—El Gobierno se ha *sublevao*.

Estas supuestas provocaciones y la dilucidacion de quienes fueran los causantes y provocadores de la lucha civil, es tema que trataremos más adelante al hacer la historia de los comienzos de la revolucion y sus primeras batallas.

Otro de los argumentos que se cruzaban en la controversia, rechazando los acuerdos, era el siguiente:

—Lo que se pretende, es contentar a Saravia y favorecer al partido en armas; todos aquellos que interceden en tal forma, son sospechosos de revolucionarios cuyo fondo quieren ocultar bajo ropaje de comerciante, industrial, ganadero, etc. Al ver que la guerra no les es favorable y que el porvenir próximo será la derrota total, quieren salvar sus primeras posiciones, conservar incólumes sus jefaturas, sus bancas, sus conquistas en el pacto de Setiembre, invocando ahora los intereses del país devastado por la guerra.

Y sin embargo, muchos y muy conspicuos personajes del nacionalismo, como el mismo Basilio Muñoz, hoy su cabeza militar, reconocían la inconstitucionalidad de poseer jefaturas—mira principalísima de toda la masa nacionalista —y de intentar que *el* gobierno *pidiera permiso* para enviar regimientos á un departamento de su

administracion. Y ante esta pregunta natural: ¿cómo, entonces, hicieron la guerra en defensa de dos pretensiones antíconstitucionales? respondían que por obediencia, por disciplina de partido. Así lo dijo, efectivamente, al autor de este libro, el señor Basilio Muñoz el 23 de Setiembre en la sucursal telefónica de Aceguá, estando de acuerdo con esa declaracion los Drs. Quintana y Luis Alberto de Herrera y otros jefes nacionalistas allí presentes.

Es una circunstancia muy digna de mencion que desde el principio hasta el final de la guerra todas las gestiones pacificadoras se enderezaran al Presidente; los meetings pro-paz, al Presidente; las súplicas de acuerdos, convenios ó concesiones, al Presidente; como si la entidad primordial, única y mantenedora de la lucha, fuera el Presidente; como si en aquel conflicto de dos fuerzas opuestas no hubiera más que un polo, el Presidente. Y era, siempre, fundamento de las peticiones y sus considerandos, la ya larga duracion de la campaña.

Se tergiversaba el argumento con una malicia inocente.

Lo natural hubiera sido, puesto que el Gobierno representaba un poder legal y la revolucion se revelaba contra él con las armas en la mano, enderezar las peticiones, los considerandos y las gestiones pacificadoras al Directorio del partido revolucionario y á su jefe militar, apoyándose precisamente en el consabido argumento de la ya larga y siempre infructuosa duracion de la campaña.

Esta que calificamos de malicia inocente, fué obra del partido nacionalista que intentaba sugerir al país la conviccion de que había en el Gobierno una obcecacion antipatriótica en favor de la guerra: un empecinamiento terco contra la paz; un deseo, incomprensible y funesto, de sos-

tener la lucha. Y en vez de decir «llevamos tantos meses de pelea sin haber conquistado nada: desistamos, pues», decían incesantemente al pueblo: «el Gobierno lleva tantos meses de combatir sin destruirnos, luego debe capitular.»

Además, todas esas insistencias de pacificacion dirigidas al Gobierno, no fueron manifestacion expontánea del país, sino trabajos del partido nacionalista; era la segunda fase complementaria de la revolucion; era el apoyo que un juego político prestaba desde la capital á los que luchaban con las armas en el campo; era la coronacion del intento revolucionario por conservar el pacto de Setiembre (reconocidamente anticonstitucional) soliviantando los ánimos, punzando el patriotismo de los hombres para obligar su intercesion, despertando el prurito codicioso de la ganadería, la agricultura y el comercio, que estaban tan penosamente perjudicados, é irritando las heridas abiertas en los corazones de las madres y los hermanos que veían abrirse dolorosas brechas en sus hogares, á fin de que todos de consuno, al defender egoistamente sus propios intereses, defendieran por contragolpe los intereses de la revolucion, provocando un acuerdo que no había de ser sino la consagracion del pacto de Setiembre.

Si no hubiera habido esas instigaciones disimuladas y esas presiones ocultas, ejercidas con perspicacia por agentes habilidosos, el país no se hubiera señalado en tal manera ni exteriorizado tan impaciente deseo; pues la totalidad del pueblo sabía perfectamente, fundado en ya larga experiencia histórica, que bien fuese por el triunfo del Gobierno, bien fuese por un acuerdo de los partidos sin prévia consulta á los ciudadanos, la paz tendría que realizarse en breve plazo, y esto es lo único que le interesaba, sin importarle un ápice de

bancas legislativas, ni jefaturas independientes, ni guarniciones de soldados de línea en tal ó cual departamento, ni predominios caudillistas, ni pactos, ni componendas, que él califica sencillamente de enjuagues políticos

Si la paz hubiera sido deseada alguna vez, sinceramente por Aparicio Saravia y el Directorio, hubiera sido ocasion de hacerla más tarde, cuando despues de Tupambaé les fué forzoso reconocer la ineficacia de sus esfuerzos, en vista de que con un ejército triple del gubernista, ó nada menos que «cuádruple» si aceptamos el cómputo revolucionario, no habían logrado otro fin que proseguir la eterna correría en incesante retirada.

Aquel era el momento de hacerla, con tanta razon por lo menos, como la que tuvo Basilio Muñoz para realizarla despues de Masoller, prescindiendo, por supuesto, con absoluto desden, del juicio del Directorio, que solamente la aceptó cuando ya era un hecho consumado y no tenía otro recurso que aprobarla ó dimitir.

Es verdad que Basilio Muñoz, aunque no tuviese á su favor la idolatría que rodeaba á la persona de Aparicio Saravia, y aunque tambien le perjudicase algo entre los suyos, los celos claramente despertados entre ambos, era un jefe de ilustracion incomparablemente superior á la de Saravia, de mucho más talento político, y de más conocimientos militares, como se demostrará palpablemente cuando se vea su actuacion, en todos los combates, su notoria influencia en el desarrollo de todos los planes de batalla y hasta la forma en que estaba organizada su division, única en este sentido, entre todas las fuerzas revolucionarias.

Por esta indiscutible superioridad de Muñoz sobre Saravia, fué por lo que aquél se rebeló contra el Directorio, no acep-

tando el plan de eternas correrías sin beneficio positivo; desautorizando con su actitud la funesta estratègia saravista; beneficiando más á su partido, al país, y á su propio crédito, con una paz á tiempo, que con una guerra devastadora y sin objeto; afirmando con sus hechos la conviccion de sus palabras condenatorias del pacto de Setiembre, y abriendo, en fin, según anunció en los momentos de la paz de Aceguá, una nueva era de *evolucion* que cerrara para siempre la disparatada era de las revoluciones.

Nada de esto pudo ser durante el período de la guerra por dos motivos fundamentales; porque actuaba Saravia, y porque mandaba el Directorio. Fué necesario que Aparicio dejara de actuar y que el Directorio fuese desobedecido para que la república cerrara la época de las revoluciones é inaugurara con una paz, firme y duradera su nueva etapa de evolucion sana, desarrollándose en las luchas vivificadoras de la tribuna, el libro, el periódico y el parlamento, que edifican sin matar, y no en la lid sangrienta de los campos, que demuele sin edificar.

Por todo lo antedicho, la pregunta natural durante el período que estamos historiando, era esta:

—¿Qué se desea? ¿La paz ó la tregua?

Porque la paz, la paz verdadera, solo podía venir por medio de la guerra misma, llevada hasta sus últimas y naturales consecuencias. El acuerdo, el convenio, basados en sentimentalismos ó en componendas no podía servir sino para inaugurar un período de tregua durante el cual la revolucion, fortalecida por la capitulacion misma del Gobierno, se robustecería para estallar nuevamente en breve plazo,

y el país viviría con la ansiedad de quien ve avanzar irreparablemente, en medio de un armisticio atribulador, la nueva guerra, más terrible aún, más aniquiladora.

La paz verdadera no pudo venir sino por el sometimiento, desde el instante en que apareció aquel manifiesto del Directorio, precisamente el mismo dia en que perdían su parque en la batalla de Guayabos, y cuyo texto exigía, como base capital, *la separacion absoluta del señor Batlle y Ordoñez del gobierno de la República.*

Esta demostracion, probablemente falsa, de que no se combatía á un partido, ni se aspiraba á esta ó aquella fórmula de gobierno, sino que, simplemente se atacaba personalmente á un ciudadano, era la más segura y palmaria prueba de que la verdadera paz no podía hacerse.

Y era tan palmaria la prueba, que *La Nacion* de Buenos Aires, al estudiar ese manifiesto comentando los sucesos uruguayos, dijo:

«Los enemigos *del Presidente*, le obligan á colocarse, de esa manera, en el único terreno de no escuchar proposiciones de paz que no tengan por condicion fundamental, el sometimiento.»

Y agregaba despues:

«Entre la mayoría de los nacionalistas de primera y segunda fila que no han querido emigrar, el conjunto de las declaraciones suscritas por los señores Aureliano Rodriguez Larreta, Carlos A. Berro, Alfredo Vazquez Acevedo, etc., han sido recibidas con señaladas muestras de contrariedad y enojo, considerándolas todos los íntimos del grupo expatriado, no solo contradictorias, sino impolíticas.

«La falta de tino político del doctor Rodriguez Larreta y sus compañeros de ostracismo, ha contribuido *á hacer fracasar las gestiones de paz,* con tan buenos auspicios iniciadas.»

El órgano oficial del nacionalismo ha dicho con muy escasa ecuanimidad: *Muchos errores graves cometió el gobierno antes de la jornada revolucionaria.*

Pero ello es que la jornada se inició á los pocos días de comenzar la vida de ese gobierno: y una revolucion no se concierta en pocos días; por consiguiente, no puede dudarse de que estaba decretada desde antes de ejercerse el primer acto de gobierno. Luego ¿cómo pudo ejercer muchos errores graves antes de la jornada revolucionaria? ¿Se puede acaso cometer errores antes de haber nacido?

El autor de este libro no es apasionado. Ama sinceramente á la verdad.

Además, como ha dicho en su prólogo, no quiere analizar *lo que debió ser,* sino que sintetiza *lo que fué.*

Ahora bien, sintetizando dice, que la revolucion fué una gran injusticia.

El nombramiento de seis jefes políticos nacionalistas, de los cuales pertenecían dos á la minoría, era una complacencia de ese gobierno, porque un acuerdo transitorio, concertado por su antecesor con particulares miras políticas, perdía toda su eficacia desde el momento en que desapareciera del escenario una de las dos partes contratantes. Y esto con muy superior motivo, si dicho acuerdo tenía un caracter manifiestamente ilegal, reconocidamente opuesto al espíritu de la Constitucion.

Fué, pues, una complacencia el nombramiento de seis jefes nacionalistas, y decimos *seis* porque lo eran: porque el hecho de haber una fraccion favorable á ese gobierno, agrava la responsabilidad y aumenta la injusticia de aquella otra fraccion que inauguraba, por este motivo, la jornada revolucionaria.

Fué una gran injusticia, además, porque en concepto de los revolucionarios, los acuerdos cuestistas tenían valor perma-

nente y debían seguir siendo respetados con todas sus consecuencias: y sin embargo la Asamblea de 1901, que había de elegir Presidente, fué fruto de un acuerdo, y por lo tanto el ciudadano que resultara triunfante era valor entendido que representaba la voluntad de los dos partidos.

Fué una injusticia, porque es inconcebible pretender limitar la accion del Ejecutivo en lo concerniente á la disposicion de la fuerza pública; porque es risible suponer que media Francia, por ejemplo, se rebele contra el gobierno por haber enviado una guarnicion á la frontera alemana; porque no existe acuerdo, ni convenio posible, que sancione semejante coaccion sobre los actos del Ejecutivo, ni puede sensatamente defenderse semejante teoría, y fué, sin embargo, el envío de los dos regimientos á Rivera, como si aquellos terrenos no formaran parte integrante del suelo uruguayo, la causa ocasional de una terrible guerra devastadora.

La neutralidad argentina

El asunto de las negociaciones de paz tuvo además otra fase durante toda la campaña.

El principal argumento de los nacionalistas, ya lo hemos dicho, era este: «el gobierno, con todos sus recursos, es impotente para terminar con la revolucion, por lo tanto, es justo y necesario que capitule.»

Después, confiando en este razonamiento, venian las exigencias: «Puesto que le es forzoso someterse á la capitulacion no cejemos hasta obtener que por esos capítulos se nos conceda además del número de bancas legislativas, las seis jefaturas, con previa consulta para el nombramiento de los jefes políticos, las urbanas de los seis departamentos y la estipulacion, bien establecida de que los ejércitos del Gobierno no podrán violar por ningún concepto los territorios nacionalistas.»

Que fueron estas las pretensiones de Saravia durante todas las vicisitudes por que pasaron las negociaciones pacificadoras, es una verdad sobradamente constatada é incontrovertible.

Que en esto discrepaban las opiniones del caudillo y las de Basilio Muñoz y otros muchos jefes nacionalistas, ya queda dicho anteriormente, siendo la disciplina de partido la sola unificadora de propósitos.

Ahora, la razon en que se apoyaba este empecinamiento, contra viento y marea, y á pesar de la ineficacia militar de la revolucion, habia que buscarla, más allá

del Uruguay, en el apoyo manifiesto que le prestaba el gobierno argentino.

Y al tocar este punto, por no poder pasarlo en silencio atendiendo á su esencial influencia sobre el nacimiento, conservacion y desarrollo de la revolucion uruguaya, dejo la palabra á los diarios argentinos, rindiendo así tributo á la imparcialidad.

Y digo *diarios argentinos* refiriéndome á todos, pues las únicas excepciones de la prédica que voy á repasar fueron dos: *Tribuna,* por ser un diario de naturaleza arraigadamente nacionalista, virtualmente interesado en el triunfo de la revolucion, y dedicado á ejercitar en favor de ella, su vinculacion oficial y personal con el presidente Roca: *La Prensa,* por ser un hecho reconocido que sus opiniones sobre los más vitales asuntos, solo se inspiran, en el alza ó baja que puedan determinar sobre los balances mensuales de su administracion.

Hechas, con tan justos motivos, estas dos solas excepciones, queda la palabra á toda la prensa imparcial y libre de la república vecina:

«Queremos decirlo claro, porque es preciso. En esa sangrienta derrota del país hermano, en ese desgarramiento que viene perpetuándose hace treinta años, nosotros, los argentinos, tenemos grande y positiva culpa porque gracias á nuestra indiferencia, á nuestra complicidad, á nuestro apasionamiento, según los casos, es que la enfermedad uruguaya ha podido concentrarse y estallar en sucesivas crisis, llenando de piltrafas humanas los campos orientales.»

Así decia ya «El Diario» á principios de la guerra y más tarde volvió sobre el asunto apesar de que esta franqueza provocó frases de irritada censura, y según sus propias palabras: «levantó polvareda y agitó los ánimos de aquellos que creen

que la verdad no es buena sino contra los de afuera y que los propios errores ó faltas deben callarse, perpetuándolos en el silencio de una piadosa complicidad colectiva.»

Y volvió sobre el asunto declarando que como resultancia de un sumario instruido, habia informado el inspector general de rentas al ministerio de Hacienda, estableciendo «que el señor Abdon Aroztegui, funcionario de aduana, cuyas afinidades con el partido en armas son notorias, es cómplice en la tentativa del pasaje de armamento, estando comprobado así mismo que dicho funcionario estuvo en la Aduana de Gualeguay y comprometió en la empresa á varios empleados.»

Y después añadia esta importante declaracion:

«Y no es un hecho aislado, sobre el cual no puedan basarse conclusiones generales; no. Si hay algo lo suficientemente notorio para excusar toda demostracion, es la influyente proximidad de importantes personalidades del partido en armas, á las más importantes personalidades de nuestro medio político; es la colocacion estratégica en nuestra administracion de elementos que por necesidad lógica humana, tienen que poner las facilidades que el puesto les ofrece, al servicio de la causa de sus ardientes afecciones políticas comprometidas en la revolucion uruguaya.»

«La República Argentina ha fomentado demasiado tiempo las sangrientas desgracias de los hermanos de allende el Plata, pues que pudiendo evitar esos desastres que ahora lamenta, los ha estimulado, por el contrario, con la connivencia de sus autoridades aduaneras y con su apoyo moral á la revuelta. Esa connivencia y sus efectos son hechos indiscutibles. El contrabando de armas es imposible sin

que á ello se presten los funcionarios de aduana, y sin armas no hay revoluciones.»

Cuando llegó un día en que, á consecuencia de las reclamaciones presentadas por la cancillería uruguaya, surgió por fin una interpelacion ante el Congreso argentino, el doctor Terry, ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores, no pudo menos de demostrar en su réplica, que su conducta en aquellos asuntos era obligada por imposicion del presidente argentino.

Esto, al menos, venía á demostrar, que la falta de neutralidad y el apoyo á la revolucion, no era inspiracion popular, como lo evidenciaban las publicaciones de los diarios en abierta pugna con la actitud de su gobierno, sino una particular política del General Roca, influído «por la proximidad de importantes personalidades del partido levantado en armas» como había dicho «El Diario» é influyendo sobre la accion de sus ministros y sobre el ánimo de las Cámaras.

«El Tiempo» de Buenos Aires comentó las explicaciones del ministro interpelado, y la conducta del gobierno de Roca, en esta forma:

«Entre las muchas cosas que dijo en la Cámara de Diputados el ministro de Relaciones Exteriores, cosas que pueden dividirse en verdades exactas y verdades *oficiales*, surgen dos fundamentales, que tal vez han pasado desapercibidas en el primer momento para diputados y para periodistas, pero que entrañan verdadera gravedad en cuanto se refieren á nuestra administracion nacional y á la confianza que ella pueda merecer al pueblo en general.

«Un ministro de Relaciones Exteriores, en pleno Congreso, contestando una interpelacion de orden internacional, grave

por consiguiente, ha declarado que debía prevenir al señor diputado interpelante y á la Honorable Cámara que «en estos momentos, dada la organizacion de la aduana y la concomitancia de esa reparticion con los elementos de que se sirve la revolucion, *dado el número de empleados orientales que en ella existen,* es muy difícil encontrar un hombre imparcial para ir á levantar un sumario.» Esto ha podido pasar desapercibido, repetimos, para los cronistas parlamentarios, pero lo arrancamos nosotros de la version taquigráfica de la Cámara, para presentarlo al pueblo y preguntarle si despues de esa declaracion tan franca como ingénua, puede el ministro que la hizo en la Cámara y el gobierno á quien representa, seguir un sólo momento titulándose gobierno de la República Argentina.

«No señor.

«Cuando el representante de un gobierno, dice en pleno Parlamento que no puede conservar la obligada neutralidad en los asuntos de un país vecino, porque la mayor parte—«todos»—diremos nosotros — de sus empleados aduaneros pertenecen al partido levantado en armas en el país vecino; cuando ese representante insinúa en el Congreso su impotencia como secretario de Estado; cuando se ve obligado á inclinar la espina dórsal ante un superior que no le consulta; cuando se encuentra con una máquina montada expresamente para un objetivo determinado de política internacional «á base de admistades y compadrazgos inconfesables á fuerza de ser demasiado íntimos»; cuando ese ministro se encuentra en descubierto frente á la opinion de su país, va al Congreso á hablar la verdad, si, señor; como lo hizo el doctor Terry el lunes, pero va á clamar la verdad á condicion de terminar diciendo:

—«Esta es la situación; todas las adua-

nas argentinas, la misma policía porteña, está en manos de orientales revolucionarios, el mismo periodismo oficial es revolucionario en la vecindad. Yo nada puedo hacer. Vengo á declarar esto, pero debo prevenir á la Honorable Cámara que mientras yo estoy aquí, en su recinto, mi secretario lleva al Presidente de la República mi renuncia indeclinable de los dos ministerios: del de Hacienda, porque no puedo exonerar á los blancos revolucionarios que gozan del apoyo de su excelencia; del de Relaciones, porque no puedo dedicarme á fabricar teorías de derecho internacional *ad usum delfinum.*

«Y diciendo eso, el doctor Terry sería hoy el más popular ex-ministro.»

El Diario comentando también aquella discusion, decía:

«El ministro ha aducido como razon explicativa de la actitud observada por el gobierno nacional, la razon de impotencia.

«Por si sola, es poco airosa la salida. El gobierno de la nacion argentina no puede declarar impotencia para cumplir sus deberes sin exponerse á que se dude de su palabra.

«Pero la verdadera explicacion de tales hechos no podia darse en el congreso.

«Lo que hay en el fondo de las cosas no es que el gobierno haya dejado de impedir la realizacion de actos que comprometian nuestra neutralidad, sino que ha autorizado, ha propiciado con su estimulante tolerancia, esos actos.

«No se trata, simplemente, de un caso de omision; se trata de un caso de accion. No ha habido solo inercia; ha habido dinamismo, favorable á los sublevados contra un gobierno amigo.

«Esta es la cuestion en sus verdaderos y precisos términos.

«Ni siquiera puede el gobierno alegar ignorancia de la conducta que observan sus delegados y subalternos, pues de

tiempo atrás hemos venido advirtiendo la flagrante connivencia de éstos con la accion revolucionaria. Luego, pues, si sabiéndolo nada hizo para reducir á sus deberes á esos funcionarios, si éstos podian considerarse garantidos por la impunidad de sus notorios manejos, el gobierno no solo no ha impedido, sino que ha fomentado con su tácita autorizacion, los hechos de que hoy se le hace responsable.

«Lo peor del caso es que no se advierte la tendencia á reaccionar.»

La Nación que en diversas ocasiones se habia expresado poco favorablemente á las cosas uruguayas, atacó al gobierno argentino por su manifiesta ayuda á los revolucionarios orientales, y comentó en estos términos la interpelacion:

«Ha dicho el doctor Terry que las fronteras del Uruguay no pueden ser vigiladas porque todos los empleados son orientales y blancos.

«Entonces, de dos una: ó esos señores proceden contra las instrucciones de su jefe superior y el ministro está demás, puesto que no sabe serlo; ó proceden de acuerdo con el doctor Terry y en ese caso... también está demás el ministro, porque viola los deberes más elementales de su cargo.

«La cámara queria saber por qué no se evitaban los contrabandos de armas. A esta pregunta ha contestado el doctor Terry explicando por qué se permiten.

«Y la cámara se ha dado por satisfecha. Hay que convenir que tanto uno como otra se han mostrado á la misma altura, no muy descollante por cierto.

«Hemos conocido las causas de la irregularidad, pero nada de los remedios que se hayan ensayado ó que se piense aplicar en lo sucesivo. Quizá haya que felicitarse por esta omision, pues el tren del discurso cancilleresco hacía presumir que nues-

tro gobierno hubiera pensado pedir prestados unos cuantos funcionarios al Presidente Batlle para defender los intereses argentinos en nuestras fronteras.

«El corolario hubiera sido de una lógica rigurosa despues de las graciosas declaraciones engarzadas en el discurso ministerial.»

Esta demostración del apoyo prestado por el Gobierno del General Roca á la revolucion uruguaya, demostracion evidenciada por actos públicos y por la prédica de los diarios independientes, fué durante toda la guerra, la causa primordial de su mantenimiento, pues como decía *El Diario* con argumento contundente, sin connivencia oficial no hay contrabando de armas, y sin armas no hay revolucion posible.

Y como el autor de este libro tomó la pluma, al comenzarlo, decidido á decir la verdad, conforme á su título, termina este capítulo con el siguiente resumen:

Que como se ha visto, el pueblo argentino en nada faltó á la neutralidad. El delito internacional existió de un modo evidente, pero sus causantes fueron los revolucionarios uruguayos empleados en aquella república; el diario *Tribuna;* sus propietarios, orientales y pertenecientes á una cepa eminentemente revolucionaria y el general Roca, influído por la estrecha amistad con aquellos propietarios, que constituía «el compadrazgo inconfesable á fuerza de ser demasiado íntimo» á que aludió *El Tiempo*.

Hagamos justicia al pueblo argentino, y caiga la culpa sobre los verdaderos violadores de la neutralidad.

En el ejército del Sur. Un prisionero de guerra, —La revolución, sus costumbres, su espíritu. — Controversias partidistas.

Cambia el escenario.

La Trashumante, fiel á su ambulatorio destino, y atravesando de Occidente á Oriente, los campos de la República, se incorporó al ejército del Sur, formando en la vanguardia, bajo el mando de Basilisio Saravia.

Allí, las naturales preguntas de los compañeros.

—¿Están satisfechos del cambio de ejército?

—Aunque no fuera más que por una circunstancia — respondió Aristófilo — debemos congratularnos.

—¿Y cuál es ella?

—¡Diablo! ¡Pues el salir de aquellos Bañados de Rocha donde hemos dejado acampado al ejército del Norte! Un paraje imposible. Una inactividad aburridora. Unos pastos amargos, acuosos y escasos, que producen disenteria á los caballos y los inutilizan. El Gobierno envía caballada nueva y á los cinco dias no hay *matungo* que valga dos vintenes. Y en fin, que nosotros no sabemos vivir sino andando; como condenados á la eterna peregrinacion de Ahasverus; como si nuevos judíos errantes oyéramos siempre en el oído la voz de la altura, diciendo: *¡anda, anda!*

—¿Y qué tal el camino? ¿vadearon felizmente el paso? ¡Está muy *fiero!*

Aquí tomó la palabra Terencio, y comenzó con fecunda verba la narracion de sus penurias.

—Veníamos detrás de las caballadas que hemos acompañado hasta aquí, y nos aproximábamos al dichoso paso, dispuestos á alcanzarlo y cruzarlo aunque fuera de noche, por temor á que la lluvia nos lo dejase infranqueable. Seis leguas muy brasileñas de camino. Enfrentamos la picada de noche, nublada, oscurísima, pero no había más remedio que lanzarse y nos metimos en la picada, ¡y qué picada! De á uno en fondo avanzábamos dificilmente: no viendo ni las orejas del propio caballo: cayendo acá y levantándonos allá; con llamados constantes de uno ú otro, en guisa de alerta, para no perder la hilera: caminando lenta, muy lentamente sobre fango bien batido como manteca: *peludeando* varios carros y no pocos caballos: logrando llegar á tientas hasta la rivera, por entre aquel laberinto en que se hubiera estraviado el mismo Teseo por muchos hilos que le hubiera dado Ariadna; y ¡por fin! el vado y ¡al agua patos!

—¡Y vaya un paso que ni de sainete! — prosiguió Terencio. — Una travesía acuática de un par de cuadras en forma de *U*: zabullidas improvisas de varios milicos, quienes en atencion al color cetrino de su piel, no temo que se hayan convertido en cisnes; llegada á la otra orilla donde nos esperaban, acechadores en las tinieblas, traidoras zanjas y aviesos pantanos, y al cabo, la parada en una pulpería, cerrada á piedra y lodo... ¡maldita pulpería, donde hubo que golpear y gritar una hora en demanda de albergue! ¡*ah de la venta!* como en los viejos cuentos de caballería andante; y todo esto para encontrar, por risible surtido, agua fresca del arroyo, vinagre, pimienta... y buena voluntad. ¡Deleitosa noche!

—Pero oigan ustedes — continuó — el diálogo entablado á la siguiente mañana: habíamos dormido sobre la mesa del billar; no había cosa mejor. Tomo la palabra y le pregunto en correcta fabla, correspondiendo á la naturaleza hispánica del pulpero que era asturiano: — «¡Oh ventero, hijo de Pelayo! ¿cuánto os debo?» — y cuando yo pensaba que no cobraría, en atencion á que nos había dejado con la barriga hueca como cañon de órgano, me endilgó, muy suelto de cuerpo, la siguiente ingeniosa respuesta: — «Habeis pernoctado ocho horas; habeis ocupado, durmiendo, la mesa de billar; el billar, como usted sabe, se cobra tres reales la hora: de modo que... ajustad la cuenta.» — Y seguimos como Judíos Errantes el camino. Cuatro leguas todavía para incórporarnos á ustedes. Busco otro caballo, porque el anterior se me había disuelto durante la noche, como si fuera un pan de azúcar, con el bozal y una rienda... ¡Dígame, amigo! ¿es que aquí tambien anda libre *el Barbudo*? Hago rienda con dos *tientos* mal anudados, y ¡adelante con el esqueleto! como decía Carlos quinto. Por fin, á eso de las diez logramos abordar á Basilisio Saravia.

—¿Qué le ha parecido?

—Altamente simpático; muy atrayente, madera de caudillo, con su voz aflautada y lenta, frase cantada, gordinflón, de palabra sugestiva... ¡Bueno! pues el simpático coronel estaba en ese momento en son de marcha, y estos pobres Ahasverus no encuentran punto de reposo. Prosiguen la ruta, siempre cabalgando, sumando hasta veinte y dos horas de gineteada y recordando en la atormentada imaginación las tribulaciones de un chino en China. Por fin, hemos descansado anoche en este bendito lugar, y aquí nos tiene usted dispuestos á seguir viaje, aunque haya que ir dejando por el camino los huesos desarticu-

lados del esqueleto que mencionaba Carlos quinto.

El que así conversaba con Terencio era un notable ejemplar de viejo militar en campaña; nuevo y feliz conocimiento que hicieron alegremente los oficiales de *La Trashumante*, por ser gran contador de cuentos, chichoneador por naturaleza y hombre de siempre felices ocurrencias.

Bajo, delgado, nervioso; setenta y seis años de edad, según el cómputo mejor ajustado: buen bebedor, que difícilmente se quedaba atrás en un torneo de botellas; siempre jovial y perennemente locuaz, tenía el capitan Valdenegro fresquísima memoria en que estaban archivados y bien encasillados, episodios de la vida de Rivera como si fueran acontecimientos de ayer.

Era fuerte como para cargar con un enorme palo de ñandubay destinado á su fogon, y solía menudear por vanagloria esta hazaña: estaba curtido como para dormir invariablemente al raso, con aversion á las carpas, y arrostrando impertérrito, lluvias, rocíos, escarchas y heladas: y era en fin, tan enjuto y macerado de rostro, que cierto dia, un paisano retrucador, al verlo, se acordó del charque y le enrostró esta exclamacion:

—¡Qué lindo viejo *pá con porotos!*

Una mañana, súpose en la carpa que entre varios prisioneros revolucionarios aprehendidos por una partida exploradora, se encontraba un jóven, de apellido conocido, aunque no lo hubieran tratado: montevideano culto, ilustrado: lanzado por su entusiasmo de fogosa juventud á las filas de la revolucion.

Durante muchos dias, la completa interrupcion de comunicaciones, impediría que estos prisioneros fueran enviados á

Montevideo, y en vista de ello, quisieron dar en su carpa una hospitalidad cariñosa al prisionero, cobijándolo así, y defendiéndolo de las antipatías que á su paso podían ir despertando en el seno de un ejército enemigo.

Porque es necesario constatar, que en ambos ejércitos, ha sido uso caballeresco tratar con hidalguía al prisionero y prestarle no solo el auxilio material que es salvaguardia del cuerpo, sino lo que vale más, el auxilio moral del afecto y el respeto que confortan el ánimo y endulzan la penosa y desairada situacion de un prisionero.

Si de un lado, el elemento soez ignorante, feroz, que irremisiblemente forma mayoría en todo ejército, — como lo forma, con menos razon, hasta en las más grandes y cultas capitales, — es incapaz de perdon, y practíca los más feroces odios, complaciéndose en las crueles represalías y despreciando al enemigo por el solo delito de no compartir sus ideas; si es cierto que con insensatez evidente hay quienes dicen, siendo blancos, «*¡no hay colorado bueno!*» y siendo colorado «*¡no hay blanco bueno!* y llevan esta afirmacion hasta la excelsitud de un axioma; si de un lado, producen sus perniciosos efectos, todas las malas pasiones... tambien, del otro, y con toda la abundancia posible dentro de la desproporcion minúscula en que ocupan al mundo los hombres de alto criterio moral, hay leales ánimos caballerescos, perdones sinceros para el enemigo, respeto hacia el adversario, caballerosidad para acogerlo bajo su carpa y delicadeza nimia, escrupulosa, para huir previsoramente de toda observacion ó incidente que pueda herir la susceptibilidad natural del caído en desgracia ó parecerle alusion poco generosa, bien hacia su estado, bien hacia el secreto culto de sus convicciones y su doctrina.

Y esto, repetimos, lo mismo en uno que en otro campo de ambos ejércitos adversarios; lo mismo bajo la carpa revolucionaria que bajo la tienda del oficial gubernista.

Pero aun existe otra observacion que hacer. Por un contraste muy frecuente en todas las cosas humanas, no es siempre el hombre educado y culto el más generoso, hidalgo, reconocedor de los agenos fueros y los derechos del enemigo; ni es siempre el campesino ignorante el más vengativo y ciego, el más entregado á los desbordes de la ira y á los brutales placeres de la represalía.

Admira ver, con notable frecuencia, entre los habitantes de la campaña, alejados de todo centro social, separados en absoluto de todo libro que los ilustre, de toda novela moldeadora del sentido moral como no sean esos venenos de Juan Moreira, Santos Vega, y demás congéneres; admira ver—decía,—ejemplares numerosos de la más hidalga condicion ingénita, del más sano y robusto caracter abierto á todas las luces de la verdad, á todas las conquistas del progreso, y, lo que es más válido, á todos los desarrollos y mejoramientos de la índole interna, anímica, espiritual.

Y admira al mismo tiempo, aunque con profunda decepcion, encontrar ejemplares que por su presencia, su traje, sus actitudes, su palabra correcta, su sonrisa afable, sus espresiones eruditas, son perfectos caballeros; y luego, por sus actos, por su fanatismo, por su interpretacion práctica de las leyes de la guerra, y por la crueldad de sentimientos, son, sencillamente, unos perfectos salvajes.

Repito, nuevamente, que todos esos juicios, están hechos sin excepcion alguna de partido.

Dirigiéronse, pues, nuestros oficiales á

la carpa del coronel, espusieron su deseo, pidieron el privilegio de dar hospitalidad al prisionero, y héte aquí á *La Trashumante* con un nuevo huesped por algunos dias.

El problema de caber todos en la misma carpa, á pesar de su buena extension, fué facilmente resuelto por aquel Simbad, ya citado, el marino de la tecnología náutica, que hábil manufactor de velas, toldos y toda clase de artefactos atingentes á las faenas marineras, inventó un famoso apósito para la carpa, en bien combinado apéndice, que él llamó *la proa*. Y en efecto, cortado en forma tiangular y aplicado á la abertura posterior de la carpa, tomaba ésta la forma de una proa de buque invertida.

Cuando el prisionero entró en su nueva vivienda, y fueron hechas entre serio y jocoso las consiguientes presentaciones, con rápidas siluetas morales de los presentados, empezó el capítulo de las advertencias en cuanto al género de vida de aquel grupo, su concepto de la vida militar y la característica de sus hábitos.

—Conste, amigo — empezó Terencio, — que aquí reina tanta confianza como la que debió reinar en los bárbaros campamentos galos irruptores de Roma, pero todo cuanto tenemos está á su disposicion.

Y alargándole, al mismo tiempo, un coginillo, un mate, un frasco de caña, un *foco de naco*, un descomunal facon, y un librillo de papel, sin contar el escaso número de manos de que disponía el huesped para coger tal cúmulo de adminículos, añadió sentándose á su lado:

—Ponemos á su disposicion todo cuanto poseemos, incluso el buen humor; pero, [illegible], con devolucion.

—Conforme, — asintió el prisionero, tratando de acomodar, en torno suyo, el montón de bártulos que le propinaba Terencio.

—Nosotros, señor mío — afirmó Aristófilo — no tomamos en serio, nada más que... lo que no es serio.

—Me place mucho.

—Y es precisamente por eso, por lo que Romeo ha tomado en serio el amor..

—¿Por que no es serio? ¡Protesto! — interrumpió el prisionero.

—Y por eso tambien — añadió Terencio, — todos hemos tomado en serio la guerra.

—¡Sigo protestando!

—¡Querido Romeo! — exclamó Aristófilo — ya tienes un colaborador y sustentador de tus paladinas teorías en el señor Régulo.

—¿Cómo Régulo? — protestó todavía el huesped, — mi nombre es...

—Perdóneme señor, aquí no se usa más que el apodo; todo el que cae bajo nuestra férula lo posee y *velis nolis* lo monopoliza. Ahora bien, teniendo en cuenta que Régulo fué un romano intachable, recto, probo, etc., etc., como reconocemos facilmente que es usted; y habiendo caído prisionero de los cartagineses, ni más ni menos que por cuestiones *de poca monta* como usted cayó entre nosotros por estar *mal montado,* paréceme justo que desde este momento quede usted solemnemente bautizado con el nombre del gran patricio, á cuyo fin, y en celebracion de este famoso *crismas* tendrá usted la bondad de alargarme ese frasquito de caña.

—¡Valió trago!—gritó Marcial que era muy afecto á usar y ejercitar esta exclamacion.

Y entre chacota y alegría, que barrían los tristes pensamientos del ánimo de

Régulo—llamémosle tambien así,—fueron entrando poco á poco en otra clase de confidencias con cambio mútuo de impresiones.

—¿Qué le llama la atencion en nuestro ejército? ¡Con franqueza! — preguntó Marcial.

—¿Con franqueza? ¡Muchas cosas!

—Háblenos en sentido de censura; que si la crítica es fuerte, aguantaremos, y ¡qué diablos! ¡Basta la salud!

—Ustedes están muy oprimidos. El campamento ocupa poca estension y eso perjudica mucho á los caballos y á los hombres. Nosotros no. Siempre acampamos en grande extension, ocupamos leguas y leguas; así hay más pasto para los animales, aire más puro para los soldados, y sobre todo más independencia, más libertad.

—Pero en cambio el daño es mayor; las líneas de alambrados; el consumo de los pastos; la devastacion de los montes; esa misma libertad de los soldados que favorece á la indisciplina no solo para matar reses innecesarias, sino tambien para cometer cualesquiera otras fechorías más graves. .. todo eso me parece que no abona mucho en bien del sistema.

—Es que nosotros vamos siempre delante; ustedes detrás por los mismos parajes; y á la verdad, no me parece mal sistema desproveerlos de recursos. Además, nosotros, podemos espandirnos sin temor á las deserciones; nuestros soldados son todos voluntarios, con la excepcion de alguna leva necesaria para nuestra propia seguridad; los que por su gusto han venido, por su gusto pueden marcharse cuando quieran: no importa, por consiguiente, que estén mal vigilados. Ustedes tienen su principal contingente formado de guardias nacionales; muchos de ellos no han venido por su voluntad; sueñan con la vuelta al pago, y les es necesario evitar las

deserciones, estrechando los grupos y activando las vigilancias.

—Pues vea, amigo Régulo — contestó Aristófilo, — voy á citarle un caso de hace muy pocos días; un caso que demuestra la escasa vigilancia que reina en los campamentos, y sin embargo son muy pocas las deserciones. Fuimos encargados del servicio de retaguardia de la columna, por cuyo motivo, llegamos tarde al paraje de acampada, en plena noche, cuando ya estaban acomodados todos los cuerpos, y *churrasqueando* alrededor de los fogones. Pues bien, pasamos con más de setenta hombres, á treinta metros de todos esos fogones, durante una hora de marcha, hasta alcanzar la cabeza de la vanguardia que era nuestro lugar, y aunque es facil suponer el poco silencio de esos setenta hombres á caballo y caminando sin precaucion alguna, no escuchamos ni un solo ¿quien vive? en todo el trayecto.

—Eso demuestra — dijo Régulo — un pésimo servicio de vigilancia.

—Es cierto, pero del mismo modo que no evitaría los ataques inesperados del exterior, tampoco evita las deserciones del interior; muy al contrario, las facilita, las provoca; y sin embargo, puedo afirmarle que los desertores son muy contados.

—Por otro estilo — añadió Marcial — no hay que temer nada de las sorpresas: la revolucion va siempre delante, perseguida, evitando el encuentro; nunca presenta espontáneamente batalla, á no serle imprescindible conquistar el paso de un rio para proseguir la correría; es, pues, muy seguro que las sorpresas no entren en su plan, y la vigilancia se redoble únicamente en las vísperas de una batalla que siempre ha sido prevista y con conocimiento justo de la ubicacion del enemigo.

—No — insistió Terencio. — Eso de las deserciones en los ejércitos gubernistas no

es cierto, aunque yo se que se explota por los revolucionarios, y aunque no sería estraño que las hubiera en más cantidad que entre ustedes por la justa razon del caracter voluntario de vuestras incorporaciones. Yo llevo en mi cartera un cuadro estadístico que honra mucho al ejército en lo concerniente á esas escasas deserciones, aun á despecho de las más favorables circunstancias. Y sin embargo, sería justo reconocer que la incontrastable atraccion del pago nativo; la madre que allí espera, quizás desvalida, con los brazos abiertos; el amor ausente que evoca al alma con deleitosos idilios, bien pueden ofrecer benévola disculpa al que arrebatado por los ensueños de su propio espíritu cayera en tan punible falta. Si algún dia quisiera yo esbozar una narracion novelesca con algún episodio de la guerra, bordándolo y embelleciéndolo á razon de mi escaso ingenio, bien podría elegir el hecho verídico de aquel guardia nacional que en la linea férrea de Peñarol al Paso de los Toros, fué víctima de su deseo de volver al pago. Una noche oscurecida por densa niebla: un convoy de guardias nacionales que marcha hacia el Norte, velozmente, rápido amontonador de hombres en los campos de batalla; allá, en un rancho, sobre la falda de una loma una mujer que llora y espera; acá, en un furgon, un hombre joven atenaceado por un deseo, junto á la ancha puerta, velando mientras los demás duermen; de pronto, la conciencia súbita de que aquellos prados, aquellas cañadas, aquellos vientos que cercan al tren en marcha, son los prados, las aguas, las ráfagas perfumadas que en el pago natal le acariciaron desde niño; luego, la silueta del ser amado dibujándose fantástica entre la niebla, ante sus ojos febrilmente abiertos; despues, el loco impulso de una determinacion violenta, irreflexiva: una voz

que le grita *¡tírate! ¡ó ahora ó nunca!* y otro acento lejano y lastimero que lo llama desde la sombra; y por fin, el acto inconsciente, automático...: un cuerpo que cae del furgon y rueda voluntariamente por el terraplen intentando ocultarse; un oficial vigilante que descubre al prófugo; un tiro certero; el cuerpo del desertor que se extremece en el fondo de la zanja; el tren que, indiferente, huye como desbocado hacia el Norte; y más tarde, la agonía solitaria, en campo abierto, sin auxilio, sin esperanza, bajo el cielo mudo, cruel, y encapotado, mientras sigue llorando, en el lejano rancho, la triste mujer que espera, que espera en vano, que espera para siempre.

—¡Oh! ¡La paz, la paz es necesaria! — exclamó con acento melancólico el prisionero.

—¿Y por qué no se hace? ¿De quien es la culpa? — interrogó indiscretamente Marcial.

Regúlo no contestó.

Aristófilo intercaló tímidamente esta pregunta:

—¿Son ustedes muchos?

—Si, somos muchos. En realidad de verdad, somos en esta fecha de diez á doce mil hombres. Pero no todos están armados. Pocas veces hemos conseguido contar con municion bastante para arrostrar el éxito de una batalla. Además, hay mucha gente inútil; muchos niños, muchos viejos, que vienen á incorporarse repletos de entusiasmo sin comprender que más son un estorbo que una ayuda: alguna gente vaga que solo busca lo que preconizaba la célebre divisa: *aire libre y carne gorda.*

—Pero esa es gente brava, que pelea;— interrumpió Terencio, — esa gente es buena para la guerra.

—No, amigo, — replicó haciendo un gesto el prisionero, — esa gente merodea;

busca ocasión de realizar fechorías; se resiste á la disciplina; gusta de campar por su respeto ó á las órdenes de algún jefe de su misma calaña; esa gente es la que desacredita al ejército.

—¿Y no pueden suprimirla? — preguntó Aristófilo.

—¿Quién puede depurar un ejército de voluntarios? ¿Quién va á pedir certificados de buena conducta á los que espontáneamente se presentan?

—Una buena disciplina... insinuó Terencio.

—Es muy difícil entre tropas irregulares. Hay algunos de esos mismos jefes antedichos que son pequeños caudillos á su manera; ante medidas de fuerza, cundiría el descontento, crearían atmósfera de rebeldía; empezarían las deserciones por grupos. Afortunadamente son pocos; y al afirmar que son pocos no crean que me espolea el partidismo. ¡Hay que desear la paz, señores, hay que desearla con toda el alma!

—Ese deseo está en todos; —dijo Terencio. — Si no fuera porque los pensamientos tristes no son propios de *La Trashumante*, yo os diría que siento en mi interior, con abultado relieve, el fuerte contraste entre lo sugestivo del espíritu acariciado por apacibles añoranzas, y los cuadros que me rodean diseñados en rojo por alguna mano hercúlea; las figuras que contemplo esculpidas por el cincel de algún diabólico Buonarrotti; las escenas de violencia trágica que se suceden entre tenebrosos bastidores, bajo bambalinas de negras nubes invernales, al levantarse el telon euménico de la guerra, y con argumento de gesta, dictado por la inspiracion tumultuaria de algún númen shakespeariano. Resucitan en mi seno, ante la vision oscura del invierno, entre dramáticas acechanzas, y bajo la presion de odios de

Caín mal reprimidos, los pesados días estivales, bajo el cielo benéfico de Montevideo, junto á las playas de arrullador susurro y al paso de las brisas que solo recogían, en sus alas, palabras de amor y de alegría; y entretanto no reina en torno sino la dureza sombría ó vengativa desarrollándose en cuadros dolorosos.

Hizo una breve pausa y prosiguió.

—A la linde de un camino; en parajes llenos de poesía, con escarpados cerros y fértiles valles sucediéndose en renovados panoramas, he visto un edificio severo, escuela de aquellos contornos, circundada de árboles y próxima á la modesta capilla de blancos muros coronados por la vieja campana que armoniosamente anuncia las alboradas en el valle. En aquella escuela, faro de los campos, que esparce en torno sus resplandores de progreso, no he encontrado más que soledad y silencio. ¡Nada del eco sonoro con que la llenaban antes los gorjeos infantiles! ¡Nada de las suaves enseñanzas que doman fieros caracteres, y encauzan violentas pasiones, y robustecen generosos sentimientos, y engendran nuevas facultades propicias al progreso indefinido de la nacion! Por allí ha pasado ferozmente el brazo de la guerra, han desfilado las brutales fuerzas aniquiladoras, y el nido infantil, estremeciéndose horrorizado, queda vacío; sus pobres pájaros volaron despavoridos!

—¡Valió trago! — gritó Marcial para desvanecer el ambiente de tristeza que empezaba á rodearlos. — Has predicado mejor que un benedictino. En premio, toma caña, — y le alargó la botella — pero no nos hables de cosas tristes.

—Pronto estará el asado — dijo Aristófilo mirando hacia el fogon que humeaba cerca, y al respetable costillar que inclinado hacia el fuego oblicuándose, y estirado transversalmente por dos palitos adi-

cionales, parecía el velamen de un mástil de fragata en miniatura.

—El asado, reconforta el ánimo, alegra los corazones...

—Y embrutece al cerebro, — concluyó Terencio.

—¿Qué, le ha parecido Basilisio Saravia? preguntó Aristófilo al prisionero.

—Muy simpático. Tiene el poder sugestivo de todos los Saravia. Si ustedes conocieran á Aparicio se explicarían facilmente el prestigio personal de que goza. Parece que esta facultad fuera un don peculiar de la familia. Por eso no me ha extrañado el caracter de Basilisio.

—Terencio le ha aplicado una rápida silueta cuya particularidad es el abuso de las *pés*; todas las palabras empiezan por *pe*.

—El juego es muy antiguo — añadió Terencio — pero ser antiguo solo es defecto en la mujer.

—¡A ver! Dícelo al joven Regúlo — pidió Aristófilo.

Terencio dijo así, hablando lento, y recalcando con fuerte pronunciacion las *pes* iniciales de todas las palabras:

—Paisano, probo, parco, previsor, panzudo. Partidista, pero principalmente patriota. Platicador, pero pensando, pausadamente, palabra por palabra. Poderoso, pero pronto para prestar plata. Político, pero poco predispuesto para prestigiar personajes prevaricadores. Pacífico, pero poco perezoso para pelear.

—¡Punto! — dijo Aristófilo.

—¡Perfectamente preparado! — exclamó Régulo.

—¡Puras pes! — ratificó Marcial.

—Pero previsoramente puestas para pintarlo propiamente — terminó Terencio.

—A eso — prosiguió Aristófilo — le llamaría un decadente *sinfonía en pe mayor*.

Entretanto, á poca distancia á la izquierda, un grupo de guardias lanzaba pintorescas exclamaciones jugando á la taba; y á la derecha, un poco más lejos, otro grupo, más tranquilo, escuchaba alrededor de su fogon á un paisano que cantaba acompañado de la guitarra.

Las exclamaciones de unos y el cantar del otro, llegaban distintamente á la rueda de los oficiales.

—¡Cinco reales al mano!

—¡Un peso al que se prepara!

—¡*Cinchá*, hermano, que vás á *peludiar!*

—¡Taba!

—¡*Cu*.... *diao* con el mozo, que había sido vivo *pal* juego!

Entre tanto el prisionero seguía dando datos del ejército revolucionario para satisfacer la curiosidad de sus nuevos amigos:

—Tengan ustedes en cuenta que solamente algunas de nuestras divisiones están bien y completamente armadas, y esas son las que siempre sostienen el fuego. El resto solo tiene remingtons antiguos, lanzas y sables. Despues de la batalla del Parque pasamos al Brasil sin tener un solo proyectil; gracias á que Juan Francisco nos dió un millon de tiros.

—¿Según eso, es incontestable que don Juan Francisco Pereyra da Souza se permite el lujo de auxiliar decididamente á la revolucion? — preguntó Marcial.

—Sin duda. Toda su poderosa influencia en Rio Grande está al servicio de Saravia. Ahora ha ido á Buenos Aires, y pronto se verán los efectos: no tardará mucho el general en recibir armas, municiones y pertrechos que lo consuelen sobradamente de la pérdida del parque que con tan poca suerte custodió Abelardo Marquez.

—Tambien lo auxilia con hombres ¿no es cierto? ¿Hay muchos brasileños en la revolucion? — interrogó Terencio.

—Pero no todos obedecen á sugestion de Juan Francisco; los más de ellos son voluntarios.. Tambien hay muchos argentinos de Entre Rios y Corrientes, que vienen por su gusto, ó reclutados por los agentes de la revolucion.

—El Brasil y la Argentina — dijo Marcial con acento enojado — son los patrocinadores de la revolucion. No tienen ustedes una sola arma que no ostente el sello de la Argentina ó del Brasil.

—¿Y de dónde quiere que las saquemos? — preguntó Régulo sonriendo.

—¡De Europa!

—¡Oh! Está más cerca y más cómoda la frontera. El contrabando de Europa sería imposible.

—Pero las naciones limítrofes debían impedir con sincera vigilancia, esas provisiones, por respeto á la leal neutralidad.

—¡Bah! — exclamó Régulo riendo — durante la guerra anglo-boer, ¿no era Inglaterra misma una de las proveedoras de armas para los enemigos de la Gran Bretaña? ¿de armas que salían de una fábrica cuyo presidente era Chamberlain mismo, y uno de sus directores el mismísimo rey actual, que era entonces príncipe de Gales?

—Si, es cierto; — intervino Terencio— pero esa conducta, en semejante caso, representa un imperdonable delito de conciencia.

—¡La conciencia! — glosó Régulo con amargura. — ¿No recuérda usted la frase de Shakespeare? *La rectitud de conciencia hizo de Hamlet un cobarde.*

—Entonces — replicó Terencio — la mejor práctica de la virtud ¿es arrollarlo todo?

—Hoy. sí, — asintió Aristófilo. — Recuerdo que Herbert Spencer juzgó merecidamente á nuestra época cuando en una epístola, dirigida al historiador norteamericano Moncure Conway, afirmó

que *nuestros tiempos son testigos de un extraordinario recrudecimiento de las pasiones brutales.*

—En suma, ¿la última afirmacion de la moderna filosofía retrocede al Eclesiastes? ¡todo es vanidad y mentira!

—¡No hay más que una verdad: mi vaso lleno! — gritó Marcial levantando el frasco de caña. — Ya ven ustedes que tambien yo se hacer citas: esto lo dijo Pelletan ó Mahoma; no recuerdo bien.

—¡Pst! — exclamó Aristófilo imponiendo silencio, — ¡oigan ustedes la copla del cantor!

En efecto, el de la guitarra cantaba alegremente en aquel momento:

Con un cigarro de hoja
comparo al mundo
porque todo se vuelve
ceniza y humo.

—Protesto, señores, de tanto escepticismo: mi idealismo es más positivista que vuestro escepticismo. ¡He aquí mi máxima: muchos pájaros en el bosque, muchas estrellas en el cielo, muchas flores en el pensamiento, mucha música en el alma, muchos besos de mujer en la boca, y despues... muerte rápida ó vida eterna!

—¡Ché! — gritó Marcial — se te olvidó añadir: «mucho tabaco en la maleta y mucha caña en el frasco.»

—¡Ah, Romeo, Romeo! — exclamó Terencio — tú *imaginas* la vida, no la *vives.*

—¿Y qué me importa? ¡Con tal de que en mis ensueños me acompañe el ideal de Musset:

Une vierge en or fin d'un libre de legende
dans un flot de velours trainant ses petits pieds

—¡Traduce! ¡traduce! — exigió Marcial.

—Una virgen de oro fino, en un libro

de leyenda, deslizando sus piececitos sobre una ola de terciopelo.

—¡Oído al cantor! — gritó Aristófilo.

El de la guitarra cantaba:

Mi mujer y mi caballo
se me murieron á un tiempo:
mi mujer está en la Gloria:
¡mi caballo es lo que siento!

El grupo lanzó una carcajada.

—¡Cómo se festejan ustedes despoetizándome el pensamiento! — exclamó Romeo.

—Mira *mijo,* — advirtió Aristófilo — no hay poesía, ni hay grandeza, que no lleve al lado un mono invisible que á lo mejor se deja ver.

—Hace poco — corroboró Terencio — leí en *Fígaro* que el cajon en que enviaron á Belgrado la corona del rey de Servia, ostentaba un gran letrero que decía *¡Fragil!*

—¡Ya ves, pobre Romeo!

—¡Ustedes — contestó éste fingiendo enojo — no son capaces ni de vislumbrar lo que yo guardo aquí dentro. Por mucho que asciendan no llegarán al nivel de mi corazon... ¡y aún tengo más arriba el pensamiento!

—¡Bravo!

—¡Que baile!

—¡El asado! — gritó el asistente enarbolando el costillar.

—¡Bueno! El último brindis, por la paz — propuso Terencio echando mano al ya caduco frasco.

—¡La paz! — murmuró Régulo — no creo que se haga todavía.

—¡Porque ustedes no quieren! — objetó Marcial.

—Quizás — replicó el revolucionario incorporándose. — Consiéntanme ustedes la últim[illegible] muy aplicable á la actual si-

tuacion uruguaya: Miffling dijo á Washington:

—*La peor paz vale más que la me or guerra.*

Y Washington contestó á Miffling señalando á los hombres que le rodeaban:

—*Es cierto: pero hay en vuestras palabras más verdad de la que estos hombres están dispuestos á reconocer.*

—Y lo que usted se reserva — observó Terencio — es á qué hombres actuales debe aplicarse esa cita.

—Lo que yo me reservo — rectificó Régulo — es el derecho de atacar ese jugoso asado, porque la caña me ha abierto el apetito.

Y todos se dirigieron hacia el costillar, mientras Romeo, incorregible, recitaba en voz alta el verso de Miguel Angel escrito en el pedestal de la estatua de la Noche sobre la tumba de Lorenzo de Medicis:

Grato m'e il sonno e piu l'esser di sasso
mentre ch'il danno e la vergogna dura...

Literatura de campamento

Es una noche tormentosa y fría.

El campamento no duerme, acecha, porque frente á sus tiendas se levantan vigilantes y amenazadoras las tiendas del enemigo.

Allá fuera los caballos inmóviles presentan la grupa al viento y la llovizna. Las nubes espesas no logran apagar los resplandores de la luna llena. De vez en cuando circulan las patrullas y se renuevan los centinelas. Las ráfagas huracanadas urlan en el cercano bosque, con mugidos iracundos: parece que desde más allá de las colinas circundantes vinieran, encolerizados, hasta el campamento, alaridos de rabia y hululais de odio.

En el interior de la carpa, mal alumbrada por un candil primitivo, se arropan en sus ponchos, tendidos sobre las duras camas de cojinillos y caronas los cuatro oficiales, encogidos, estrechados, reunidos por el deseo de pasar en distraída charla aquella noche de forzosa vigilia. De rato en rato, alarga alguno la mano á la cantimplora de cuero y la destapa y la besa con movimiento rápido. El brazo de un asistente asomando por la abertura única de la carpa, da ó recibe á intervalos regulares, el mate cimarron.

—Cuéntanos un cuento, Terencio — dijo alguno; y los demás reiteraron la peticion.

—Bueno, — consintió éste — pero mi cuento va á ser largo, fantástico... y simbólico.

Atuzó su largo bigote rubio de puntas levantadas, peinóse el cabello con los dedos rígidos de su mano abierta, y fijó un momento en el oscuro exterior la mirada intensa de sus ojos de un azul oscuro y metálico.

Acomodáronse los oyentes y adelantaron hacia el narrador sus semblantes, que se iluminaron con un vigoroso claro-oscuro al acercarse á la llamarada cárdena y humeante del candil que hácía equilibrios en el centro sobre una negra y abollada lata de grasa.

Y trás de breve pausa en que urlaron más pavorosas allá fuera, las ráfagas iracundas del viento huracanado, como alaridos de rabia y hululais de odio, comenzó así su cuento el narrador.

La historia... ó leyenda, que voy á referir, no corresponde á fecha fija; ya he dicho que es simbólica; y no entraña un hecho real, positivo; ya he advertido que es fantástica.

Así como hubo en tiempos una princesa Nausicáa, la de las viejas tradiciones, que á pesar de su famosa hermosura y preclaro linaje, iba entre las doncellas de su corte á lavar sus ropas al río, así también había en un hermoso país de oriente, entre caudalosos ríos fertilizantes, junto á un mar de esmeraldas, sobre ópimas praderas y bajo diáfano cielo, una bellísima reina, la reina Uruguá, que habitaba por todo palacio una ancha tienda de telas y tapices, colgados en pabellon sobre elevados mástiles coronados de gallardetes y oriflamas, amueblada con rudos escabeles de cedro, adornada no más que por lanzas, arcos, flechas y trofeos, y cercada por tribus de pastores guerreros, que cuidaban de dia los grup[illegible] rebaños, y guar-

daban de noche con altivo amor y con sumiso respeto, la tienda de su reina; de la hermosa reina Uruguá.

Y ya por entonces, iba creciendo en justa fama el fértil país de la dichosa reina, por la riqueza de su suelo, por la pureza de su ambiente, por el perfume de sus flores, por la hermosura de sus mujeres, por el valor de sus guerreros, por la grandeza de su historia y por el cantar de sus poetas.

Pero aquella incomparable belleza, que, como un nimbo luminoso, en torno de su manto regio y sus cabellos de sedoso ébano, irradia la reina Uruguá; aquel destello fúlgido de sus ojos negros en que la luz titila como el rielar de las aguas profundas; aquel vibrar melódico y sonoro de su voz, que susurra como lejano rumor de aguas que en corriente invisible resbalaran sobre nuestras cabezas desde un infinito á otro infinito; aquel rastro de luminosa fragancia que se va esparciendo, al ritmo de su paso, como nebulosa cauda de algun astro viviente, han inflamado las almas en torno suyo; y la benigna reina, en caridad de amor, ofrece, al fin, el galardon de su mano, al que mayores virtudes ejercite en honor suyo.

Dos príncipes, hermanos, se destacan por su valor y su belleza entre la falange de adoradores, y todos, deslumbrados ante el poder que ostentan, se apartan á su paso y desisten de su empeño.

Rivales únicos, se encaminan los dos príncipes hermanos, seguidos de sus lucidas huestes, hasta la regia tienda, donde espera la hermosa reina, sonriente y benigna, sentada en su alto solio, rodeada de sus damas.

Tan altivos como hermosos, ostentan gallardos sus vistosos trajes á la antigua usanza, y llevan ondulante sobre sus yelmos y sobre los yelmos de sus cohortes, el

uno, el penacho rojo; el otro el penacho blanco.

Y cuando ellos, de pie ante la amada reina, en actitud confusa, mezclada de amor y de respeto, de fogosidad y de modestia, expusieron sus demandas con varoniles acentos, habló así la reina, con aquella voz de arpegiada melodía, á cuyos ecos contestaban, regocijados, con sus cantos, las aves de la selva:

«¡He aquí mi mano, príncipes! Sólo pido en pago de ella, de mi corona y de mi cetro, de mi poder y mis riquezas...... amor; amor profundo, sincero y puro; amor generoso engendrador de sacrificios; amor excento de vanidad por la gloria del triunfo; exento de codicias por la posesion de mis tesoros. Príncipes de igual extirpe sois ambos, puesto que sois hermanos; ambos habéis sido igualmente gratos á mis ojos: sembrad con vuestras fecundas energías el país sagrado de vuestra reina, volved cuando os convoquen mis heraldos, y aquél que haya comprobado, con sus actos, más puro amor por mí, ese reinará conmigo sobre la hermosa tierra de la reina Uruguá...»

Transcurrieron muchos, muchos años.

Sea que en aquellos tiempos gozaran los mortales de inagotables energías de vida; sea que intervenga en ello la índole fantástica y simbólica de mi leyenda, ello es que tanto la reina como ambos príncipes, conservaban aun todo su vigor, toda su hermosura, su fe, su juventud y sus pasiones, cuando despues de tantos años, fueron convocados solemnemente, los dos príncipes hermanos y rivales, por los heraldos y faráutes de la reina, para dilucidar, al fin, en público torneo de pruebas, el pleito de sus amores.

Pero ya no se asentaba la corte bajo las telas y tapices de la antigua tienda campestre, colgados en pabellon de los altos mástiles coronados de oriflamas y gallardetes. La hermosa reina, esperaba en su trono, bajo la altísima y artesonada techumbre de un inmenso salon, entre muros de esculpidos sillares de granito, sobre pavimento de mármoles, á la luz de gigantescos ventanales de policromos vidrios. Ya no pululaban en torno á la morada regia los feroces ginetes de sus tribus con las banderolas de sus lanzas sacudidas por los vientos sibilantes del oceano. Ahora se erguían en redor, firmes, inconmovibles, en ordenados escuadrones de edificios magestuosos, las fábricas, los museos las academias, los teatros para el pueblo, las escuelas para la infancia, los emporios para el fomento de las artes y de las ciencias.

Y concurriendo á la solemne asamblea, presididos de los heraldos y faráutes, entre los grandes y preclaros del reino, al son de patrióticos himnos, penetraron en el inmenso salon los dos príncipes, hermanos y rivales, y esperaron de pié, respetuosos y en silencio, frente á las gradas del trono, circundado de damas como una guirnalda de hermosuras.

Era aquél el momento del solemne debate, el debate prolongado y tenaz, por tantos años sostenido, que llegaba en su término á la hora emocionante en que había de sentenciarse con fallo definitivo el pleito de sus amores.

Y en medio de la inmensa y brillante concurrencia, entre el abrumador silencio de la ansiosa espectativa, bajo las arcadas magestuosas de aquel salon severo y venerable como un templo, viéronse inmóviles y serenas las figuras de los dos príncipes. Pero vióse tambien, que aun ceñía la frente del uno el yelmo de guerra coronado por el penacho blanco, sobre el capri-

choso traje á la antigua usanza y la alta bota en que vibraban con sones argentinos las espuelas de plata, mientras mostraba el otro su esbelta y elegante apostura, dibujado el busto bajo el negro frac moderno; ceñida la pierna de atléticas formas por el recto pantalon; calzado de brillante charol, y sin más distintivo ni más lema, que, al lado de la nívea pechera, la pequeña escarapela roja fija en el ojal.

Y fué digna de oirse y conservarse intacta entre las crónicas del reino, aquella controversia de los dos príncipes hermanos, en que con quejoso acento y en mesuradas frases aunque con fogosa exposicion de pruebas, se desarrolló el proceso de sus emulaciones, sus rivalidades, los méritos de sus obras, la pureza de sus intenciones y los móviles de su conducta.

—Tú — decía el príncipe de la escarapela roja — durante los años trabajosos de riesgos y de pruebas en que era la ansiada recompensa nuestra reina, no has dirigido hacia ella las energías de tu cariño; sólo has dirigido contra mí los ímpetus de tu rivalidad; y año tras año, no han resonado en los oídos de tu reina las protestas de sincero afecto, solo han resonado en los oídos míos tus gritos de guerra.

—¿Y acaso de otro modo se disputan dos rivales la mano de una hermosa? ¿Acaso tú mismo, no has respondido siempre á la guerra con la guerra?

—Pero si siempre estuve pronto para la lucha, tambien lo estuve para los pactos fraternales, para los convenios de la paz.

—Cuando se debilitaban tus fuerzas...

—Es cierto; porque ambicioné aprovechar sus restos, en los períodos de tregua, para emplearlos con mayor amor por mi reina, en levantarle este palacio, poner ba-

jo sus plantas estos mármoles, ceñir de reflejos sus cabellos con la luz matizada por esos vidriados ventanales, levantar las fábricas en que se tejen sus vestidos, fundar las escuelas donde se educa su pueblo, erigir los monumentos en que se convocan los sabios y los artistas, sembrar en los campos las granjas en que sazonan los productos del suelo: en eso invertí el resto de mis energías y la mayor parte de mis tesoros. Tu, entretanto, durante esas treguas efímeras, empleaste tu vigor y tus riquezas en afilar de nuevo las medias lunas de tus lanzas; en rellenar tus arsenales, en fomentar el odio entre tus cohortes; en preparar, durante una corta paz, la nueva guerra.

—¿Acaso no habías ocupado un lugar preferente al lado de su trono...?

—Si, como el más servicial de sus ministros.

—¿... no te habías implantado al lado de su palacio, á la cabeza de su corte, sobre la hueste de sus servidores, usurpando mi puesto?...

—¡Usurpando tu puesto! ¿Por qué? ¿Quién te impidió nunca abandonar tus castillos feudales, acudir á la corte, ocupar con tus más inteligentes secuaces las tribunas, las cátedras, las imprentas, los escaños de las asambleas, las sedes profesionales?... ¿Quién te impidió nunca que arrojaras esas lanzas, esos yelmos, esas espuelas y abandonaras aquellos sórdidos y oscuros caseríos en que implantaste tu corte en la soledad de los campos, y vinieras hasta nosotros para levantar con tus hombros los sillares graníticos del nuevo palacio de tu reina, y moldear con tu inteligencia los artículos del nuevo código de su pueblo?

—Tú; solamente tú, siempre interpuesto en mi camino; obstáculo permanente de mi justa ambicion; valladar en que se es-

trellaron mis anhelos; brazo férreo que me ha impedido á toda hora, poseer los derechos ante mi reina á que somos, como hermanos, igualmente acreedores, y lograr la mano de la soberana, á la que aspiro con tanta justicia como tú. He ahí la causa justa de mi actitud de guerra; he ahí por que movido de un ímpetu natural y humano, viendo en tí el solo obstáculo que me impide llegar hasta la mano de mi reina, arrollo el obstáculo, y te reto en persistente lucha y te combato, y saltaré sobre tí mismo para lograr un deseo que no puede ser otorgado á tí solo en perjuicio mío, sin faltar á una ley divina; la ley de nuestra sangre común.

—¡Reina, caballeros, damas y pueblo! ¡Ante vosotros, que habeis escuchado sus palabras, yo acuso solemnemente á mi rival! Yo lo acuso, inspirando mi voz en la justicia y en el eco aún latente de sus frases, de haber olvidado las condiciones impuestas por la reina Uruguá, cuando hace años aceptó este torneo: «Yo pido — dijo — un amor puro, generoso, engendrador de sacrificios, un amor exento de vanidad por la gloria del triunfo; exento de codicias por la posesion de mis tesoros.» Hoy, yo, ante vosotros acuso á mi rival de no albergar en su corazon un amor sincero hacia la reina Uruguá, sino el odio reconcentrado contra mí. Yo lo acuso de sentir en lugar de ese amor desinteresado hacia ella, y generador de sacrificios, la codicia avara de poseer su corona, su cetro, su poder y sus riquezas. Ahora, reina Uruguá, esperamos tu sentencia.

Y en aquel momento de solemne espectativa, transformóse el salon como efecto de una súbita apoteósis; como la fase fantástica que imprime su simbólico ...o á mi leyenda.

Desde la base del trono, subiendo en vapor sutilísimo ante el muro frontero, una

nube opalina dejó ver ante los ojos asombrados de todos, un panorama inesperado.

Encuadrada en la nube, vióse una inmensa pradera, regada por arroyos y cañadas; sobre ellos, lejanas cumbres coronadas por la faja luminosa de un cielo azul; á sus piés un río de plata; en el centro del fecundo prado, á manera de altar, un monumento severo construído de sillares inmensos, en cuyo frente lucía con letras de oro, esta palabra: *Patria,* y al lado, una figura vaporosa, ceñida en túnica de nieblas; efigie gigantesca de la reina Uruguá, que bañaba sus plantas en las ondas argentinas del río, y la corona de sus cabellos en los destellos refulgentes del cielo.

Como rumor de aguas vivas, descendió de la altura la armoniosa voz, que con emocion profunda escucharon enardecidas todas las almas.

Y dijo:

«¡Guerrero del penacho blanco! Si quieres levantar de tu frente la solemne acusacion de que no es el amor puro hacia mí el que te mueve, sino el odio á tu rival, y la codicia de poseer mi corona, mi cetro, mi poder y mis riquezas... ven! ¡aproxímate á mi altar, y con la frente levantada, luminosa, altiva por la grandeza misma de tu noble sacrificio, depon las armas, ante el ara sagrada. Si así lo haces, el aliento de Dios acariciará tu frente, y como mi amor no es un amor humano, punzador de la carne, despertador de los sentidos; como mis ósculos no besan en la boca, sino en el corazon, yo compartiré entre vosotros, los dos hermanos rivales, las gemas de mi corona, los laureles de mis bosques y las guirnaldas de mis jardines. Pero si así no lo hicieres ¡ay de tí! yo misma grabaré sobre tu frente el estigma que mereces, por haberme fingido amor sincero,

cuando no albergabas en tu corazon sino concupiscencias, odios y codicias.»

El narrador calló.

Severo silencio reinó en el interior de la carpa.

Allá fuera, entretanto, las nubes se habían desgarrado. La luna plateaba las praderas salpicadas de matices rojizos, como si fueran la falda nívea de la reina Uruguá, manchada de sangre. Las ráfagas del huracan lejano, apagaban sus gemidos extraños. Parecía como si más allá de las colinas, debilitándose, desvaneciéndose fueran muriendo, poco á poco y para siempre, los alaridos de la rabia, los hululais del odio.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

Pag.

